

«El acontecimiento será nuestro maestro interior». Emmanuel Mounier (1905-1950)
Revista de pensamiento personalista y comunitario Órgano de expresión del Instituto E. Mounier
AÑO XXI NÚMERO 76 2005/3 www.mounier.org

EDITORIAL

Mientras el mundo gira cada vez más descentrado, más desorbitado, hay que recordar la voz de los maestros. Tras la lectura de los siguientes textos deseamos a nuestros lectores un minuto de silencio:

«En el proceso de corrección no debe uno considerar aisladamente la culpa del otro, sino a la luz de la debilidad humana universal. No debes cargar la culpa sobre él solo, sino que debes tomarla también sobre tus propios hombres y sobre los de la condición hu-

mana universal. La verdadera humildad es la que no observa exclusivamente al pecador a la hora de la injusticia, sino que hace corresponsable a toda la colectividad de los errores del individuo. Y esto constituye también el único medio efectivo

Continúa en la página siguiente

SECCIONES

- 01 Editorial
- 03 Cartas al Director
- 04 Desde Noruega, por Esperanza Díaz
- 06 Desde Argentina, por Inés Riego de Moine
- 08 Desde México, por Jaime Septién
- POLÍTICA Y ECONOMÍA
- 10 Tres miradas a Europa desde un personalismo español, por Federico P. Manfred
- 12 ¿Pero hay alguien que no sea inmigrante o descendiente de inmigrantes, por Pedro Zabala
- PENSAMIENTO
- 14 La pobreza en femenino, por Carmen Ibarlucea
- 18 Realidad y razón en *Don Quijote de la Mancha*, por Juan Carlos Vila
- SOCIEDAD
- 21 Los errores sutiles del caso Ramón Sampedro, por Javier Romañach
- 27 Carta a un sordociego, por Vicente Franco Gil
- 28 ¿La «izquierda» es izquierda?, por Luis Alberto Henríquez
- RELIGIÓN
- 31 Carta a Monseñor Romero en el 25 aniversario de su martirio-asesinato, por Agustín Ortega Cabrera
- 32 Carta abierta a Pedro Jiménez en relación con su «carta abierta de un bautizado a la Conferencia Episcopal», por Ortega Campos
- OFICIO DE ESCRIBIR
- 36 El perfume de los lilos, por José Luis García García
- 37 Rincón bibliográfico
- NECROLOGICA
- 40 Paul Ricœur, por José Luis Loriente Pardillo



ANÁLISIS

El deporte: ¿opio del pueblo?

- 41 PRESENTACIÓN
- 42 La violencia en el deporte
Ángel Barahona
- 47 Deporte y política
Julián Gómez del Castillo
- 48 Ética y deporte
Xosé Manuel Domínguez Prieto
- 53 Deporte, medios y masas
Rafael Cid
- 56 ¿Lo importante es ganar?
Eduardo Martínez
- 59 Educación en valores
a través del deporte
Juan José Rodríguez Terrón
- 63 Morir esbelto
Juan Ramón Calo

CONSEJO DE REDACCIÓN

Juan Ramón Calo, Antonio Calvo, Luis Capilla, Carlos Díaz (director), J. Manuel Linares, Teófilo González Vila, José Luis Loriente, Eduardo Martínez, Luis Narvarte (Presidente del Instituto E. Mounier), Emmanuel Buch, Manuel Sánchez Cuesta.

de borrar de la faz de la tierra el concepto de enemigo: que uno aprenda a reconocer y a entender en qué red de seductoras tentaciones están enredados el débil hombre y todas sus fuerzas a causa de la casualidad de su cuna y de la necesidad de su situación social, de tal manera que ningún ojo terreno pueda ver dónde termina la fuerza ciega del destino y dónde comienza la libertad de su voluntad. Y no sólo en general y en teoría se ha de reconocer esto; sino que en cada caso se ha de meditar y ponderar muy a pecho, y esto es mucho más difícil todavía de conseguir, que nadie tiene derecho a llamar malo a ningún ser humano. Sólo tenemos derecho a dis-

tinguir lo bueno de lo malo, pero no al bueno del malo. En cuanto borremos al malo del léxico de nuestra conciencia nos veremos libres del fantasma del enemigo. Y sólo con esta humildad podremos practicar la corrección que requiere el amor al enemigo... Como Dios ama como padre, así se ha de reconocer y amar al hermano en cada ser humano. Dios le ha dado el corazón al ser humano. El corazón distingue al hombre de la bestia. Es la manifestación del espíritu y de su conciencia. No le guardarás odio a tu hermano en tu corazón. Porque perderías tu corazón».¹ «El odio no tiene justificación. Ésta es la palabra más profunda que pueda pronunciarse

sobre esta aberración del psiquismo. No hay motivo ni razón para odiar. Cada aparente motivo es un error y una aberración. El hombre existe para el amor. Y, cuando odia, echa a perder su existencia. Sólo la dialéctica satánica es la que le presenta el espejismo del derecho a odiar y le distorsiona el psiquismo para el odio».²

Poco se puede añadir. Está más acá de la vergüenza quien todavía no siente la necesidad de esta revolución del corazón.

.....
Carlos Díaz

Director de *Acontecimiento*
.....

1. Cohen, H: *El prójimo*. Ed. Anthropos, Barcelona, 2004, pp. 80-81.
2. *Ib*, p. 83.

Boletín de suscripción por domiciliación bancaria.		FOTOCOPIE Y ENVÍE ESTE FORMULARIO								
<p>Para enviar al Instituto E. Mounier (Melilla, 10 - 8º D / 28005 Madrid)</p> <p>Nombre _____</p> <p>Apellidos _____</p> <p>Domicilio _____</p> <p>Población _____ Provincia _____ C.P. _____</p> <p>Correo electrónico _____</p> <p>Banco o Caja _____</p> <p>Domicilio del Banco o Caja _____ C.P. _____</p> <p>Código Cuenta Cliente (CCC) (escriba todos los números)</p> <table border="1"> <tr> <td>Entidad</td> <td>Agencia</td> <td>D.C.</td> <td>Número de cuenta</td> </tr> <tr> <td style="text-align: center;">[][][][][]</td> <td style="text-align: center;">[][][][][]</td> <td style="text-align: center;">[][]</td> <td style="text-align: center;">[][][][][][][][][][][][][][][]</td> </tr> </table> <p>Importe: _____ €, que corresponden a (marque lo que corresponda):</p> <p><input type="checkbox"/> Suscripción a la revista <i>Acontecimiento</i> (4 números, 13,00 €)</p> <p><input type="checkbox"/> Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 25,00 €/año) (la cuota incluye la suscripción a <i>Acontecimiento</i>).</p>		Entidad	Agencia	D.C.	Número de cuenta	[][][][][]	[][][][][]	[][]	[][][][][][][][][][][][][][][]	<p>Para enviar a su Banco o Caja</p> <p>Lugar y fecha _____</p> <p>Banco o Caja _____</p> <p>Domicilio del Banco o Caja _____</p> <p style="text-align: center;">C.P. _____</p> <p>Agencia Nº _____</p> <p>Nº de cuenta _____</p> <p>Sr. Director de la Sucursal: Le ruego que, hasta nuevo aviso, se sirva abonar los recibos presentados por el Instituto Emmanuel Mounier con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros.</p> <p>Firma: _____</p> <p>Titular _____</p> <p>Domicilio _____</p> <p>Población _____ C.P. _____</p>
Entidad	Agencia	D.C.	Número de cuenta							
[][][][][]	[][][][][]	[][]	[][][][][][][][][][][][][][][]							



Cartas al Director

La semana pasada murió una amiga cercana. Era una mujer atractiva, joven, alegre, simpática; y sin embargo... murió de tristeza.

Había perdido a su padre cuando ella tenía tres años de edad y ya siendo adulta, perdió también a una hijita, después de un embarazo difícil del que aparentemente habían salido bien libradas las dos. Una negligencia médica fue la que le arrebató la vida de la que era entonces su segunda hija. Le diagnosticaron cáncer en la matriz y se la extirparon, así que también perdió la posibilidad de volver a engendrar. Es muy posible que estas dolorosas circunstancias y una tendencia a la depresión le hayan afectado hasta convertirse en un trastorno bipolar —lo que antes se conocía como patología maníaco depresiva— que la orilló a intentar contra su vida.

Es muy difícil imaginar siquiera el infierno por el que alguien pueda estar pasando para decidir ingerir sosa cáustica. Sé que su familia y sus amigos le proporcionaron tanto amor y cuidado como fueron capaces. Empero, la profunda, terrible e insondable tristeza la ahogó, literalmente y le quemó las entrañas.

La agonía duró varias horas, lo que permitió a su esposo encontrar un sacerdote, amigo de ambos, para que le procurara auxilio espiritual y la ayudara a morir en paz.

Ante esta tragedia, no he podido dejar de pensar en el alarmante aumento del índice de suicidios que hay en nues-

tro país, México. En los últimos 15 años ha aumentado más del 400 por ciento. Independientemente de la complejidad de cada caso, es evidente que tenemos una sociedad que repele a muchos de sus miembros, una sociedad incapaz de mantener la unidad, incapaz de presentar, para quienes han atentado contra ellos mismos, la vida como una opción viable. Sin embargo y paradójicamente, el día en que enterrábamos a Amelia, se aprobaba en Francia «el derecho a la muerte».

Ojalá que nuestra sociedad y cada uno de nosotros, pudiera revisar qué tanto ha contribuido en hacer de éste un mundo más acogedor, que consuele al afligido, que atiende a quien no ha sido escuchado, que perdona a quien ha injuriado, que alivie al que sufre, que abrace al marginado, un mundo en el que cada nacimiento sea un nuevo primer milagro y cada muerte un «nuevo primer escándalo».

Pido su oración por esta amiga y por la familia que dejó.

CARLOS LUIS ALVEAR GARCÍA
[calvearg@hotmail.com]

Un recuerdo

Estas líneas pretenden servir un pequeño recuerdo de un compañero nuestro, David Asegurado, de Santiago de Compostela, que murió de forma terrible en un accidente de tráfico a comienzos del pasado mes de



noviembre a la edad de tan sólo 29 años.

David Asegurado era miembro del Instituto E. Mounier desde principios de los años 90 cuando un grupo de personas inquietas formamos un grupo Mounier bastante activo en Galicia —grupo del que también formaba una parte muy importante, Andrés Simón, que también fatalmente nos dejó hace ya más de tres años y medio—. David era más joven que nosotros, pues prácticamente aun como estudiante de Bachillerato del Colegio La Salle conoció al Instituto Mounier y al pensamiento personalista y comunitario, que prendió, sin embargo con fuerza en su pensamiento y acción. Porque, a pesar de su juventud, David era una buena combinación de pensamiento y acción dirigidos ambos a procurar un mundo más habitable para todos esos otros excluidos de aquí y de allá por los que luchó. Mounier y el pensamiento personalista estuvieron muy presentes en la vida de David, que además de publicaciones sobre volunta-

riado y diversos temas sociales, fue importante hombre de acción: fundador en Santiago de los Comités Óscar Romero o de las primeras experiencias de tiendas de comercio justo en esta zona en relación con Manos Unidas. Desarrolló por otra parte una importante labor en Cáritas en el ámbito de la educación, la inmigración o la economía social. Mantenía, por cierto, en este campo de la economía social una gran relación con Acción Cultural Cristiana y con el grupo de Málaga de Alfonso Gago. Participaba con su último grupo de referencia cristiana, Chambo, en el Foro de Asociaciones, en el que también viene participando la Fundación Emmanuel Mounier.

Más allá del curriculum, impresionante, estaba su persona cálida y afable. Feliz con su mujer y su hijito de pocos meses y lleno, como siempre, de proyectos y expectativas que nos mejoraban a todos los que le queríamos. Descanse en paz el querido amigo y compañero.

MIGUEL FERNÁNDEZ BLANCO

Desde Noruega

Barómetro de Europa

Esperanza Díaz

Médica
edi@broadpark.no

A pesar de ser hoy en día uno de los países más ricos del mundo, Noruega era, hasta que se descubrió el petróleo y el agua se empezó a utilizar masivamente como fuente de riqueza, uno de los países más pobres de Europa. No hace más de 100 años, los habitantes de esta septentrional parte del planeta debían hacerse a la mar o trabajar con dureza la rocosa superficie del país para ganarse el pan, y jóvenes y niños a partir de 10 años caminaban a las zonas ricas con la llegada del buen tiempo para ayudar a sus familias a la vuelta con las pocas coronas ahorradas. Si a esto le añadimos las dificultades climatológicas y la cultura luterana, no es difícil pensar en los noruegos típicos como en recios trabajadores acostumbrados a largas y con frecuencia inclementes jornadas.

Aunque esta imagen puede concordar con la de los noruegos que han pasado la edad de jubilación, hay que decir que poco tiene en común con la juventud y la madurez de estas tierras. Y es que, en mi personal opinión, una de las características de los noruegos que más parece haber cambiado en los últimos 50 años, es la de su laboriosidad.

En la actualidad, en oposición a la imagen del trabajador recién presentada, en no pocas ocasiones parece que los deberes se hayan tornado en derechos sin contrapartida. Los ejemplos abundan: cinco semanas de vacaciones al año son ya poco, los 10 meses a sueldo completo por baja de materno/paternidad hay que convertirlos sin demora en un año, en las siete horas y media de jornada se da por supuesto media hora pagada de almuerzo, el darse de baja por enfermedad ha

pasado a usarse en primera persona («yo me doy de baja» y voy al médico a que me lo firme)... Me pregunto: ¿Es ésta mi pesimista y carca traducción de la vida que veo a mi alrededor?

Desgraciadamente, las últimas estadísticas me dan, al menos en parte, la razón. Acaban de publicarse en Noruega los resultados de un estudio que podríamos llamar «Barómetro de la buena vida en Europa». En el año 2001, 20.000 ciudadanos de 15 países miembros de la Unión Europea (entre ellos España) y de Noruega, tomaron parte en una encuesta que les preguntaba qué era lo que consideraban importante para tener una «buena vida».

Si comparamos los resultados de Noruega con los de la media del resto de Europa (a sabiendas de que, aunque nos quieran homogeneizar, Europa son muchos países y sin pretender con esta comparación que los unos sean mejores que los otros), encontramos una serie de diferencias que son dignas de resaltar.

Según los datos del estudio a que nos referimos, nueve de cada diez noruegos y siete de cada diez europeos opinan que, para tener una «vida buena», hay que tener al menos unas vacaciones al año. Unos y otros están en un 85% de acuerdo en que hay que tener suficiente tiempo libre y posibilidades de disfrutarlo. Aún es más evidente la diferencia en lo que respecta al tener una buena educación, que es considerada esencial por un 81% de los europeos, mientras sólo lo es para un 48% de los noruegos. En la misma línea, la mitad de los europeos consideran que tener una carrera profesional de éxito ayuda a tener una buena vida, mientras que sólo el 14% de sus contemporáneos noruegos creen que este punto sea determinante.

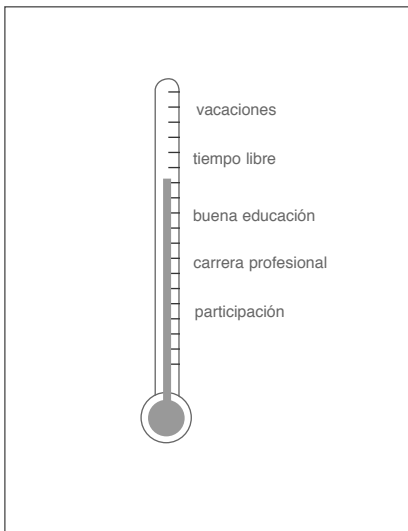
Paralelamente, aunque aquí las diferencias son menores entre los norue-



gos y sus hermanos europeos, el participar activamente en organizaciones, movimientos laborales o en política es valorado por un 26% de europeos (tampoco como para tirar cohetes) y por un 17% de noruegos. Por último, encontramos en la citada encuesta que el ser útil para otros de manera más general, es considerado importante por un 81% de los europeos y por un 78% de los noruegos.

Los comentarios que se presentan en el propio estudio tratan de explicar el por qué de estas estadísticamente significativas diferencias. «Una posible explicación —afirman— es que la competitividad es más débil aquí que en países más grandes y que la riqueza del petróleo permite a los noruegos descansar más.»

Pareciera, una vez más en la vida, que de un desequilibrio pasáramos a otro. Del desequilibrio que el paro que se vive en el Este de Europa genera, obligando al afortunado trabajador a jornadas inacabables por un sueldo mísero, al desequilibrio de la opulencia, que hace a los hombres, por qué no decirlo, holgazanes con todos los derechos. ¿Será imposible



encontrar el balance en esta cuerda floja?

Pero el mayor conflicto surge cuando, obligada por las leyes de la econo-

mía, Noruega debe ahora abrir sus fronteras laborales a los países cercanos. Y lo cercano aquí es Rusia con sus nuevos nombres de pobre: Estonia, Letonia, Lituania... Noruega estaba acostumbrada a acoger a inmigrantes y refugiados a los que trataba como una nueva madre. Pero estos nuevos inmigrantes vienen a ganarse el pan y están dispuestos a trabajar para ello. Los noruegos de a pié, que sí saben cuidar sus intereses económicos, eligen a estos extranjeros para hacer sus casas, pintar sus paredes o arreglar sus coches. Los resultados ya se están viendo: el paro entre los noruegos de Noruega aumenta. Aún no tanto para que sea un escándalo, porque el petróleo genera nuevos puestos de trabajo, pero alarmantemente más que en los últimos años.

Si volvemos la vista a la Historia que tan fácilmente olvidamos, las

consecuencias de esta situación, a la larga, pueden ser varias. Quizá, como le pasara al Imperio romano, la laxitud de los noruegos acabe con su propia riqueza el día que el oro negro deje de salir del fondo de la Tierra. O tal vez, como en la historia más reciente, los extranjeros (como lo fueran en su día los judíos) sean demonizados y se emprenda la lucha contra ellos, —como parece indicar el giro hacia políticas cada vez más extremistas tanto en Noruega como en la vecina Dinamarca. La tercera posibilidad está por escribir. La del reparto de la riqueza y del trabajo independientemente de la nacionalidad, la raza o el sexo. Pero para eso, Noruega tiene que abrir los ojos al rumbo que está tomando su historia, y cambiar las coordenadas.

Desde Argentina

Emmanuel Mounier en la conciencia de nuestro tiempo

(A 100 años de su nacimiento: 1/4/1905)

Inés Riego de Moine

Presidente del Instituto E. Mounier
Argentina

Nunca como en nuestros días parece más imperioso volver a pensar estas palabras que escribía el filósofo francés Emmanuel Mounier allá por 1935: «Es necesario atreverse a creer, en primer lugar, que la verdad actúa con su sola presencia, que la meditación de uno solo o el sufrimiento de un pueblo pueden sacudir más eficazmente a la humanidad que lo que hacen arquitecturas de reforma. Esta convicción será nuestra fuerza y nuestra paciencia. No encubrirá una pereza para trabajar en el mundo, para empujar la verdad contra los obstáculos. Pero cada perfección que aportemos a esta verdad nos asegurará que, sin nosotros, el mundo recibe ya su beneficio»¹. Porque cada vez está más alejada la conciencia de nuestro tiempo, y con ella los que la piensan, de esta cabal convicción que tan encarnadamente signó la vida y la obra de Mounier: que todo pensamiento auténtico se prueba en acciones y que la vida es la mejor prueba de la verdad. Pensar haciendo y hacer pesando ('pensar con las manos') son los únicos modos interactivos en que el personalista francés concebía ese difícil desafío del intelectual y, en particular, del filósofo a cuyo perfil descomprometido, desfondado y 'puro' nos hemos habituado. Como poseído por esa revolución del corazón que impulsa el personalismo comunitario, desde la firmeza de las ideas pero desde la no-violencia del sabio, Mounier sabía decir y hacer lo que su hora exigía: «... hemos conocido las ideas mucho tiempo suspendidas en el cielo metafísico; parecían no ser jamás capaces de comprometer esa cascada descendente que, del pensamiento a la expresión, de la expresión a la enseñanza, de la enseñanza a la vulgarización, alcanza por vía menos fulgurante el co-

razón de las masas. Llega un día en que éstas ya no comprenden el mundo o ya no desean el mundo; y esas ideas largo tiempo vacías cristalizan de pronto en un caos de aspiraciones que no habrían conseguido la existencia sin la excitación, la estructura, la plenitud luminosa que ellas le aportan»².

Pocos como Mounier supieron esculpir esa sinergia, tan inusual en nuestros días, entre la lucidez del diagnóstico riguroso y desgarrado de aquella feroz crisis que ahogó a la Europa de la primera mitad del siglo xx y la praxis que lo llevó a fundar la Revista *Esprit* (1932) —y con ella el movimiento *Esprit*—, convirtiéndola bajo su impronta en el más brillante foro de debate entre humanistas creyentes e increyentes, sin precedentes en la historia de las ideas. Todo su esfuerzo teórico y vital lo impulsó a restaurar un discurso sobre la persona que fuera común a todos, sin distinción de credos ni de ideologías, tan difícil en aquella hora en que el fascismo y el marxismo, el materialismo y el nihilismo apuraban su copa de amargura para beberse con ella a la humanidad entera. Pero ahí estaba Mounier, cual Quijote del siglo xx, armado de la fortaleza de un carácter y de los ideales personalistas capaces de potenciar a ese hombre real de carne y hueso que sólo se vive en la forja del hombre ideal. La persona es sobrepasamiento, esfuerzo permanente por ir más allá de sí misma, curvatura espiritualizadora del universo, por ello «...mi persona como tal queda siempre más allá de su objetivación actual, *supraconsciente* y *supratemporal*, más amplia que las visiones que de ella tengo, más interior que las construcciones que de ella intento»³. Ser persona era para Mounier hacerse persona pero desde la dialéctica del todo y la nada, tan cara a los místicos de todos los tiempos: superarse, trascenderse y por eso mismo desprenderse, desposeerse, anonadarse, logrando paradójica-



mente su más fiel personalización, su mejor autoposición. Como innegable seguidor de su maestro Charles Péguy, Mounier fue leal a su legado místico tomando sobre las vigorosas espaldas de su propuesta personalista aquella síntesis de imperativo humano y místico que formulara con moldes de eternidad el santo español Juan de la Cruz: «Para venir a serlo todo no quieras ser algo en nada»⁴.

Pero Mounier no se quedaba en la desposesión teórica o meditativa, sino que trasladaba esa actitud radical de pobreza a su militancia apasionada en favor de los desposeídos de este mundo, cuya pobreza material dista mucho de la dignidad soberana con que debe calibrarse a las personas, y esto compartido mucho más allá de las fronteras del personalismo. Él era un pobre entre los pobres y para ellos pensaba y actuaba. Bajo el signo de la pobreza evangélica y como católico

que era, Mounier vivirá ese misterio del desposeerse y el abandonarse pero para hacerlo fermento de acción comprometida, porque estéril es el intelectual que engendra ideas pero no pareastas de vida y de esfuerzo mancomunado en pos de la verdadera liberación del oprimido y humillado, aunque sin hacer de ello un cristianismo de la salvación temporal. Su meta fue comprometer vidas y hacer hombres libres, comprometer ideas y no hacer ideologías.

Si Mounier pudiera mirarnos, con cuánta mayor razón y crudeza volvería a arremeter contra el envilecimiento del acaparamiento, del tener por el tener, cualidad omnicomprendiva de la porción hastiada de la humanidad, común a demócratas y tiranos, a liberales y socialistas, a creyentes y ateos: «Rostros infatuados, hombres —como expresa tan bien el lenguaje— ‘llenos de sí mismos’, hinchados de nada, a la vez ausentes y ofuscados; caras distraídas, caras abiertas, miradas lejanas que, por no haberse propuesto, no se dejan ya olvidar. He aquí el verdadero duelo entre la fealdad y la belleza»⁵. Pero la fealdad de ese rostro es tan nuestra y está tan pegada a nuestra piel que nos cuesta vernos reflejados en ella. Es ese soberano rictus del poseer con el que convivimos a diario como con un amigo muy querido, el mismo que en nuestro rostro global engendra monstruos y bestias con nombres de hambrunas despiadadas y guerras con apariencia de justicieras o santas, escondiendo a duras penas tras su for-

mato legal el olor rancio del petróleo, la avaricia opresiva del dinero, la iniquidad abominable del desprecio por el otro... Por ello, todo riesgo, todo sacrificio, toda inseguridad son insuficientes pero absolutamente necesarios para liberar la fecundidad del ser frente al poderío del tener. Por ello, Mounier aspiraba a que el personalismo soñado y encarnado asumiera «el sacrificio, que inmola un tener para abrirse a un progreso del ser; la muer-



te que significa el despojo definitivo de todo tener, el definitivo desnudarse de nuestro ser real, y que nos propone ‘la tentación de pensar que no tener ya nada es no ser ya nada’ (G. Marcel); la humildad, en fin, que las resume a todas. (...) Pero ellas son, en la línea de la significación cristiana, valores de ‘expansión’, o mejor aún de realización, porque nos llevan más allá de nosotros mismos, y hacen saltar con golpes implacables de ese buril el caparazón que nos cierra la Vida»⁶.

Quizás hoy, en la conciencia perzosa del siglo que amanece y habiendo dado vuelta la página —fotocopiada en estos tempranos años— de un siglo teñido de holocaustos de sangre y hambre, de imperios fríos y poderes infértiles, de pensamiento débil y discursos tibios, la voz de Emmanuel

Mounier sirva para despertarnos de esa inercia sin gravedad y sin obstáculos por la que parecemos transitar, sin inquietarnos demasiado por nada, sin apasionarnos por verdaderos ideales porque todo da igual, siempre y cuando ese todo no se avalance contra nuestras posesiones ni contra nuestro pequeño poderío. Esas fincas y esas vallas del corazón humano son las que intenta demoler la revolución personalista y comunitaria propugnada por la voz y la vida de Mounier, de cuyo hondón profético parecen salir estas palabras que hoy golpean la conciencia de nuestro tiempo: «Vosotros que habéis sido revolucionarios contra el espíritu, que habéis matado el amor, ahogado la libertad, el intercambio honrado de corazones, la sinceridad de las palabras, el esfuerzo, la alegría de vivir, no creáis que es suficiente hoy con una limosna a la justicia para cerrarle la boca y borrar vuestra traición». «Rehacer nuestro amor al mundo con las palabras, con los gestos, con las costumbres que nos rodean, es tanto como combinar opacidades para crear luz. No nos bastemos con un poco de buena voluntad y de dulzura del alma para religar el todo. No es posible reconstruir la verdad con trozos de mentira y con ausencias. Se funde de nuevo por el fuego lo que está penetrado de mentira. (...) No, la revolución es un tumulto mucho más profundo. *Metanóete*: cambio el corazón de vuestro corazón y, en el mundo, todo lo que él ha contaminado»⁷.

Notas

1. MOUNIER, E.: «Revolución personalista y comunitaria». In *El personalismo. Antología esencial*. Ed. Sígueme. Salamanca 2002. p.
2. *Ibíd.*, p. XX
3. MOUNIER, E.: «Manifiesto al servicio del personalismo». In *El personalismo. Antología esencial*. p.415.
4. SAN JUAN DE LA CRUZ: *Subida al Monte Carmelo*. I, 13. 11.
5. MOUNIER, E.: «Personalismo y cristianismo». In *El personalismo. Antología esencial*. p. 563.
6. *Ibíd.*, p. 563.
7. MOUNIER, E.: «Revolución personalista y comunitaria». p. 42.

Desde México

El paraíso de Kafka

Jaime Septién

Periodista
Director de *El Observador*

México es un país curioso. Los surrealistas como Artaud y Breton lo consideraban como su patrimonio. Lowry —el de *Bajo el Volcán*— hablaba de las ciudades mexicanas como las de las más grandes paradojas: en una podría entrar a todo lujo la autopista y salir —por el otro lado, donde se supondría continuación—el camino de cabras. Se ha llegado a afirmar —sin sorna— que Kafka, en este país, hubiese sido autor costumbrista...

Acaba de aparecer, bajo el sello de Editorial Océano, un libro fundamental para entender, hasta donde sea posible, el desbarajuste ordenado de México. Se trata de *Entre las Bestias y los Dioses (Del Espíritu de las Leyes y de los Valores Políticos)* del politólogo Federico Reyes Heróles. Trata de muchas cosas, pero una, la que ha llamado poderosamente la atención de quien esto escribe, es la relación de los mexicanos con la ley, con el unánimemente invocado «imperio de la ley».

Los políticos, más ahora en precampaña hacia las presidenciales del 2006, se hacen agua la boca proclamando a los cuatro puntos cardinales que «nadie debe estar por encima de la ley» y que su reforma propuesta, si es que alguna tienen, será la restauración, al precio que fuere, del Estado de Derecho.

Como si tuvieran una varita mágica, han salido a la calle para tratar de engatusar a los votantes con que ahora sí la ley va a ser atendida en el país, que saldremos de nuestra condición dependiente de las corruptelas para erigirnos en una nación justa, ordenada, bien intencionada, cabal y modélica en el concierto de las naciones latinoamericanas.

Y lo primero que hacen es violar la ley, pues las precampañas, se supone,

no deberían existir. Sobre todo porque nadie puede fiscalizar (por ley) el dinero nacional o extranjero que entra a ellas. Y de que los al menos doce pre-pre-candidatos (Madrado, Creel, Jackson, Calderón, Cárdenas, otra vez Cárdenas, Barrio, Yarrington, Núñez Soto, Montiel, López Obrador, Martínez... y los que se acumulen esta semana) están usando carretadas de dinero, no es un secreto para nadie, menos para una nación brutalmente empobrecida y desigual como es México, que tiene entre sus filas al cuarto hombre más rico del mundo (Carlos Slim) y 26 millones de pobres de solemnidad.

Pero, volviendo al «imperio de la ley», las estadísticas que presenta Reyes Heróles en su libro, dan cuerda para un rato. Sobre todo las referentes al «amor» de los mexicanos por la ley. Si Montesquieu decía que la ley debe ser como la muerte, es decir, no exceptuar a nadie, en México la ley es, más bien, como la suerte: eres infortunado solamente si la acatas. «¿Qué tanto es tantito?», dice un refrán popular. Y ese refrán se ha hecho camino de vida para casi todos. Veamos:

«El gran retrato (de la sociedad mexicana) dice Reyes Heróles, es el siguiente: casi la mitad de la población, 47,7%, cumple la ley sólo por miedo a ser sorprendido y recibir un castigo (...) Después viene poco más de un tercio, 35%, que respeta la ley por presión social (...) Y por último queda allí un arrinconado y pequeño 17% que respeta la ley por verdadera convicción». Y remata: «Uno de cada cuatro mexicanos piensa que las prácticas ilegales son algo natural. Uno de cada cinco cree que la corrupción siempre ha existido y uno de cada veinte que es un mal necesario y que incluso ayuda



al funcionamiento de las cosas» (P. 22).

La pregunta obligada es: ¿por dónde empezar? Quizá la respuesta sea: por el lenguaje. En efecto, una de las primeras reformas que habría que emprender en México es la reforma de las palabras; que las palabras indiquen compromiso con el que las profiere; que la verdad y el cumplimiento de las promesas se vuelvan una virtud social y no un vicio institucionalizado, como hasta ahora.

Cualquier visitante que haya pisado estas tierras —por otro lado, entrañables, maravillosas— estará de acuerdo conmigo en que lleva un buen tiempo adaptarse a la impuntualidad, la exageración, la cortesía como pretexto de la ineficacia y el saludo como sinónimo de despedida que es propio de los mexicanos. John Reed, el periodista estadounidense que presenció la Revolución de 1910, decía que, al llegar a un pueblo perdido del desierto del Norte mexicano, uno nunca sabría a qué atenerse: lo mismo el dueño del jacal le dejaba a uno su cama y su señora, o panza para arriba, con un balazo en el cuello.

Y no es que el nativo de este país sea así por vocación de molestar al prójimo. No, de ninguna manera. Es porque nunca se ha visto obligado a cumplir la ley, a decir la verdad, a comprometer su palabra. Porque el

gobierno de este país, desde que se independizó de España a principios del siglo XIX, siempre ha sido un gobierno calamitoso. La figura emblemática, la de don Porfirio Díaz, que lo gobernó desde 1876 hasta 1910, resumía en una frase el ejercicio kafkiano de la legalidad. Cuando sabía (don Porfirio) que debía emitir una ley, porque el Congreso lo demandaba, pero que esa ley iba a ser impopular, quedaba bien con el Congreso y con el pueblo. La expedía, cómo no, pero agregaba una cláusula para que nadie cumpliera el ordenamiento. Hizo, pues, famosa la frase: «Promúlguese, pero no se cumpla».

Muchas leyes tiene México. Su Constitución (que data de 1917) posee más de 140 artículos. Hay dos o tres «constitucionalistas» en el país, porque nadie se puede aprender de memoria ese galimatías. Una Carta Magna que tiene artículos que son abiertamente anticonstitucionales, que se viola a sí misma y que da lugar a rendijas, agujeros, avenidas por donde se cuela la impunidad y el incumplimiento pugnaz de las normas.

«No habrá un México justo si no es un país donde se cumplan las leyes»,



concluye Reyes Heróles. Y es verdad. Un país donde en los últimos 5 años 30 millones de personas han sido víctimas de un delito y en el que 98% de los delitos quedan impunes (no se denuncian y si se denuncian no pasa

nada), no puede ser un país justo. Por lo pronto, la ley muy pocos la cumplen. Y la mayoría de los jóvenes (según una encuesta del Tecnológico de Monterrey) piensan que «el que no transa, no avanza».

Tres miradas a Europa desde un personalismo español

.....
Federico P. Manfred

Escritor

Creemos que hay que superar los pequeños estados y sus pequeñas políticas mediante la federación de Europa, sin embargo no queremos cualquier Europa, queremos una Europa grande en sus ideales, fuerte con los fuertes y generosa con la humanidad. Para esa gran Europa reclamamos los grandes caminos de utopías y denunciamos las grandes miopías. Creemos que Mounier también habría optado por estas vías.

1) Por un alma para Europa

Frente la indefinición actual de Europa, tan amorfa en su geografía, en su historia y en su cultura, y tan plástica a las influencias de los mercaderes y banqueros, creemos que la identidad europea se debe definir nítidamente por la herencia cristiana.

Sería fácil criticar esta opción como sospechosa de intereses confesionales, sería fácil rechazarla con la excusa de la tolerancia —que, por cierto, se aplica bien a la afición de algunos políticos por los diamantes africanos—, por eso, y para dar que pensar, preferimos citar al más grande, lúcido y sincero ateo que ha dado Europa, a F. Nietzsche: «En una palabra, ¡esta debe ser nuestra palabra de honor!, somos *buenos europeos*, los herederos de Europa, los ricos, los colmados, pero también sobreabundantemente obligados herederos de milenios de espíritu europeo; en cuanto tal procedemos del cristianismo y estamos en contra del mismo, precisamente porque procedemos *de él*, porque nuestros antepasados cristianos eran de una honradez del cristianismo sin miramientos, que ha sacrificado voluntariamente sus bienes, su

sangre, su situación y su patria a su fe...» Nietzsche reconoce también la contribución de los judíos: «nosotros los artistas entre los espectadores y filósofos sentimos por ello gratitud para los judíos».

Este ateo reconocerá sin problemas que «es siempre una fe metafísica aquella sobre la que descansa nuestra fe en la ciencia; también en nosotros, hombres del conocimiento de hoy, nosotros ateos y antimetafísicos, continuamos tomando también nuestro fuego del incendio que ha encendido una fe milenaria, aquella fe cristiana que era también la fe de Platón, por la que Dios es la verdad y la verdad es divina» (Genealogía de la moral).

Por tanto, no a una Europa burguesa, resultado de la fe en los pequeños dioses del beneficio y del bienestar. Sí a una Europa de la fe en los grandes valores que están por encima de ella misma —fraternidad, igualdad, libertad— y que le pueden exigir el sacrificio de bienes, sangre, situación y patrias.

¿Laicidad?, de acuerdo. Pero también la laicidad, como en su tiempo la cristiandad, ha de elegir entre Dios y el dinero. La laicidad no sirve a Dios, pase, pero ha elegido servir al dinero y, por esa razón, también es parte del desorden establecido.

2) Por una democracia real para Europa, como etapa en el camino a una única humanidad

Estamos contra una Europa burguesa, que se ha enriquecido y que no tiene más proyecto que seguir enriqueciéndose. Una Europa donde el dinero, que es lo que más importa, es soberano por encima de los pueblos, donde la mercancía está llamada a ser libre y la persona a ser una función de la economía, especialmente por el consumismo. Como había previsto Mou-

nier el capitalismo podría eliminar las necesidades humanas al precio de una estabulación de las masas a las que extendería el bienestar burgués, la falsa felicidad de la posesión de una infinidad de cosas más o menos útiles. Al hablar de esta felicidad, Mounier cita a Dostoyevski: «... ‘Les daremos una felicidad silenciosa, humilde, la felicidad que conviene a las criaturas débiles que ellos son... Ciertamente nosotros les haremos trabajar, pero durante sus horas de ocio organizaremos su vida a la manera de un juego de niños... les permitiremos incluso el pecado, sabiendo que son débiles y desarmados... Serán librados de la gran preocupación y de las terribles angustias actuales que consisten en elegir por sí mismos. Y todos serán felices, millones y millones de criaturas’. Así habla el Gran Inquisidor; ¿nos atreveríamos a decir que no escuchamos ya esta voz?» (O.C. IV, p. 86).

Mounier nos dirá que «un combate frontal debería desencadenarse, mediante su propio resurgimiento interior, por las democracias rejuvenecidas, revalorizadas, liberadas a la vez de la plutocracia y de la demagogia; en definitiva, democracias orgánicamente populares» (O.C. IV, p. 234). Es decir, se trata de volver al protagonismo político de los ciudadanos, de manera que la democracia, liberada del poder de los mercados, sea la instancia decisiva de la vida colectiva.

3) Por una Europa al servicio de la paz y contra todas las hegemonías

Quien posee riquezas necesitará armas para defenderlas, decía San Francisco de Asís. Actualmente, Europa es una isla que acumula y ostenta una riqueza excesiva y excluyente en medio del océano de pobreza de la mayor parte de la humanidad que automáti-

camente se convierte en enemiga potencial. Europa se siente insegura porque se sabe rica y, por ello el Tratado para la Constitución Europea (artículos 41 a 43) prepara un reforzamiento del militarismo. Tenemos ejércitos nacionales, cuerpo europeo de defensa y ejército de la OTAN y, por desgracia, parecen pocos para la obsesión de seguridad de Europa.

Mounier vio en las hegemonías internas que trataron de imponerse en el espacio europeo una enfermedad crónica de la que Europa tenía suficiente experiencia como para estar vacunada contra cualquier clase de hegemonía. Así, veía aparecer un peligro igual en las hegemonías exteriores enemigas de los Estados Unidos y la Unión Soviética, que pretendían proteger a Europa de las amenazas de su contraria. Europa sigue admitiendo la presencia norteamericana en su territorio y su liderazgo mundial. Por el contrario, la oposición de Mounier a la OTAN y a toda tutela externa fue explícita y su posición sigue siendo actual: resistir a toda hegemonía, incluso a la suya propia.



Dicho con sus palabras: «Rechazamos de nuestros designios sobre Europa toda clase de hegemonía, aunque nos fuera favorable, y con ella rechazamos la política de armamentos, las tácticas de cerco y la psicosis de creerse cercados, la hipocresía de las ‘amistades’ y las ‘protecciones’, la estandarización del odio y la concentración de poder» (O.C. IV, p. 223).

«El problema no es... levantar a Europa a un nivel hegemónico en que pudiera alcanzar en su terreno al poderío

americano y al poderío soviético. Europa ha acabado con las tentaciones hegemónicas en su seno. Se ha agotado en ellas. En adelante sólo sobrevivirá situándose a la cabeza de una cruzada contra la hegemonía... deberá aleccionar a las nuevas potencias, con su propio ejemplo, sobre la incitación ruinosa de los imperialismos» (O.C. IV, 240).

Por ello, entendemos que Europa debe ser valiente y enfrentarse a la actual hegemonía Americana y a las que, sin duda, el futuro nos traerá.

¿Pero hay alguien que no sea inmigrante o descendiente de inmigrantes?

Pedro Zabala

Profesor de la UNED

Si algo caracteriza más a la especie humana es su capacidad, quizá diríamos su vocación, por viajar. Más aún, por asentarse en nuevos territorios, distintos a aquellos en los que vió las primeras luces. Dicen que fue en África donde aparecieron los primeros humanos. Pero no se quedaron allí. El aumento de población o simplemente el afán de aventura por conocer nuevos espacios, llevaron a oleadas sucesivas de desplazamientos de población que acabaron asentándose en todos los continentes. Sea a orillas de los ríos buscando sus riberas fértiles para la agricultura, en praderas abiertas donde pastasen sus ganados, en islas remotas, al borde de los mares para recoger la pesca, hasta los lugares que nos pueden parecer más inhóspitos como los hielos polares o los desiertos más ardientes hasta allí llegaron emigrantes humanos, buscando nuevos suelos donde vivir, criar sus hijos y enterrar a sus muertos.

A veces eran migraciones pacíficas, buscando tierras deshabitadas. Otras se encontraron con otros pobladores que defendieron con sus vidas lo que ellos consideraban su tierra, y los forasteros acabaron o siendo rechazados o exterminando a aquellos indígenas o mezclándose con ellos dando lugar a nuevas etnias.

Si recordamos los orígenes y la historia posterior de nuestro continente, Europa, no podemos negar que somos fruto de mestizajes antiquísimos, pero que luego se trocaron en un despararrarse conquistador de los europeos en sus imperios y colonias en todo el planeta. Guerras, saqueos, crímenes, violaciones fueron los hitos de esa expansión europea. Como oí hace poco, Cristóbal Colón y sus tres pateras, lla-

madras también carabelas, están en el origen del descubrimiento y conquista de América por la civilización occidental. Desocupados, perseguidos y hambrientos cruzaron el Atlántico en frágiles naos en busca de la fama, de la libertad o de alimentos para llenarse el estómago. Poblaciones diezgadas, sometidas, semiesclavizadas, fueron la secuela de aquellas oleadas de migraciones violentas. De ahí brotó un mestizaje amargo, fruto más bien de la violación que de la coyunda libre y placentera. Con África se practicó una política parecida: las «potencias» europeas se repartieron este continente.

En los siglos XIX y XX se desarrolló el movimiento descolonizador. Emergieron nuevos Estados en el foro internacional y proclamaron su soberanía política. Claro que eso no acabó con su dependencia. El comercio internacional es la vía para ese nuevo colonialismo con acento económico. La actual globalización engendrada por el neoliberalismo triunfante está arruinando aquellos países. Y la fosa que separa los países ricos de la tierra de los empobrecidos se ensancha cada vez más. En muchos casos, la alianza corrupta y corruptora de las voraces empresas capitalistas y los despóticos gobiernos locales están llevando a sus pueblos a una ruina total.

Dentro de esta situación planetaria, ¿puede extrañar a nadie que innumerables personas, empujadas por el hambre, la opresión y el señuelo de una vida mejor emigren del Sur hacia el rico Norte? ¿Con qué desfachatez nos oponemos neciamente a ese fenómeno imparable? ¿Cuán desmemoriados somos que olvidamos que del Occidente emigraron hacia esos países millones de personas sin visados ni ninguna clase de papeles? ¿Hasta cuándo nos pretenderán engañar afirmando que son ciertas leyes de extranjería las que provocan el fenóme-



no con su efecto llamada y que para frenarlo debemos negarles a esos inmigrantes sus derechos fundamentales y tratarlos como a ganado o como a cosas?

Ciertamente, las emigraciones tienen un costo humano en sufrimiento y desarraigo que no puede desconocerse. Debemos tratar de mitigarlo. Llegan aquí y con dificultades, legales y de otra índole, empiezan a abrirse camino. Las remesas de sus ahorros son en bastantes casos la principal fuente de ingresos de sus países de origen. Pero además su estancia nos proporciona a los naturales de los países de acogida beneficios incalculables. Para empezar, mejoran la pirámide poblacional: son más jóvenes y tienen más hijos. Aumentan, si ejercen legalmente un trabajo, el número de cotizantes y alivian la carga de los pasivos al sistema de seguridad social. Y si sabemos acogerlos con generosidad y apertura nos traerán las ventajas indudables de una sociedad mestiza.

Esto me recuerda la imagen que presencié en una librería: salían los niños y niñas, en dos filas y cogidos de la

mano, acompañados de sus profesoras. Con su alegre impaciencia, se apresuraban a salir y les dijeron que esperasen pues les íban a dar un regalito en una bolsa. Oí que la maestra decía de los dos primeros: éste es ucraniano y el otro georgiano; en medio contemplé los rostros de dos criaturas con indudables rasgos orientales; más allá, también divisé una ne-grita y algún magrebí. El resto, serían riojanitos de nacimiento. Mi corazón se esponjó: si sabemos integrarlos tan cordialmente como aquella estampa docente, nuestra sociedad será más tolerante y solidaria.

Claro que un aluvión de emigraciones incontroladas puede crear problemas y situaciones alarmantes. Necesitamos una política de extranjería que no pivote exclusivamente sobre medidas policíacas y de control. Para empezar un gobierno que sea mínimamente justo ha de tomarlas las siguientes medidas económicas y políticas:

- Cancelar la deuda externa, pero de manera inteligente, evitando que ese dinero que ya no paguen no vaya a los bolsillos de tantos gobernantes corruptos sino que sirva para el desarrollo de sus pueblos.
- Si somos partidarios del comercio libre, ir eliminando los aranceles que cobramos a los productos del tercer mundo.
- Practicar una ayuda al desarrollo de esos países con aportaciones públicas eficaces y promocionando inversiones empresariales que respeten los derechos fundamentales de los nativos.
- Dejar de subsidiar productos occidentales de tal forma que la libre competencia juegue también en el comercio internacional.
- Dejar de vender armas, directa o indirectamente, a los países empobrecidos.
- Exigir a todos los gobiernos del Sur el respeto a los derechos hu-

manos; claro que para ello hemos de empezar a practicarlos en nuestra propia casa. Debe acabarse la práctica occidental de apoyar tiranías que benefician a nuestras empresas.

Estas medidas son indispensables si de verdad queremos acabar con la primera causa de la emigración: el hambre. Puede que se juzguen utópicas. Y lo seguirán siendo mientras un solo voto de una persona concienciada vaya a un partido —llámese de derechas o izquierdas— que no las lleve a la práctica.

Además, claro hay que tomar otras medidas de inspección policial y laboral: la persecución implacable de las mafias que trafican con estas necesidades humanas. Ha de caer todo el peso de la ley sobre quienes, españoles o extranjeros, los transportan o quienes les explotan luego cuando han llegado a su destino.

La pobreza en femenino

.....
Carmen Ibarlucea

Miembro del Instituto E. Mounier

Las mujeres y lo que les concierne son parte integrante del pasado y del presente colectivo. Los hombres tienen en cuanto a protagonismo y responsabilidad, la misma contribución real a nuestra historia, no más; sin embargo, solemos olvidar que pasado y presente debe ser presentado como la realidad que comparten, y en la que se relacionan unos y otras.

Afortunadamente, el género ha comenzado a tener significación en la trama de la historia humana alcanzando poco a poco la categoría de axioma dentro de la investigación histórica... y en las propuestas de desarrollo. No obstante la realidad cotidiana continúa dando la espalda a la realidad de las relaciones hombre-mujer, creando presupuestos que trabajan en un nivel ideal y no concreto, sin alcanzar a comprender, de donde viene la discriminación y como se construye, única forma de afrontarla.

Tomemos como ejemplo las utopías masculinas. Jean-Jacques Rousseau dice en el libro V del *Emilio*: «toda la educación de las mujeres debe ser relativa a los hombres». Y unos años más adelante, otro pensador de la justicia, Karl Marx, sueña que una vez implantado el comunismo, los hombres irán a pescar por la mañana, a cazar por la tarde y dedicaran las noches a conversar...

Hay un pequeño cuento de Anthony de Mello que puede ilustrar nuestro problema.

Mientras el diablo caminaba un día con un amigo, la pareja vio a una mujer agacharse para coger algo. El diablo señaló con calma que la mujer había encontrado una parte de la verdad. Sabiendo

su compañero que era el Padre de la Mentira, exclamó: «¿No te importa que ella haya encontrado parte de la verdad?» «Oh no,» dijo complacido el diablo, «dejaré que vaya creyéndose con toda la verdad»¹

Hasta ahora, han sido los varones occidentales quienes definen los problemas, plantean soluciones y ofrecen su visión de los hechos. No son lo mismo las cruzadas vistas por los árabes que por los cristianos, no es la misma historia de América que pueden contar los afroamericanos, descendientes de esclavos, que la que contamos los mestizos, mezclados con españoles.

Suelen molestarlos los españoles cuando se les dice el mucho daño que sus antepasados hicieron en América; algunos replican «Mis antepasados no, los tuyos», otras se preguntan «¿es que los indígenas eran todos santos?». ... ciertamente no, pero es cuestionable que quien ansia el poder, lo obtiene, lo utiliza y disfruta de sus ventajas materiales e intelectuales, gana con ello mayor responsabilidad en el rumbo de la historia y sus acciones tienen mayores consecuencias. Es posible que fueran mis antepasados quienes aceptaron y acataron las leyes injustas que gobernaban América en el tiempo de la colonia, pero fueron los suyos quienes dilapidaron, o dejaron dilapidar, las riquezas naturales que desde allá les enviaban sus compatriotas, y que finalmente redundaron en el bienestar de otros países europeos. La responsabilidad, pasada, presente y futura debe ser compartida.

Que una indígena, o un negro esclavo fueran malas personas, no tiene mayor significación social, ni repercusión histórica, que los comentarios desafortunados que puedan realizar mis vecinos en un pueblo de 8.000 ha-



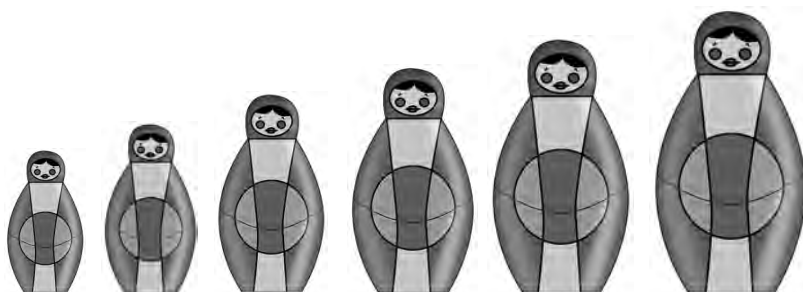
bitantes, o las malas prácticas de un niño en una fábrica asiática... ellos, ellas no tienen «el poder». En cambio, es piedra de escándalo lo que expresan públicamente los poderosos (iglesia, estado, mercado de valores, empresarios-as, intelectualidad) porque han buscado y obtenido la notoriedad que tejerá futuro, influirá sobre el subconsciente colectivo (que existe) y favorecerá o entorpecerá el entendimiento entre las personas, que por regla general son diversas.

Si deseamos ser artífices de un mundo mejor, que es posible, será inevitable conocer a personas con diferentes sentires y diferentes orígenes... a las que miraremos desde nuestros propios ojos; pero si hacemos el esfuerzo de no juzgarlas, ni condenarlas por ser diferentes, no medirlas y pensarlas... es muy posible que al sentirse respetadas, no nos juzguen, midan, ni condenen... pero no puede garantizarse. Asumir ese riesgo es lo más difícil.

El caso de la problemática «mujer» es difícilmente aprensible; la filósofa francesa Sylviane Agacinski reflexiona:

La diferencia sexual, siendo tan universal, no define absolutamente qué papel juega la organización práctica de las relaciones humanas. No implica en sí misma ninguna institución particular, ninguna segregación, ninguna jerarquía de ningún orden —económico, social, político, religioso o cualquier otro—. El firme cimientto de las diferencias anatómicas y fisiológicas sugiere, en rigor, unos tipos de comportamientos (...) pero no puede programar nada que sea de orden social, jurídico o institucional ²

Es bien sabido que no es lo mismo nacer como miembro de la aristocra-



cia europea, que hacerlo en el altiplano boliviano; por lo mismo, no podemos hablar de una problemática femenina única, aunque existan muchos puntos de conexión entre las injusticias que sufre la mitad de la población mundial debido a su sexo.

Por otro lado, el desarrollo ha sido entendido, durante años, y en la mayor parte de los sectores sociales aún lo es, como el crecimiento económico a partir del cual se podía lograr el bienestar de las personas. Pero, dado que la economía se ha convertido en un fin en sí misma, y las personas han pasado a ser el medio para la salud de la economía, es necesario replantearnos el concepto de desarrollo si queremos construir un camino de justicia y no apoyar, con nuestro esfuerzo inconsciente, el proyecto de desarrollo de quienes, debido a su falta de autoconciencia como especie, actúan como si la ética no se hubiera universalizado... como si aún continuaran anclados en los paradigmas aristotélicos.

¿Qué piensan los gestores de Disney cuando despiden a 4.000 trabajadores en todo el mundo? Curiosamente, piensan en la salud de la economía... y aciertan. Pues tras anunciar este «reajuste» laboral, la bolsa (los inversores) dan su aprobación invirtiendo en Disney, y las acciones de la compañía registran un alza del 4,94%.

De modo que para hablar de mujer y desarrollo, quizás debemos comenzar por saber por qué la pobreza es femenina ¿qué nos pasa a las mujeres como grupo? Y cuales son las causas de nuestra pobreza... ¿no será que (este) desarrollo juega en nuestra contra?

Naciones Unidas, un órgano aglutinante, nos ofrece el término *desarrollo humano* como el proceso que permite ampliar las oportunidades de las personas, señalando las relaciones entre crecimiento económico y preocupaciones sociales.

La evolución histórica del enfoque del bienestar ha tomado a las mujeres por receptoras del mismo, pero no como participantes activas. Les recuerdo la famosa frase de Adam Smith, en su libro «La Riqueza de las Naciones»:

No es de la benevolencia del carnicero o del panadero de quien esperamos nuestra comida, sino de la consideración que ellos hacen de sus propios intereses. Apelamos, no a su sentido humanitario sino a su amor por ellos mismos.

Las bases de nuestra economía nacen sin perspectiva de género, pues es de la donación generosa del tiempo de las mujeres de la que esperamos obte-

ner la comida cocinada, un entorno agradable y cuidado (hogar) y las nociones básicas de educación, aprendidas durante la infancia, que nos permiten convivir en sociedad.

Para las políticas o estrategias de desarrollo posteriores a la revolución industrial, las mujeres continuaron asumiendo como propias las ideas y la lógica masculina, fuertemente influenciada por las concepciones atávicas del reparto del trabajo y el valor del mismo. Así la maternidad y el cuidado familiar fueron durante mucho tiempo nuestro rol más importante, al que se supeditaban el resto de nuestras posibles funciones, y al que ningún economista se planteó asignarle un valor cuantificable.

Al estudiar la historia del feminismo, encontramos que no hemos conseguido la mayor parte de las reivindicaciones solicitadas, pero nos han ofrecido una visión de triunfo al ser integradas en la sociedad masculina; no era esto lo que pedían nuestras bisabuelas, ellas pedían el reconocimiento y la puesta en valor de las mujeres y de las labores tradicionalmente femeninas, alcanzar una mayor autonomía en sus decisiones vitales y compartir la vida con varones respetuosos, para formar unidos una sociedad capaz de realizar todo tipo de tareas sin distinción de sexo; existe una gran diferencia entre las reivindicaciones de los grupos de mujeres socialistas o de los grupos sufragistas, pero la idea de una sociedad igualitaria por la que trabajan las primeras no fue asumida, ni siquiera (y estoy generalizando) por sus compañeros políticos.

En nuestro medio social, la planificación familiar, aunque puede parecerlo, no es una opción realmente libre, «mi derecho a controlar mi fecundidad» esto es, a ser igualmente aceptada y valorada siendo madre de 2 niños/as o siendo madre de 15 si ese

es mi proyecto vital, sino que se ha convertido, gracias a la presión del medio social, en el único camino para alcanzar el objetivo de la emancipación, sinónimo de felicidad.

De modo que se ha establecido una relación directamente proporcional entre influencia formativa occidental y maternidad.

Las mujeres analfabetas tienen una tasa global de fecundidad de 7,1; si asistieron los primeros años de escuela su tasa de fecundidad será de 5,1; si fueron a secundaria será de 3,1 y si tuvieron estudios superiores el promedio será de 1,9 (Fuente: *Mujeres Peruanas, la mitad de la población del Perú a comienzos de los 90*. Centro. Lima. Abril 1993).

Actualmente existen tres enfoques estratégicos que desde las administraciones buscan dar solución al problema mujer-pobreza.

En el *enfoque de equidad*, las políticas gubernamentales reconocen la participación de las mujeres en el desarrollo y dan importancia especial a la independencia económica de la mujer. Es decir, si la mujer trabaja y gana un salario estaría en igualdad de condiciones con el varón. Pero esto mantiene el mismo concepto de desarrollo, no cambia el modelo social y las labores tradicionalmente femeninas continúan sin ser valoradas.

En el caso del *enfoque antipobreza*, hay una revisión de fondo de los derechos de ciudadanía, la falta de acceso de las mujeres a la propiedad privada (solo un 1% de la propiedad mundial esta en mano de mujeres), a los medios de producción (empresas) o a las ayudas económicas (créditos)... así mismo se hace hincapié en la discriminación sexual en el mercado labo-

ral, buscando incrementar las opciones de empleo o autoempleo que puedan subsanar esta discrepancia.

El *enfoque de eficiencia*, mayoritario en países de economía emergente (ej. China), conoce políticas de ajuste estructural y busca incrementar la productividad y la eficiencia como una manera de que la mujer participe en el desarrollo.

Son muchas las organizaciones que trabajan para paliar estas injusticias, y suelen decirnos que trabajan con perspectiva de género (un concepto cultural), cuando lo que están haciendo es trabajar con mujeres. La perspectiva de género engloba a la mujer y al varón, trabajar con perspectiva de género para la equidad es trabajar con ambos para alcanzar el objetivo.

Hacer público lo privado

Hay una realidad innegable: en el mundo hay más mujeres analfabetas que hombres en las mismas circunstancias, más desempleadas (de trabajo remunerado), un desequilibrio salarial injusto que ofrece a las mujeres menor salario en igualdad de empleo con los varones; pero nada de esto está recogido en las leyes. No hay demasiadas prohibiciones expresas para evitar el acceso a la educación en las mujeres, ni se establece en los convenios laborales la diferencia salarial... todo nos viene dado a priori desde la privacidad de nuestros hogares y la construcción mental que formamos del mundo desde la niñez. Los roles estereotipados fortalecen las relaciones injustas, favorecen la subordinación y la dependencia, propician el concepto negativo de uno mismo-a al no poder alcanzar la perfección en el modelo esperado.

Los estereotipos crecen en nuestro pequeño rincón de mundo, en nuestro hogar, y se amplifican hacia la es-



cuela, la plaza, el templo, la fábrica o el mercado... hasta llegar a las grandes superficies comerciales, las empresas de servicio, la publicidad y los órganos de gobierno, que nos los devuelven; actuando como flujo y reflujo de una marea sin principio ni fin.

Según datos de la ONU, publicados en su Foro de Población, una de cada tres mujeres en el mundo sufre malos tratos o abusos sexuales. Los fríos datos hermanan a las mujeres europeas con las africanas, a las indígenas americanas con las asiáticas y simplifican la visión de una problemática compleja.

Cuando hablamos de mujer y pobreza, olvidamos que detrás de ambas palabras hay personas, y en cada persona una niña o un niño herederos de una tradición, una cultura no escrita, de aceptación o de rechazo. Un hombre indígena será menospreciado y ridiculizado, por poner un ejemplo entre muchos, por su forma incorrecta de hablar el castellano... pero junto a él habrá una mujer, que además de esa discriminación social, estará sufriendo una discriminación hacia dentro de su comunidad, originada en su condición sexual, y de nada le valdrá el reconocimiento de igualdad en la carta magna del país en el que habita...

La realidad cuantificable de la discriminación nos fue ofrecida por las

Naciones Unidas en su estudio *Población Mundial 2000*. En el informe se observa que la discriminación y la violencia son la norma y no la excepción, además de la violencia directa a la que aludíamos antes, algunos de los principales problemas de la mujer son:

- Cada año, mueren como resultado del embarazo unas 500.000 mujeres y una cantidad mayor sufren discapacidad a consecuencia del embarazo o el parto.
- Cada año, unos dos millones de niñas menores de 15 años son incorporadas al mercado del sexo.
- Por razones tanto sociales como biológicas, las mujeres son mucho más vulnerables al contagio del SIDA. En África el número de mujeres seropositivas es superior en dos millones, al de hombres.
- La triple jornada laboral, debida a la persistencia del patrón tradicional de división del trabajo.
- El problema de las condiciones de trabajo y empleo de las mujeres, con jornadas de entre 10 y 14 horas diarias, en posturas forzadas o bajo la exposición a agroquímicos.
- La falta de equiparación legal entre uniones de hecho y matrimonio. Persistiendo disposiciones discriminatorias contra las mujeres en aquella situación y los hijos nacidos de ellas.
- La asunción social de la paternidad irresponsable como rasgo propio del hombre.

- La conformación de familias monoparentales, extensas y con mayor carga de menores dependientes.
- La falta de recursos económicos asignados desde las organizaciones financieras a las mujeres en su rol de cabezas de familia.

Por ello es necesario tomar conciencia de que de lo privado emana lo público, de los estereotipos que nos atrapan nacen las injusticias que sufrimos.

El binomio mujer-pobreza, suele verse agravado por otros parámetros: rural-indígena-analfabeta-aislada socialmente-enferma-objeto sexual-madre sola-...

Ventajas de la equidad de género

Permanecer anclados en unos roles fijos determinados es poner límites a nuestra libertad y a nuestra capacidad de desarrollo personal.

Tradicionalmente se espera de un hombre capacidad de mando, autonomía emocional y resistencia física; y aunque ciertamente la ciencia da carta de realidad a las diferencias física y psicológica, no cabe duda que los espacios de ternura recuperados, el contacto placentero con los hijos e hijas, y el aprecio hacia las pequeñas tareas cotidianas gratificantes, como cocinar para nosotros y para otros o no necesitar de nadie para tener una apariencia limpia y fragante, son ventajas que los varones adquieren en esta nueva organización social.

Y en el plano general, es más fácil aún observar sus beneficios, una sociedad más plural que aprende a respetar las diferencias deviene en menos bélica. Una sociedad con mayor corresponsabilidad estará más atenta a controlar los abusos hacia la infancia, que es la víctima propiciatoria de la actual situación de injusticia y discriminación.

La maternidad y la paternidad son posibilidades humanas esenciales y con frecuencia resulta doloroso estar privado de ellas (...) Traer al mundo un niño, y educarlo, desde su más tierna infancia, implica siempre, para los seres humanos, la cuestión suprema del sentido de la existencia».³

Una sociedad sin estereotipos ofrecerá a las personas que la integran:

- Libertad y responsabilidad para tomar decisiones, en lo privado y en lo público
- El poder de realizar sus sueños
- Justicia y Paz.

Notas

1. Anthony de Mello, *The Song of the Bird* (Garden City, NY: Doubleday Image 1984) p. 39.
2. Agacinski, S. *Política de sexos*, Taurus ediciones 1999, p. 140.
3. *Ibid*, pp. 58-59.

Realidad y razón en *Don Quijote de la Mancha**

.....
Juan Carlos Vila

Miembro del Instituto E. Mounier

Cervantes y su época

Miguel de Cervantes fue un hombre con una historia plagada de desdichas y avatares que le fueron de suma utilidad para poder componer la que se considera primera novela de la Literatura Universal. La novela como género tiene la peculiaridad de ser una narración de la realidad, una muestra temporal de lo real, interpretado por el autor. Como género viene a introducir la importancia de la narración, animada por unos personajes que deben componerse sin la referencia a lo concreto (como sucede en el teatro), debiendo manejar los procesos psicológicos de una manera mucho más compleja. Su llegada viene a complementar el concepto de persona en cuanto a su relación temporal, en cuanto a su existir como narración; la evolución del concepto de persona producido durante la Edad Media, por el que la máscara griega se ha fijado al rostro y se ha hecho capaz de mirar a Dios, ahora va a tomar conciencia de sí y de sus posibilidades.

En vida de Cervantes van a sucederse los cambios más rápidos habidos hasta entonces en cuanto a ciencia y filosofía; la visión del mundo va a transformarse y expandirse, traspasando las limitaciones medievales. Pasado el Renacimiento, con sus ambivalentes conclusiones, se está fraguando la Modernidad; Galileo está en el apogeo de sus estudios y Kepler ya ha publicado lo más importante de su obra: todo está listo para la llegada unos pocos decenios más tarde de Descartes.

A nuestro Miguel le ha tocado en vida contemplar de cerca el horror de la muerte, la agonía del cautiverio,

pero también lo relativo de los convencimientos de entonces en cuanto a las diferencias culturales; va a tener tiempo para observar de cerca la vida en Orán. Analizará costumbres de un lado y otro de lo que son los polos de su época, el Occidente cristiano y el Oriente musulmán, realizando una crítica mordaz de las mismas y de sus consecuencias en la vida cotidiana. Con su visión avanzará un modelo laico de interpretación de la realidad, al que no se podrá encontrar similar hasta el siglo XIX o XX.

Hoy podemos ver en *Don Quijote* la culminación trágica, no exenta de optimismo, de todo el proceso renacentista por el que el ser humano alcanza una posición en el mundo que antes tenía solamente Dios, lo cual se tradujo para unos en el desastre de creerse seres omnipotentes (mediante la ciencia), y para otros recuperar una dignidad enterrada durante siglos. Hace ya cien años, en las celebraciones del tercer centenario, fueron José Ortega y Gasset, en sus «Meditaciones del Quijote», y Miguel de Unamuno en «Del sentimiento trágico de la vida» quienes entraron de lleno en un análisis de la interpretación que aparece en la obra; el primero desde el autor, dando mayor protagonismo a Cervantes; el segundo, desde el personaje, mirando por los ojos del Quijote. Ambas visiones se complementan y forman un todo, que puede ser desarrollado más allá; España vista desde ángulos distintos, para componer una imagen tan compleja como su realidad. La pluralidad de sus expresiones culturales y lingüísticas; la única y poliédrica visión de lo español.

Alonso Quijano y la transposición entre lo real y lo imaginario

Don Alonso, ese hidalgo manchego inserto corporalmente en su época,



pero imbuido de otro tiempo y otra realidad, nos va a llevar por las sendas de la comprensión del choque entre las realidades que debe intentar entender. Es una persona que se debate entre un mundo cuya realidad es brutal e incomprensible y otro donde cree encontrar los valores que considera como válidos. Pero a su vez, vive en un sueño creado para desviar las miradas del sufrimiento que se palpa; su tragedia es la de una existencia aparentemente absurda que actualiza la rebeldía frente a la injusticia. Quizás hubiera firmado las palabras de Albert Camus: «No es, pues, lo importante todavía el remontarse a la raíz de las cosas, sino que, siendo el mundo lo que es, lo importante es saber como conducirse en él.»¹

Durante siglos se ha debatido sobre su cordura y su locura; sobre su lucidez en las soluciones y la irracionalidad de sus actos. Pero en pocas ocasiones se ha abordado el tema de qué es lo real y qué lo imaginario en esta novela, y menos aún, si lo imaginario

no es también un ámbito de lo real. Quijote y Alonso Quijano son una misma persona, que afronta los problemas, y los resuelve, poniendo en juego, trayendo a este mundo de una racionalidad en ciernes (en el siglo XVI-XVII) lo que de «cordura» ha encontrado en el lugar más insospechado: en los libros de caballería.

Un largo proceso que proviene del siglo XIII, nos ha imbuido de una necesidad aparentemente vital por lo racional. La razón como medida de todas las cosas, y todo aquello que se salga de sus estrechos márgenes queda sin estatuto de realidad; lo real y lo racional son equivalentes. Por ello la fantasía, lo imaginario, la narración que es tiempo pero que no se mantiene entre las lindes del camino marcado, oscila entre la condescendencia y la locura. Y ese camino se ha ido estrechando a la par que se ensanchaba el mundo y las carreteras, y las autovías, y nos hemos quedado con que la medida de todas las cosas (la persona, el ser humano para el Renacimiento), se ha convertido en el objeto medido, y por tanto constreñido, por una razón de la medida, por la razón, que no sabe ver más que molinos y posadas, donde gigantes y castillos.

Nuestro buen hidalgo se convierte en sujeto de una transposición que tomada por locura, es desvestida de toda la carga lógica que quiere traer a un mundo plagado de guerras nefastas y miseria sin fin. Los verdaderos valores, la virtud, encarnada en este caso en las normas de la caballería andante, no son reconocidos por el «mundo real», no participan de esa virtud, que yace maltrecha, como Don Quijote abatido por las aspas de la realidad. Y no es que se trate ahora de un elogio de la locura o una oda a la sin-razón; sino de enfrentar una racionalidad científica (encarnada en el poder, la ley, la ciencia...) con una racionalidad cordial (encarnada en el

amor, la fraternidad, la paz...). El frío número frente a la cálida palabra; la «cruda realidad» de una embrutecida Aldonza, frente a la «idílica ensoñación» de Dulcinea.

Contemplemos esta novela como el atrevimiento ante la injusticia establecida, que intenta ponernos en otro punto de vista. Es una incitación a la crítica del mundo tal como está; una crítica de lo real en cuanto racional. Decía Tácito: «Ayer sufríamos por los vicios, hoy sufrimos por nuestras leyes»². La pregunta que nos lanza Cervantes es:

¿Hay opción entre Alonso Quijano y Don Quijote? ¿Son tan distintos uno del otro? ¿Es necesario un estado permanente de esquizofrenia, o podemos descubrir que lo real es más complejo de lo que parecía? ¿Es realmente imposible obtener la verdadera felicidad? Todas ellas similares a la que Pascal lanza en su pensamiento 230: «¿Puede haber algo más gracioso que el que un hombre tenga derecho a matarme porque viviendo al otro lado del mar, su príncipe mantiene una querrela con el mío, aunque yo no tenga ninguna con él?»³

Sancho y la ascunción de lo imaginario

Sancho es el contrapunto. Es la cruda realidad de la ignorancia pero llena de una sabiduría popular ajena a los cánones de la racionalidad fría y calculadora. Decía Descartes de la Filosofía, que ofrecía los medios para «adquirir esa soberana felicidad que las almas vulgares esperan en vano de la fortuna... y que nosotros no sabríamos obtener más que de nosotros mismos». Sí, porque de hecho pensamos, pero siendo un hecho diferenciador frente a otras especies, no es un criterio de existencia; no es por casualidad que sea en las «Meditaciones del Quijote» donde Ortega dice aquello de «yo soy

yo y mis circunstancias y si no las salvo a ellas no me salvo yo»⁴. Sancho es el cordón umbilical que mantiene el nexo con la racionalidad, y que a su vez transfiere a ésta lo que va a aprender de sus andanzas como escudero.

De su capacidad de servicio vendrá la posibilidad de aceptar lo que para él es irreal, como posible. Va a confiar en Don Quijote, va a ponerse en sus manos, sufrirá con él, y terminará convertido en Gobernador de Barataria. Es en este momento donde Alonso Quijano/Don Quijote le da unos consejos de buen gobierno perfectamente contrapuestos a los del Príncipe de Maquiavelo.

Empieza Don Quijote:⁵

Primeramente, ¡oh hijo!, has de temer a Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quién eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse.

Recordemos que el «temor de Dios» significa respeto y no miedo. Respeto que como vemos es aconsejado como un padre a un hijo. Y como añadidura; «conócete a ti mismo». Todo buen «gobierno» comienza por uno, y por ello tener una clara conciencia de sí mismo es fundamental para poder avanzar en el resto de los consejos.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio.

Otra nueva virtud del buen gobierno sería la humildad. Reconocerse en



sus orígenes y no renegar de ellos. Veamos que se les llama pecadores a quienes ejercen de soberbios, siendo el pecado la falta de virtud, no atenerse a los valores que uno tiene.

Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de

la dádiva, sino con el de la misericordia.

Aquí introduce la compasión como uno de los criterios de la justicia. Hay que hacer notar que la justicia de la que habla Cervantes aquí no se corresponde con la justicia de las leyes y jueces que en su caso le llevaron por varios años a la cárcel. La equidad es colocada en un segundo plano, como filtro ante las injusticias. Y al final la misericordia:

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstrate piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

La inclusión de una virtud tan extraña a la justicia, viene a rubricar los consejos de buen gobierno que la locura de Don Quijote da para la pantomima de Sancho. Pero hay que hacer notar una diferencia notable en el caso de la Ínsula Barataria. Ésta proviene de un engaño, no de la imaginación de Alonso Quijano; y será de esa situación tragicómica de donde Sancho tomará medida de las injusticias de aquellos que se burlan de la aparente sin-razón. O, con palabras nuevamente de los pensamientos de Pascal, «se esconden entre el gentío, y llaman al número en su auxilio».⁶

Porque acaso la razón del número se ha adueñado de nuestra realidad que ya no nos pertenece. Existir es ser en el tiempo, avanzar por la utopía sin

caer en la ucronía de la nada. Alonso Quijano caído en las costas del mediterráneo; caído su cuerpo, caída su alma. Perdido su tiempo, hay un momento en el que pareciera no hay nada que narrar; la lógica se ha perdido. Es un instante de suspenso, como el que ocurre en *La Metamorfosis* de Kafka en el despertar de George Samsa. En palabras de P.-L. Landsberg, al respecto: «Una vez admitido el acontecimiento, el resto de la historia transcurre con una lógica, con una verosimilitud, con una banalidad, diría yo, que caracteriza al mundo cotidiano.»⁷ Como en la cotidianeidad de un Don Quijote cabalgando «desfaciendo entuertos»; hay un momento clave, el acontecimiento, que sirve de punto de inflexión, tras el cual su ser personal se narra de otra forma.

¿Convertir la vida en un acontecimiento es nuestro camino? ¿Queremos comprometer nuestro tiempo, como Alonso Quijano? ¿Preferiremos al pájaro en mano que a ciento volando, o como Bergamín, al pájaro que vuela que a ciento en la mano?

Notas

- * Conferencia dada en ese IES de Baza el 21 de abril de 2005.
- 1. Camus, Albert, «El hombre rebelde» en *Ensayos*, Ed. Aguilar, Madrid, 4.ª ed., 1981. Pág. 556.
- 2. Publio Cornelio Tácito, *Annales* III, 25.
- 3. Pascal, Blaise, *Pensamientos*, Ed. Orbis, 1984. Pág. 87.
- 4. Ortega y Gasset, José, *OO.CC. T.I*, Revista de Occidente, 1987. Pág. 322.
- 5. Cervantes, Miguel de, *El Quijote*, Ed. Vergara, Barcelona, 1967. Págs. 879-882.
- 6. Pascal, Blaise *op. Cit.* Pág. 91.
- 7. Landsberg, P. L., *Problèmes du personnalisme*, Ed du Seuil, Paris, 1952. Págs. 86-87

Los errores sutiles del caso Ramón Sampedro

.....
Javier Romañach

Foro de Vida Independiente

La tetraplejía de Ramón Sampedro

Ramón Sampedro tenía una tetraplejía, consecuencia de la lesión medular producida al golpear su cuello con la arena al tirarse al mar.

La incidencia de la lesión medular traumática en España se estima en 2,5 casos cada 100.000 habitantes y año (aproximadamente 1.000 personas al año). A estas deben añadirse las lesiones medulares de origen médico, que representan un 25% de las de origen traumático. Se estima que entre 30.000 y 40.000 personas viven en España con una lesión medular, de los cuales entre 12.000 y 18.000 tienen una tetraplejía. A este número de personas que tienen una tetraplejía por lesión medular hay que sumarle otra cantidad equivalente de personas que la han adquirido como consecuencia de otras deficiencias (poliomielitis, esclerosis, etc.). Por lo tanto, la realidad de Ramón Sampedro la viven en este país alrededor de 30.000 personas, siendo conservadores con la estimación. No somos muchos, pero él no era, ni es, el único.

Ramón Sampedro tenía la médula lesionada a la altura de la vértebra cervical séptima. Para aquellos no apegados en la terminología de este tipo de lesiones, conviene recordar que una lesión medular tiene consecuencias más graves cuanto más cerca de la cabeza se produce. La columna vertebral consta de diferentes grupos de vértebras. De arriba a abajo: cervicales, dorsales y lumbares. Las lesiones a la altura de las vértebras cervicales afectan a la movi-

lidad y sensibilidad de los cuatro miembros, y por eso se denominan genéricamente como tetraplejía.

Una lesión en la primera cervical es gravísima y hace muy difícil la supervivencia ya que implica el uso de respirador, marcapasos, etc. La gravedad disminuye en la segunda y en la tercera cervical, que suelen seguir requiriendo respirador. La cuarta cervical suele permitir una mínima movilidad de hombros y un poco de un brazo, situación que mejora paulatinamente cuando la altura de la lesión es en la quinta y en la sexta vértebra. A esa altura tiene la lesión el autor de este artículo, que puede mover los brazos (con limitaciones), pero no los dedos de la mano lo que le impide aprehender determinados objetos, vestirse, lavarse, etc. Pero le permite escribir este texto utilizando el teclado del ordenador con los nudillos de las manos. Habitualmente, las personas con lesiones hasta la sexta tienen serias dificultades para empujar los aros de una silla de ruedas, por lo que suelen utilizar sillas automáticas, especialmente si su entorno es propicio para ello.

La lesión a la altura de la cervical séptima es la más leve de las tetraplejías, muchas personas con esta altura de lesión pueden llegar a vivir solas ya que pueden aprehender objetos, utilizan sillas manuales en vez de automáticas, conducen, etc. ¡Sí, ha leído usted bien! Ramón Sampedro tenía la más leve de las tetraplejías posibles. ¡Imposible, pensará usted! Si no movía nada los brazos y escribía con la boca (características de la cervical tercera y anteriores).

Efectivamente así acabó, pero pudo no haber sido así. La recuperación de la funcionalidad requiere de los fisio-

terapeutas, terapeutas ocupacionales y médicos adecuados, pero también requiere algo mucho más básico: voluntad. Desconozco los medios de rehabilitación de los que se disponía en Galicia a finales de los años 60, pero es patente y queda en sus escritos su voluntad de no hacer ningún tipo de rehabilitación. Otras personas que como él tuvieron el accidente a finales de los años 60, optaron por la voluntad de la rehabilitación y con lesiones más altas, han llevado una vida plena y activa.

Ramón Sampedro, por propia voluntad eligió la inmovilidad de la cama y por lo tanto la inmovilidad de sus brazos, algo muy infrecuente por su tipo de lesión. Al hacerlo, marcó su propio destino. Él mismo decidió perder la capacidad de suicidarse sin ayuda.

La visión desde la filosofía moderna de la discapacidad

Pasando a hablar en primera persona es necesario decir que participo en una iniciativa denominada Foro de Vida Independiente¹, un espacio virtual creado sólo para reflexionar sobre la libertad, la dignidad, los derechos y el pensamiento que rodea a un colectivo diferente, diverso, el de las personas con discapacidad o personas con limitaciones funcionales.

Comparto con Ramón Sampedro una realidad: la tetraplejía, un objetivo: la búsqueda de la dignidad humana, un medio: el pensamiento racional y una «religión»: el ateísmo racionalista. Ahí terminan las cosas que compartimos.

Él buscó la dignidad en la muerte, en la negación de la realidad, en la consideración de la tetraplejía como

1. El «Foro de Vida Independiente» es una comunidad virtual —que nace a mediados de 2001— y que se constituye como un espacio reivindicativo y de debate a favor de los derechos humanos de las personas con todo tipo de discapacidad de España. Se encuentra en <http://es.groups.yahoo.com/group/vi-daindependiente/>. Esta filosofía se basa en la del Movimiento de Vida Independiente que empezó en los EEUU a finales de los años sesenta.

algo indigno de un ser humano. Para ello emprendió una lucha personal.

Desde mi participación en el Foro de Vida Independiente, yo busco la dignidad en la aceptación de mi realidad, en mi convivencia con ella, en la convicción de mi dignidad como ser humano, antes que «tetrapléjico». Para ello participó en una lucha social, en una lucha por la aceptación de la dignidad en la diversidad, en la convicción de que las personas con discapacidad somos un valor para la sociedad, no una lacra, como la sociedad nos hace creer. En la convicción de que la discapacidad, la pérdida de funcionalidad es algo siempre inherente al ser humano, que se evidencia en la mayoría de las personas con el envejecimiento, y por lo tanto es natural y enriquecedor.

Desde esa perspectiva, Ramón Sampedro se ha convertido en un rival a vencer. Su lucha personal la hizo pública, y en el proceso dejó escritas muchas afirmaciones que me hacen rebelarme desde lo más profundo de mi ser. Respeto su lucha, en lo que concierne exclusivamente a su persona, sin embargo es necesario valorarla, al igual que sus pensamientos escritos, porque algunos atentan contra mi dignidad y la de todas las personas con discapacidad, que sin ser conscientes de que la sociedad les ha quitado su dignidad, hayan podido pensar que la dignidad se encuentra sólo en la muerte.

En su lucha particular, convertida en pública por la publicación de su libro «Cartas desde el Infierno» y su testamento, hace afirmaciones muy poco cuidadosas y respetuosas con las demás personas que tenemos una te-

tripleja, Quizá no fuera su intención, pero son las palabras escritas y los hechos los que permanecen, no las intenciones. Del mismo modo, atrincherado en su tetrapleja, elabora un discurso maniqueísta sobre la dignidad del ser humano y arrastra al lector a conceptos que, al menos, admiten una contundente respuesta racional y argumentada.

La valoración de sus afirmaciones ha sido agrupada en distintos conceptos, para facilitar la lectura y para poder relacionar textos o ideas que aparecen en diferentes partes de sus escritos.

La responsabilidad del individuo

Ramón Sampedro hizo responsable de su manera de morir a «El Estado, la religión, y todos aquellos que se amparan bajo la ley para imponer su voluntad».² Curiosamente, él mismo parece no tener ninguna responsabilidad, y nadie se ha atrevido a trasladársela, pero la tiene.

1) «Te preguntas si en una silla de ruedas —te dejo que la llames así— habría sido distinto. No, nunca la quise ni la querré».³

Cuando eligió no utilizar la silla y no rehabilitarse, eligió perder la funcionalidad que necesitaba para poder no implicar a nadie en el proceso de su propia muerte. Muchas de las personas con una limitación funcional derivada de una lesión medular a la altura cervical séptima que hayan seguido lo suficiente un proceso de rehabilitación, pueden ir a comprar y manipular los elementos que necesitó para su suicidio. Este detalle pasa inadvertido a todos, pero es de gran re-

levancia, ya que tiene como consecuencia la proyección a los demás de un problema para el que él mismo se negó la solución. Fue por lo tanto víctima de su propia voluntad.

En su testamento pone:

2) «He decidido poner fin a todo esto de la forma que considero más digna, humana y racional.»

Por lo tanto acepta que ese tipo de suicidio es digno y ese mismo final lo habría podido alcanzar mucho antes, sin ayuda de nadie, si se hubiera rehabilitado.

3) «Para cambiar mi vida es necesaria una sola cosa: curarme»⁴

Resulta curioso que una persona que necesita una sola cosa para cambiar su vida: la cura, acabe involucrado en una lucha por la muerte. Quizá en su amplia lectura filosófica, obvió usted señor Sampedro una idea elaborada por Friedrich Nietzsche en el pasado: «No hay error más peligroso que confundir la consecuencia con la causa: yo lo llamo la auténtica corrupción de la razón»⁵. A causa de un hecho: la imposibilidad de curarse, acabó luchando por el efecto: morir para salvar su dignidad.

En mi opinión, la lucha obsesiva por la cura de la lesión medular, «su cura», no habría ayudado a resolver su problema de dignidad, pero por lo menos habría dotado de coherencia a ese racionalismo que tanto esgrime en sus textos.

En su lucha por la dignidad en la muerte, ignoró otra solución, la lucha por la dignidad en la vida de las personas con discapacidad. Este camino ha sido emprendido hace pocos años

2. Sampedro, R. *Cartas desde el infierno*. Pág. 211.

3. *Ibidem*. Pág. 85.

4. *Ibidem*. Pág. 157.

5. Friedrich Nietzsche. *Crepúsculo de los Ídolos. Los cuatro grandes errores*. (1889)

en España por un grupo de personas con discapacidad, que en la búsqueda de su dignidad se han encontrado con la losa mediática generada alrededor de Ramón Sampredo y de otros famosos mediáticos. Al elegir la muerte digna, en vez de la dignidad en la vida, acabó aceptando la visión de todos aquellos a los que criticó, en vez de rebelarse contra ella.

Además emprendió un camino solitario y egocéntrico contra cuyos efectos nos toca luchar al resto de personas con alguna limitación funcional.

Su visión sobre la tetraplejía

En la frase:

- 4) «También me habré liberado de una humillante esclavitud —la tetraplejía—.»⁶

deja bien clara su opinión sobre la tetraplejía, no sobre *su* tetraplejía. Es éste un juicio de valor que refuerza la visión tradicional de la discapacidad, la indignidad de esa existencia. Acepta por lo tanto los valores tradicionales que tanto critica en sus textos. Acepta sin la más mínima reflexión un concepto que viene de siglos de tradición en los que han mandado esas personas a las que usted tanto critica. Creyéndose en la lucha por liberarse de las cadenas del «poder y autoridad del Estado», al cometer el suicidio les dio la razón en la opinión que ellos tienen sobre nuestra dignidad. Fue víctima del concepto tradicional de la discapacidad y cómplice de que a día de hoy sigamos teniendo que reclamar nuestra dignidad, porque les confirmó lo que ya pensaban, que nuestra vida era indigna.

No sólo cae usted en la trampa sino que además insulta, llamándonos «esclavos humillados», a las personas que consideramos la convivencia con la tetraplejía una forma digna de vida y que luchamos por la plenitud de esa dignidad. Confunde al incauto y refuerza la visión tradicional de la discapacidad.

- 5) «Si se utilizase el lenguaje con precisión, sería menos engañoso afirmar que *un* tetrapléjico es un muerto crónico»⁷.

Perdóneme señor Sampredo, el engaño lo hace usted, porque no usa su lenguaje con precisión. La inmensa mayoría de quienes tenemos una tetraplejía, que somos unos cuantos, nos consideramos vivos, muy vivos. Efectivamente nuestra vida es más difícil, pero es sobre todo porque nadie pensó en nosotros al construir esta sociedad y porque nos discriminan y nos roban nuestros derechos cada día. Lo crónico es el robo de nuestros derechos, la ignorancia de nuestra existencia, el rebaje de dignidad que nos hace usted y otros como usted escribiendo y aceptando sin más frases como ésta.

- 6) «Te preguntas si en una silla de ruedas —te dejo que la llames así— habría sido distinto. No, nunca la quise ni la querré. Aceptar la silla es aceptar esa miserable libertad. Es aceptar un poco, también, el poder caritativo del sistema y su capacidad de persuasión. Aceptar la silla —me refiero a un tetrapléjico— es aceptar la apariencia de persona cuando no se es más que una cabeza.»⁸

Fue usted libre de no aceptar la silla, señor Sampredo, pero si la hubiera aceptado, casi con seguridad se podría haber usted suicidado sin ayuda de nadie. Al no aceptar la silla se hizo usted responsable de su futuro y de sus limitaciones. Sus problemas para suicidarse fueron también responsabilidad suya.

Yo la acepté, pero no porque me convenciera el sistema ni me persuadiera, sino porque con ella pude y puedo desarrollar mi vida y conseguir mis objetivos sin necesitar de la ayuda de terceros a quienes poner en un dilema moral.

Y fijese que yo, que soy una persona que tiene tetraplejía, cuando me miro al espejo veo una persona, sentada, diferente, eso sí, pero una persona siempre. Usted veía lo que muchos otros ven y le hicieron creer, a usted le convenció el sistema, le persuadió. Conmigo no pudo el sistema y por eso luché para que los demás vean una persona completa a la que poder sentir, tocar, rozar, amar, un ser humano más, diferente en su aspecto y en sus capacidades, con el que hablar, reír, cantar y llorar. Sus textos y su lucha no me ayudan demasiado, señor Sampredo.

- 7) «La calidad de vida consiste en una conformidad placentera, una percepción armónica del cuerpo y de la mente con el todo al que están condicionados y sujetos los sentimientos personales.... Cuando no hay calidad de vida, cuando el caos es total no hay más alternativa que la desintegración de la materia para renacer».⁹

Estos conceptos que usted baraja no son nuevos señor Sampredo, están

6. Sampredo, R. *Testamento Integro*.

7. Sampredo, R. *Cartas desde el infierno*. Pág. 11.

8. *Ibidem*. Pág. 85.

9. *Ibidem*. Pág. 58.

etiquetados como eugenesia, una teoría de perfeccionamiento de la raza que estuvo muy de moda durante el siglo xx por todo el mundo occidental. Se trata de eliminar, no dejar nacer o evitar la descendencia de seres humanos «imperfectos». Su máximo exponente político se llamó Adolf Hitler, y utilizando los mismos razonamientos que usted asesinó a millones de personas como yo, como usted, a millones de personas que eran diferentes y a las que hizo el «favor» que usted pide: les desintegró en cámaras de gas, aunque nadie sabe si renacieron.

8) «Yo te pregunto, ¿quieres ser tetrapléjica? Si dices que sí, ya tienes la alternativa que deseas. Ya estás en el lugar que quieres estar.

Si la respuesta es negativa, ¿puedes explicarme por qué te ves obligada a serlo?»¹⁰

Efectivamente señor Sampedro, mi respuesta es negativa, no quiero tener una tetrapleja, pero me ha tocado tenerla. No conozco a ningún pobre que quiera serlo, pero le ha tocado. No conozco a nadie que quiera la muerte de su hijo o de su hermano, pero estas cosas ocurren señor Sampedro, son parte de la realidad de la vida. Yo soy un ser conformado por mi esencia y mis circunstancias y las acepto señor Sampedro. Sé que no me voy a curar, y que tengo limitaciones funcionales que empeorarán con el tiempo, pero también sé que soy libre, y que en una sociedad diseñada para que las personas como usted y como yo pudieran desenvolverse en igualdad de condiciones, una socie-

dad en la que nuestros derechos fueran respetados *de facto* viviría mucho mejor. Por eso lucho, para que seamos aceptados y valorados, con ello ayudo a construir una sociedad más justa, más libre, y esta lucha la hago desde mi convivencia con mi tetrapleja, porque es una realidad inherente a mí.

La dignidad

Ramón Sampedro parece representar una nueva visión de la dignidad en la discapacidad.

9) «Mi único propósito es defender mi dignidad de persona y libertad de conciencia, no por capricho, sino porque las valoro y considero y considero un principio de justicia universal.»¹¹

Menuda manera eligió usted de defender su dignidad, señor Sampedro. Se creyó todo lo que le contaron sobre la discapacidad, aceptó la pérdida de su dignidad, y no vio más alternativa que la muerte. Era usted libre, pero en mi opinión se obcecó en una lucha egocéntrica y equivocada. No fue usted capaz de ignorar lo que le enseñaron ni de luchar por la dignidad en la vida de personas como usted y como yo. Esa lucha podría haberla librado contra todo lo establecido, habría servido para muchos, no sólo para usted mismo, y habría colaborado en la erradicación de la discriminación que sufre nuestro colectivo. Triste esfuerzo dilapidado en una lucha que nos condena de nuevo a lo que ellos ya pensaban. No le agradezco nada su lucha, puesto que sin querer luchó en contra de lo que yo lucho, y la lucha es ya lo suficientemente difícil como para



aceptar este tipo de «ayudas en favor de la dignidad».

10) «El concepto constitucional de la dignidad de la persona no puede quedarse a la altura de un simple derecho a que la persona no pueda ser torturada, humillada, por el poder y la autoridad del Estado. Se tendría que entender que la persona tiene el derecho a no ser humillada por la tortura del sufrimiento inútil, irremediable y atroz».¹²

De nuevo estamos de acuerdo en que la dignidad de la persona no debe quedar sólo en el papel de la Carta Magna, pero la subjetividad que usted propone en su percepción de su propia situación que siente como sufrimiento «inútil, irremediable y atroz» es difícilmente trasladable al resto de los individuos de la sociedad, especialmente a aquellos que percibimos de manera distinta una realidad parecida a la suya. La persona es libre de tener una percepción subjetiva de su realidad, pero no es el Estado quien debe mantener derechos basados en los sentimientos individuales.

10. *Ibidem*. Pág. 128.

11. *Ibidem*. Pág. 255.

12. *Ibidem*. Pág. 83.

La Filosofía del Derecho

A la hora de hablar de derecho, el señor Sampedro vierte una serie de afirmaciones peculiares que también merecen un análisis.

- 11) «Me gusta hablar con las personas, querida Belén, pero el tema que yo planteo es la eutanasia como derecho humano».¹³

Tenía y tiene usted derecho a plantear la eutanasia como un derecho de las personas, pero estará de acuerdo conmigo en que el derecho a morir con dignidad sea quizá de los menos prioritarios, ya que quedan otros muchos por hacer efectivos para que la vida de todas las personas, incluida la suya llegue a ser digna.

Entenderá que me preocupa mucho más el ejercicio efectivo de los derechos humanos en todo el mundo, y que si llega ese día, quizá no haga falta plantear la muerte digna como uno más. Se adelantó usted, señor Sampedro y apuntó muy alto, buscando una solución fácil a un problema extremadamente difícil: conseguir la vida digna para *todos* los seres humanos.

- 12) «Como ejemplo, puestos a discusión en el caso de la eutanasia, la voluntad moral y ética de la persona debe prevalecer sobre las teorías y las leyes».¹⁴

En mi opinión, su concepción individualista de la vida, le hace verla de una manera poco acertada. Si su voluntad moral y ética debe imperar sobre las leyes, la única persona afectada debería ser usted, y debería haber adoptado las medidas necesarias, y en su caso factibles, para que nadie más se vea afectado por su moral y su ética.

Empujar a alguien a ayudarle a morir porque usted se negó a adoptar las medidas que le permitieran suicidarse solo, es imponer su moral y su ética a otras personas. A partir de que otras personas entran en juego, la moral y la ética que imperan no son las suyas, son las consensuadas por la sociedad y el reflejo de ese consenso son las leyes de las que disponemos. Por lo tanto su enfoque es erróneo y egocéntrico.

- 13) «Se podría decir que toda ley que impide ayudar a morir racionalmente representa la maldad. Y la humana razón del médico Kevorkian la bondad cuando ayuda a morir a un semejante».¹⁵

Entiendo que debe usted ser un gran conocedor de la vida del Dr. Kevorkian, más conocido como el «Doctor muerte», y debe usted considerarle el paradigma del bien, ya que comparte su pasión por la muerte como fin último y digno. Supongo que compartirá también con tan «bondadosa» persona su defensa del holocausto nazi porque «jamás podrán volver a hacerse los experimentos con humanos» de los campos de la muerte. En alguno de sus párrafos ya había usted expresado una cierta connivencia con los principios eugenésicos que utilizaron los nazis. Lo que no entiendo es que nadie se haya revelado contra esas afirmaciones que apestan a nazismo y encumbran a asesinos condenados a penas de prisión.

Si nuestras leyes son para usted la maldad, porque impiden que alguien ayude a otra persona a morir racionalmente, pero no le impiden suicidarse, y el asesinato y la eugenesia son



para usted la bondad, nos encontramos en una visión antitética de la vida, y me fascina ser el único que llama a las cosas por su nombre.

Quiero creer que no reflexionó usted lo suficiente, o que lo que escribió no era lo que tenía intención de decir, pero como mi análisis se basa sólo en sus textos, no me queda más remedio que decirle que fue y es usted un peligro público para la vida de las personas que somos diferentes, un pensador trasnochado y engañoso que se atrinchera bajo la nimia excusa de la tetraplejía para emitir opiniones que, viniendo de otra persona, habrían sido duramente contestadas. Personas como usted son perniciosas para el desarrollo vital de una sociedad basada en la diversidad. Su pensamiento es el de un nazi eugenésico tradicional y está basado en la superioridad del que se cree mejor por cumplir unos cánones, se quita de en

13. *Ibidem*. Pág. 57.

14. *Ibidem*. Pág. 67.

15. *Ibidem*. Pág. 237.

medio cuando ya no cumple los requisitos, y además encuentra dignidad en ello.

Conclusión

Quizá yo sea la única voz que se alce contra usted desde la razón, pero le aseguro que lo hago porque lucho por mi dignidad, por la dignidad de las personas como yo; en definitiva por la dignidad en la vida de todos los individuos. Y en esa lucha, sus textos, su pensamiento son para mí lo más peligroso que se ha escrito en los últimos años en contra de las personas que tenemos una tetraplejía y

por lo tanto una limitación funcional.

Nos engañó a todos, haciendo ver que su lucha era personal, que le afectaba sólo a usted. Su legado de una falsa lucha por la eutanasia, que partió de su negativa a rehabilitarse de manera que pudiera suicidarse, su excusa como persona que tuvo una tetraplejía, sus textos tan llamativos, han llevado a la sociedad a pensar que usted tiene razón, razón que yo no le doy, y espero que el lector de este artículo llegue a la misma conclusión que yo.

Esta es mi respuesta a la timidez, la distancia y el miedo con el que se

aborda su pensamiento, señor Sampedro. Ojalá algún día alguien haga películas sobre personas como yo y la opinión pública entienda que nos robaron nuestra dignidad y usted fue cómplice, y que esperamos que con el tiempo nos devuelvan esa dignidad y podamos ser ciudadanos en igualdad de condiciones, de manera que nuestra existencia sea valorada y, por fin, nos sintamos a gusto con la sociedad que construimos. Una sociedad para todos que acepte la diversidad y la riqueza de todas las personas, sin importar el color, la religión, el género, la sexualidad, el origen, la edad, ni las limitaciones funcionales.

Bibliografía

- Comité Ético de la Sociedad Española de Cuidados Paliativos. «Declaración sobre la eutanasia de la Sociedad Española de Cuidados Paliativos». Publicación: 24 de abril de 2002. <http://www.unav.es/cdb/secpal2.html>
- Conferencia Episcopal Española, Comité para la defensa de la vida. «La Eutanasia 100 cuestiones y respuestas sobre la defensa de la vida humana y la actitud de los católicos». Febrero de 1993. <http://www.unav.es/cdb/ceeseutanasia100.html>
- Datos de la Encuesta sobre Discapacidades, Deficiencias y Estado de Salud 1999. Instituto Nacional de Estadística. [http://www.discapnet.es/Descripción... Lesión de la Médula Espinal. <http://salud.discapnet.es/discapacidades+y+deficiencias/discapacidades+neurologicas/lesion+medula+espinal+18/>](http://www.discapnet.es/Descripción...%20Lesi3n%20de%20la%20M3dula%20Espinal)
- KASS, L. R. y LUND, N. (1996): «La muerte ante los jueces: la ayuda al suicidio, los médicos y la ley». *Commentary* 1996 (Dic.): 17-29.
- Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, del Código Penal.
- Organización Mundial de la Salud. Hacia un lenguaje común sobre Funcionalidad, Discapacidad y Salud. CIF. La Clasificación internacional sobre Funcionalidad, Discapacidad y Salud. <http://www3.who.int/icf/beginners/bg.pdf>
- Real Academia Española de la Lengua. Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española: «Eutanasia». Ediciones de 1989, 1992, 2001.
- ROMAÑACH CABRERO, J. (2002): «Héroes y Parias, la Dignidad en la Discapacidad». Artículo presentado en el I Congreso Virtual *Derecho y Discapacidad en el Nuevo Milenio*. Badajoz, 15-16 de noviembre de 2002, ed. Fundación Academia Europea de Yuste, Badajoz, 2002. —(2003): «Las Personas con Discapacidad ante la Nueva Genética», en GARCÍA MARZÁ, D. y GONZÁLEZ, E. (Eds.) (2003): *Entre la ética y la política: éticas de la sociedad civil*. Actas del XII Congreso de la Asociación Española de Ética y Filosofía Política, Castelló: Publicacions de la Universitat Jaume I. Servei de Comunicació i Publicacions. —(2003a): «Reflexiones básicas sobre Bioética, la Nueva Genética y la Discapacidad». Ponencia presentada en el I Congreso Europeo sobre Vida Independiente. (Tenerife, 24-26 de abril de 2003).
- SAMPEDRÓ, R. (2004): *Cartas desde el infierno*. Editorial Planeta. Segunda Edición. Octubre de 2004 — «Testamento Íntegro». <http://www.eutanasia.ws/ramtest.html>

Carta a un sordociego

.....
Vicente Franco Gil

Querido Jorge:

Sé que no podrás leer esta carta que te escribo con tanto cariño; se que no podrás oír las palabras de quien pueda leértela; se que, probablemente, no llegarás a comprender el sentido de estas líneas; pero, aún así, se que sentirás en tu rostro el soplo de aire limpio que despiden los labios de la persona que las susurra cerca de tus mejillas, porque tú eres muy especial y sensible, porque desde tu silenciosa y aislada penumbra percibes por tu fina piel el mensaje que ahora te dirijo.

Un día, sin saber porqué, naciste ciego y sin poder oír. A pesar de estas carencias, tu rostro transpiraba alegría, una paz tan quieta y serena que sosegaba misteriosamente a todos los que languidecían a tu alrededor. Para unos fuiste algo incomprendible, para otros un hecho insólito, pero para tu familia fuiste, desde entonces, el testigo de una lucha generosa derrochadora de amor, otorgándoles con ello la posibilidad de labrar en sus vidas la plenitud de una entrega desinteresada de intensos cuidados y muestras de afecto al servicio de un hijo y hermano siempre bien querido.

Tus ojos no pueden verme, tus oídos no pueden oírme, tu voz no se escucha, pero tu corazón late con fuerza porque está deseoso de surgir y gritar y sonreír para que la gente lo admire, le hable y lo palpe. Recuerdo Jorge, el primer día que te conocí. Sin haberme tocado antes, sin saber quien era, apenas rozó mi hombro el dedo índice de tu mano, te lanzaste rodeando fuertemente mi cuello con tus brazos, tu rostro acarició el mío, tu piel resbalaba tímidamente sobre la mía, y entonces te escuche, te oí que me decías: ayúdame que en soledad no pudo vivir, dile a la sociedad que existo, que

no me abandonen, que tengo mis derechos, que puedo sentir, que puedo vibrar, que puedo compartir, que mi alma me pesa, que estoy aquí. Si Jorge, fueron instantes únicos, sencillamente estremecedores en los que tu vida pasó a la mía, me transformo, me trazaste un horizonte con tu compañía.

Aunque no sabes cómo es la luz, percibes el sol cuando calienta; aunque no sabes cómo suena el coro de las alondras, sientes el viento que te rodea con el batir de sus alas; y también sientes a la primavera llegar cuando la cubren las flores por el olor de sus fragancias. Y aún podrías saber un sinfín de cosas más si dedicásemos tiempo en romper las cadenas que impiden abrir tu conocimiento; pero es que vamos demasiado deprisa, no hay tiempo para casos perdidos. Vivimos en un mundo desarrollado en donde no existe hueco para asistir a los más necesitados. Quienes detentan el poder no encuentran espacio es sus agendas para escuchar a quienes no pueden hablar; los que tienen medios económicos y materiales no reparan en contemplar casos extraños que conforman una minoría, pues el número de sordociegos que residís en España apenas se aproxima a los 11.000. Actualmente solo interesa el incremento exacerbado del dinero perseguido como un fin exclusivo de placer, importando poco la salud de los menos afortunados; urge acumular propiedades para aumentar el respeto de quienes nos rodean; y se ve bien elevar el prestigio profesional y social a base de zancadillas que alimentan el egoísmo.

Si Jorge, desde la felicidad que reina en tu interior no comprenderías el porque de tantas situaciones injustas, de tanta sinrazón, de tanta inconsciencia, porque tú gozas de pureza, de integridad, de honestidad, confías abiertamente en los demás, eres pura inocencia.

Por eso, en esta carta, quiero que adviertas que te necesito, que das sentido a mi vida, que me haces ser el centinela



de tus desvelos, para abrirte al mundo y mostrarle tus posibilidades escondidas, las que los «sabios», los erigidos no pueden ver, porque no las quieren buscar. Y a pesar de todo tú nos sonríes, sin ver nos miras, sin oír nos escuchas.

Querido Jorge cada vez que estoy a tu lado me concedes una oportunidad para seguir luchando por tu dignidad, aquella que las leyes prescriben pero nunca alcanzan a adecuarla a la realidad por falta de tiempo para su aplicación y desarrollo. Quizá tu aprendizaje sea pausado y costoso, pero siempre es fructífero y gratificante. Ahora parece que nuestros semejantes, seres humanos hechos de barro como tu y como yo, empiezan a comprender la problemática que trae como causa la sordoceguera, pues ya están despertando del letargo de su ignorancia. Pero ahora no tengas miedo, los cercanos a ti seremos tus ojos, tus oídos, la palabra en tu voz.

En estos momentos suena alto el grito de nuestra reivindicación, que es la tuya, y su eco cruzará el umbral de las conciencias de nuestros gobernantes haciéndoles brotar de su corazón un manantial cristalino de sensibilidad. Han comprendido que mientras exista un ser humano debilitado e inerte como tu, no pueden cejar en el empeño de construir una sociedad en la que el hombre en su singularidad deba ser tratado como otro igual, como una persona.

Jorge, me haces feliz cuando me «dices» que nunca debemos perder la esperanza, que todo llega, que siempre amanece. ¡Qué sabiduría tienes querido amigo!

Al final, aquellos momentos pavorosos y expectantes que nos colman de esfuerzo y tesón, a veces angustianado con dolor la propia vida, increíblemente se transforman en el milagro que todo lo ilumina: el compromiso sincero del día a día.

Hasta siempre, Jorge.

¿La «izquierda» es izquierda?*

Luis Alberto Henríquez

Licenciado en Filología Hispánica

Inicio esta reflexión escrita pidiendo al amable lector que lea atentamente el fragmento que enseguida verá copiado en cursivas. Veamos:

Juan Fernando López Aguilar. Nacido el 10 de junio de 1961 en Las Palmas de Gran Canaria. Licenciado en Derecho por la Universidad de Granada y Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense. Doctor en Derecho por la Universidad de Bolonia. Catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Catedrático Jean Monnet de Derecho e Integración Europea. Master of A. Law & Diplomacy por la Fletcher School of Law & Diplomacy de Massachussets. Ha sido asesor parlamentario de varios Ministros de Justicia y Director General del Gabinete del Ministro en los ministerios de Administraciones Públicas y de Educación y Ciencia. Fue elegido Diputado por Las Palmas, en las elecciones de marzo de 2000. Asimismo es autor de numerosos libros y trabajos de su especialidad.

Excelente currículum¹, sí, señores, envidiable, ¿a que sí? Sin duda. Sin embargo, si creo estar seguro de la envidiable excelencia del currículum académico de Juan Fernando López Aguilar, actual Ministro de Justicia en el Gobierno socialista presidido por José Luis Rodríguez Zapatero, no es tanta mi seguridad por lo que toca a considerar que estamos ante el currículum de un *verdadero* socialista². Más parece la carta de presentación de cualquier profesor universitario *archihiperempeñado* casi exclusivamente en sacar músculos y pecho académicos, esto es, en mejorar su currículum; más parece la de cualquier candidato a ocupar una plaza asesora en el Ban-

co Mundial, el Fondo Monetario Internacional o incluso la OTAN —siguiendo los pasos de Javier Solana, prócer socialista español que todos conocemos, tan *otanista* él—; más parece la de cualquier cualificado aspirante a asesor de una multinacional cualquiera; más parece la de un ex colaborador de Bill Gates —el hombre que sigue siendo el más rico del mundo—, sorprendido in fraganti por la dadivosidad del padre de Microsoft; más parece la de...

Porque, sinceramente, con la mano en el corazón, en la conciencia y en los bolsillos —en los bolsillos, huelga casi decir que no por frío ni aburrimiento sino por imperativos de compartir los bienes—, ¿puede fácilmente la anterior de López Aguilar ser carta de presentación de un verdadero socialista empeñado en la transformación *radical* y *revolucionaria* de este mundo, radicalidad y revolución exquisitamente pacíficas, por cierto? Me cuesta creerlo, qué quieren que les diga; no, mejor, me niego a creerlo, y confío en no ser el único: me niego a creerlo por solidaridad con las víctimas de este sistema multinacional inhumano e injusto; me niego a creerlo por fe en el Dios de Jesucristo; me niego a creerlo porque frente a la oferta de espiritualidad hiperegocéntrica, pagana, pansexualista, pancannabista, sincretista y confusa y ambiguamente orientalizante de alguien como Sánchez Dragó, prefiero cien mil veces y todas las que hagan falta, la santa sencillez de Teresa de Liseux.

Se me podrá replicar u objetar advirtiéndome de que debo saber leer entre líneas, y que debo saber aplicar algo así como una especie de hermenéutica al texto en cuestión, y que además, por si lo anterior fuera escaso, es siempre bueno conocer algo de la vida de la persona —en nuestro caso aquí, personaje de alto relieve so-

cial y *ministerial*— que concita nuestro interés. Pues bien, vale, *no problem*, asumo la observación de buena gana, pues aquí mismo quería yo que llegáramos. Vamos a ese *leer entre líneas*, a esa *hermenéutica* —un tanto rara, desde luego: vengan ustedes dos en mi auxilio, *please*, Gadamer y de Ricoeur—, vamos a *conocer un poquito* al Ministro de la cuestión. Veámoslo en las siguientes tres preguntas, lanzadas al viento como cantaba Dylan, lanzadas empero como increpaciones retóricas, como preguntas retóricas, lo reconozco, pues quién me las va o me las iba a contestar, me cuestiono, y, sobre todo, me temo que vayan a complicarme aún más la vida, al menos bajo la forma del ninguneamiento y del ostracismo social y cultural, que son las maneras como el Sistema, en las sociedades desarrolladas o tenidas por tales, trata de hacer callar a los que se atreven a levantar la voz en señal de protesta solidaria. Aquí en el Norte ese el es el precio, por lo común, mientras que en el Sur no es difícil que te juegues la vida con opiniones así. En fin, son estas:

1. ¿Se le conoce al actual Ministro de Justicia español alguna clase de trayectoria militante *cristiana, socialista, marxista, libertaria, socialdemócrata* al menos? No me consta, ni consta a ninguna de las personas —algunas de ellas implicadas en la lucha militante hace ya más de cuarenta años— consultadas por mí, ni tampoco a ninguno de los socios del Real Club Náutico de Las Palmas, hiperelitista y nada socialista club del que es socio nuestro Ministro, antedicho club en el que, si quieres asociarte, has de desembolsar de entrada la friolera de algo más de 20.000 euros,³ aparte de las cuotas mensuales. Sencillamente, ¿tiene algo que ver con cualquier socialismo que se quiera mínima-



mente fiel a sus orígenes la pertenencia a ese tan elitista club? De vergüenza, si no diera pena. Ah, por cierto, como la Iglesia católica tampoco es perfecta, he de decir que conozco a un sacerdote, coronel del ejército, que se acaba de hacer socio de ese club, y fue que aporquinó al instante, al contado, la cantidad exigida, todo un ejemplo de sencillez evangélica.

2. ¿Hay constancia del amor por los pobres por parte del actual Ministro, de la espectacular sencillez de su tren de vida, de su cercanía a las gentes normales y corrientes de nuestros pueblos y ciudades, de su colaboración, codo con codo, con plataformas de lucha solidaria y de verdadera promoción de la justicia para todos y todas, a escala local, nacional, mundial?, ¿hay constancia de su aprecio por la Iglesia liberadora y militante? No hay constancia alguna de nada de lo anterior, pese a mis detectivescas investigaciones privadas, asimismo apoyadas en filtraciones confidenciales, investigaciones dignas del mejor José Antonio Marina.

3. ¿Se sabe si el actual Ministro de Justicia ha luchado por un sindicalismo de clase, militante y alternativo al sindicalismo actual, tan degradado por burocratizado? Nadie sabe nada, o mejor dicho, nadie lo ha visto hasta ahora en tales trincheras, ni lo verá, seguro, salvo que se borre de su partido actual y se alinee con las huestes de Chomsky y de François Houtart, entre otros, aprovechando un cierto tirón progre común. Pero ya eso es mucho pedir, es pedir peras al olmo: el socialismo *domesticado* por el neocapitalismo no requiere militantes, prefiere necesitar burócratas, y cuando cuenta entre sus filas con algún luchador histórico o ya ex luchador quemado, tal es el caso de Gregorio Peces Barba, verbigracia —casi me sale un pareado—, la metralla sectariamente anticlerical la tenemos asegurada.

No obstante la *evidencia* antisocialista puesta de manifiesto por las tres cuestiones antementadas, nuestro personaje es Ministro de Justicia socialista, ahí es nada: palabros mayores, socialismo y justicia, y como vemos, ni uno ni otro, ausentes, casi invisibles.

bles. En fin, qué decir de la desgana que te entra al comprobar una y otra vez cómo está el patio, cómo es de impenable la constatación de que la torcedura de este sufrido mundo nuestro va a peor, no sana, no hay quien la quiera enmendar, enderezar, que más bien va a girar un poco más sobre sí misma, y especialmente sobre y contra la permanente situación de exclusión de mayorías cada vez más numerosas y mayoritarias.

Toda izquierda que se precie ha de asumir como constitutivamente propia la lucha por el advenimiento de una sociedad no dominada por injusticias tan dramáticamente graves y trágicas como las actuales, a saber, principalmente las desiguales relaciones comerciales, políticas, culturales, sociales, estratégicas, tecnológicas y financieras entre el Norte enriquecido y el Sur empobrecido. Así pues, ¿el PSOE actual está de verdad empeñado en esa lucha?, ¿dónde, cuándo, cómo, con quién?

Sí, sin duda: los menos desfavorecidos de la sociedad van a seguir no teniendo justos Ministros que les escriban y les defiendan, a pesar de sus excelentes currículos, que ahora sí, hacen el más espantoso de los ridículos cuando de organizar la justicia y la solidaridad se trata. Con todo, como criticar a la Iglesia, especialmente tirando a la diana de sus pastores, Papa incluido, es de nuevo deporte preferido de la progresía patria, mandarines como el que nos ha ocupado aquí seguirán permitiéndose críticas mezcladas con bostezos contra los fastos del Vaticano, contra la curia y los excesivos gastos de los viajes papales, en tanto ellos y ellas vivirán *genéticamente* de izquierdas aunque *vivencialmente* vivan de derechas, y así seguirán poniendo sus huevos, como el cuco, en los nidos ajenos, que a buen entendedor...

Notas

- * Tomo «prestados» del estupeado artículo de Pedro Jiménez titulado «El Partido Popular no es cristiano» y publicado en *Acontecimiento* nº 74 (Instituto Emmanuel Mounier, Madrid, 2005, pp. 23-25), idéntico modelo de oración copulativa o atributiva —sólo que yo en forma de pregunta, sin negación— y creo que similar estupefacción ante la palmaria evidencia de los hechos. Además, mi deseo confesable para esta reflexión es acercar mis personales convicciones a las del Péguy que propugnaba que «mística republicana la había cuando se daba la vida por la República, en tanto política republicana comenzaba a haberla cuando se vivía de esa misma República». O lo que viene a ser lo mismo, repetido ahora con Buber: «El socialismo sin mística es socialismo muerto; la mística sin socialismo es espiritualismo desencarnado». Pregunto: ¿no será algo de esto lo que está pasando, mejor, lo que viene ocurriendo, desde hace décadas, en el socialismo español? Desde luego, al menos a quien estas líneas escribe y esta nota inicial usa casi como pañuelo de lágrimas, pocas dudas le caben sobre que en efecto es así, es decir, sobre que el panorama político patrio es tan desalentador y desolador que... Pero en fin, ahí continúan entre nosotros las muchedumbres de pobres, cada vez más muchedumbres y más pobres, como ya nos dejó vaticinado y dicho nada menos que Jesús de Nazaret, así que ¿cómo íbamos a rendirnos, a tirar la toalla, a endurecer nuestro corazón, a convertirlo en tramposo luego de habernos cansado de tenerlo *in-genuo* —de rodillas, arrodillado, postrado ante Dios y al servicio del prójimo—, como gusta repetir Carlos Díaz?
1. Parece ser que Guillermo Roviroso —en la actualidad abierto en la Iglesia su proceso de canonización—, alma máter de la HOAC, maestro incomparable de militantes obreros cristianos, por ende verdadero hombre de *izquierdas* merced a su espíritu compasivo, justo, fraterno y solidario, solía bromear con todo eso de los currículos académicos, a los que más de una vez llamaba, en vez de currículos, *ridículos*, sin duda con ese sabio humor que tienen los santos. Tengo entendido, si no me fallan mis datos, que él mismo no llegó a obtener finalmente el título universitario oficial de ingeniero, claro que no por incapacidad intelectual alguna —se dice que la capacidad científica de Roviroso, según cuenta sobre todo Julián Gómez del Castillo, veterano militante cristiano que conoció y amó profundamente a Roviroso, llamó la atención del mismísimo Einstein, en una visita de este a España— y sí por humildad, por un cierto sentido del *antioficialismo*, digámoslo así, que muy pronto habría de llevarlo a la opción radical por los pobres, entonces avanzadamente representados en España por la clase obrera. Con todo, insisto en que al menos a mí el currículum de Juan Fernando López Aguilar me produce cierta envidia, no dudo que por culpable vanidad mía. Pero claro, como yo no he sido ni soy ni puedo ser ya *un niño de papá*, ni quiero ser un *yuppy*... Lo más seguro es que yo toda mi vida vaya a querer seguir siendo un *ingenuo* —como he adelantado ya que diría Carlos Díaz, un «gen ingenuo»—, no exento, claro está, de pecados personales, pero sobre todo un ingenuo soñador de un mundo verdaderamente más justo, igualitario, libre, humano, fraterno, autogestionario... Ya sé que no tengo derecho a negar así como así que alguien como Juan Fernando López Aguilar sueñe con un mundo desde esas claves, pero señores y señoras—quiero decir, lectores y lectoras—, al menos a tenor o a la luz de las obras del Ministro, que obras son amores y no buenas razones, yo no lo puedo creer así, es más, me creo en el deber de *no creerlo así*.
 2. Nunca ha dejado de hacerme gracia, en el buen sentido de la palabra, la definición de verdadero o falso socialista que da alguien, que ya he citado antes, tan controvertido como Julián Gómez del Castillo —controvertido sí, pero innegablemente luchador apasionado por la justicia y la solidaridad con los pobres—. Así, Gómez del Castillo suele decir que socialistas *verdaderos* eran los que pagaban dinero por serlo, y ello ocurría sobre todo hace décadas, *antes*, en las etapas clásicas del socialismo, en tanto los de nuestro tiempo no pasan de ser *falsos* socialistas, que cobran y no poco por no serlo. Sin duda, con las matizaciones y actualizaciones de rigor que haya que hacerle, la definición me parece acertada.
 3. Un amigo mío, al que aprecio bastante —digo esto para tratar de demostrar que no soy tan *sectario* como a priori podría pensarse de mí: insisto, debo ser sobre todo un ingenuo o un tonto del capirote que no termina de darse cuenta de que aquí y ahora lo que hay que hacer, sin compliarse por ello la vida y mucho menos la conciencia, es divertirse mucho, disfrutar de los encantos de la vida al máximo y *f.* al máximo, porque este mundo en que vivimos se va a acabar de aquí no a mucho y no hay más vida que esta ni más dios deseable que el poder, el prestigio y el placer—, socio de ese club, quiso obtener para mí un pase de verano para poder utilizar gratis todas las instalaciones del club —bibliotecas, ordenadores, piscinas, canchas deportivas...— durante un mes. Le di largas, aunque agradecí su detalle, porque el «clasicismo» de ese club capitalino me pareció insultante. Y esto lo dice una persona que, según el parecer de gentes y personajes de la mentalidad del Ministro, seguramente será considerada conservadora, reaccionaria y de derechas porque en asuntos como el aborto, el divorcio, la planificación familiar y el uso de métodos anticonceptivos, la eutanasia y la candente cuestión del matrimonio sí o matrimonio no de las parejas de homosexuales y la ulterior reivindicación de la adopción de hijos por parte de estas, se siente hijo de la Iglesia y no correligionario de un tipo como Pedro Zerolo, pongamos, por muy canario que sea y por muy progresista que se quiera y se diga, porque a su entender, el presidente de los homosexuales, lesbianas y transexuales de España no demuestra pensar con la cabeza, al menos con la que tenemos los humanos sobre los hombros. En realidad, todo ese supuesto progresismo más bien relativista, postmoderno, laicista, nihilista y no poco cínico y desengañado —cacareado hasta el hastío por los medios de comunicación de masas al servicio de ese colonizador pensamiento único, que deja el terreno patrio baldío para el necesario y enriquecedor debate de las ideas— lo es solamente de cintura para abajo: la *justicia* reemplazada por la *gusticia*, y aquí paz y en el cielo..., bueno, nada, porque cielo no hay, o a lo más se lo dejamos a los gorriones, les dejamos el cielo a los gorriones y el paraíso en la tierra lo destinamos al hombre, como deseaba el ilustrado y romántico poeta alemán Heine, uno de los padres poéticos del sevillano Bécquer.

Carta a Monseñor Romero en el 25 aniversario de su martirio-asesinato

.....
Agustín Ortega Cabrera

Diplomado en Trabajo Social

Querido y recordado Mons. Romero, te escribo esta carta, sabiendo que, con fe y esperanza, ya las está recibiendo en la Ciudad —Eterna— de Dios, en los Cielos Nuevos y Tierra Nueva, donde moras en la comunión con el Padre, en Cristo y el Espíritu —el Dios Trinitario—, y con todos los santos.

Quiere ser, Mons., *un sentido memorial y homenaje* hacia tu persona, hacia lo que fue tu obra y tu vida, en tu entrega y sacrificio *por seguir a Jesús*, proclamando y realizando su mensaje y causa, es decir, *su Reino de Dios*: un Dios Padre-Amor en Cristo, su Hijo, que propone y promociona una humanidad, mundo e historia fraterna, justa, solidaria, liberada y salvada integralmente, desde y con los más empobrecidos, oprimidos y excluidos (víctimas) de la tierra, luchando pacífica y transformadoramente contra todo anti-reino, esto es, contra todo valor, relación, institución y sistema maligno, injusto, opresor y excluyente que causa dolor, muerte, miseria, marginación...

A esta misión del Reino, como Jesús, *entregaste eucarística y martirial (testimonialmente) tu vida*, y por esta causa, Mons. —*como le pasó a Él*, Dios Encarnado y Crucificado, y a tantos mártires y seguidores suyos—, te persiguieron, crucificaron y asesinaron *los poderosos y enriquecidos de la tierra* —salvadoreños y estadounidenses, sobre todo (oligarcas y magnates enriquecidos, gobernantes y su administración, ejércitos)—, y su burgués *sistema neoliberal capitalista* de privilegios, poder, ganancia y riqueza, por medio y costa *del expolio-saqueo* de la vida y de los bienes de los pueblos empobrecidos; y también sufriste de la incomprensión y complicidad de algunos sectores de

«llamados» cristianos e iglesia, aliados con este poder establecido.

Celebrabas ese día la (última) eucaristía con una comunidad de religiosas, y en el momento de la consagración-transustanciación, uno de sus lacayos te disparó a quemarropa, y tu sangre y cuerpo *se unió* a la sangre y cuerpo del Señor Jesús, produciéndose una gran síntesis o comunión eucarística-sacrificial de amor, solidaridad y justicia en la humanidad y en la creación: se seguía realizando y anticipando ya la transformación y liberación escatológica del cosmos y de la historia: historia de fraternidad, justicia y de amor salvífico del Dios de la Vida.

Por idéntico motivo que a ti, los mismos le hicieron lo mismo: a tu gran amigo el sacerdote jesuita Rutilio Grande, unos años antes de tu muerte —por cuyo testimonio y martirio, iniciaste tu conversión a Jesucristo y su iglesia liberadora los empobrecidos—; al sacerdote jesuita (nacido en Cataluña) Lluís —«Lucho»— Espinal, asesinado en Bolivia dos días después de tu muerte; y unos años posteriores de tu martirio, Mons., se repetiría lo mismo con tu seguidor y discípulo I. Ellacuría (vasco de nacimiento) y sus compañeros (fue el asesinato de los 6 sacerdotes jesuitas y de dos mujeres en la UCA, del que se cumplió, hace poco, el 15 aniversario). Decías en forma provocativa y profética que te alegrabas por la persecución y sangre de tantos mártires de la iglesia: *porque no es posible*, que en una situación de injusticia y muerte de tantas y tantas personas y pueblos, *la iglesia no sea perseguida y martirial*, por defender solidariamente la vida, la dignidad y los derechos de los más empobrecidos y oprimidos; por eso, en esta fidelidad, solidaridad, justicia y compromiso radical que tuviste con ellos —en esa *mística y espiritualidad de encarnación*—, cuando te ofrecieron escolta para protegerte, la

rechazaste diciendo: si el pueblo empobrecido no tiene protección, yo, su servidor, tampoco la tendré.

Fuiste Mons., como dijo Juan Pablo II, un pastor celoso y venerado, por eso el Papa, en su viaje al Salvador, te rezó en tu tumba de la catedral —yendo en contra de los dictados de las autoridades y poderosos, que se lo querían impedir—, y él mismo Juan Pablo II, personalmente, te abrió tu proceso de canonización para declararte santo, enfrentándose así a la oposición de algunos («altos») sectores de «cierta iglesia», que querían impedirlo.

Y, del mismo modo Mons., proclamabas —con tu fe y esperanza inquebrantable— que si te mataban, *resucitarías* en el pueblo salvadoreño, en la iglesia de Dios: tuviste razón Mons., resucitaste en Cristo, y sigues vivo y presente en la fe, en el amor y en la esperanza de tu pueblo, de tu iglesia y de todos las personas o pueblos oprimidos y excluidos de la tierra, sacramento y cuerpo místico de Cristo; sigues acompañados en su anhelo y luchas por la vida, dignidad, justicia y liberación *de lo mismo que te mató, y que sigue actualmente* empobreciendo y excluyendo *a la mayoría de la humanidad*. Lo sigue hoy expresando tu pueblo: Mons. *decía la verdad, tenía razón*, nos defendía de la injusticia.

Que hermoso y que justicia, Mons., que el pasado jueves día 24 de Marzo, Jueves Santo —Conmemoración de la Cena Eucarística del Señor, Día del Amor Fraternal—, se cumpliera el 25 aniversario de tu asesinato. *El Amor nunca muere*, y la iglesia fraterna y profética de Jesús sigue viva y pujante, Mons., ahí está tu proceso abierto de canonización y los de otros testigos como tú: Bartolomé de las Casas, G. Rovirosa, etc. Una iglesia que siguiendo el ejemplo de todos estos nombres y testigos, nombrado a lo largo de este artículo, *si es creíble, testimonial y coherente*.

Carta abierta a Pedro Jiménez en relación con su «carta abierta de un bautizado a la conferencia episcopal»

(Acontecimiento. núm.75. pp. 29-30)

Pedro Ortega Campos

Miembro Del Instituto.E.Mounier.
petrusort@hotmail.com

Querido compañero y, desde ahora, amigo:

Tenemos coincidencias óptico-personales. Soy bautizado, como tú, y a diario me interpelan sobremedida el «óbolo de la viuda», las «bienaventuranzas», el c. 25 de san Mateo y los cc. 13-15 de san Juan. Además me llamo Pedro, como tú, y soy profesor de filosofía, ética y psicología en IES, como tú. También, como tú, dirigí hace siete años una carta en tres páginas, con sugerencias y/o propuestas para corregir y/o dinamizar la vida parroquial, a Mons. Rouco. A los seis meses me contestó en tres líneas, agradeciéndomelo, y ¡«su» bendición! Como tú, tampoco voto al PSOE, y como tú, no hace falta decir a quién voto. Y aunque no dices tu edad, que también tiene su espesor, te diré de la mía que sumo seis décadas, ya raudas. Cuento un hijo más que tú y, cuando leas mi carta habrá llegado el cuarto nieto, se habrá casado mi hija y habrá anunciado su casamiento el tercer hijo.

1. Empiezo

Ahora, tu carta. Me encanta. Sobre todo si, como atisbo, a la queja y el quejido interrogadores le siguen en tu carne y en tu mente el triple mandato: «Id», «Predicad», «Amaos». Veo oportuno tu recordatorio a los obispos sobre sexualidad, la comunión a los divorciados, el papel en la Iglesia del laico, en general, y de la mujer, en particular, el estatuto del clero (único olvido del Concilio Vaticano II), la dinamización de la vida parroquial, así como la enseñanza religiosa en la ca-

tequesis antes que en los centros públicos, y tu insufrible parcela contra la cadena COPE, a la que honras con casi 2/5 de tu carta. En cuanto a la moral sexual, no me niegues que ha dado un vuelco la Conferencia Episcopal. Tampoco les negaremos su punto de vista, nosotros que defendemos la libertad de expresión; nosotros que vemos algunas opiniones escalofriantes en el aula, como diré. Pero, como te digo, un preservativo es más peligroso que un paraguas, siguiendo tu comparación, pues los dos se pueden desinflar con desiguales consecuencias.

Por lo demás, ¡pelillos a la mar! Porque hay reproches que entiendo un pelín estridentes. Empiezo por recordarte, para común alegría, que desde las Catacumbas y san Agustín y san Juan Crisóstomo hasta los años 1962 la Iglesia a la que pertenecemos no había avanzado tanto ni tan rápido en tan poco tiempo, —si de tiempo hablamos—: en claridad (o, mejor, en «tierra de penumbras»), libertad, compromiso, servicio social organizado y cercanía. No me detendré en mostrártelo hoy. Excúsame, pero repara en las Cruzadas, en la Inquisición (¡hasta 1830!), los modales, los ornamentos episcopales, la burocracia, los..., las... Seguro que aún no están a la orteguiana «altura de los tiempos», o, mejor, del Evangelio. No cabe duda que se ha pasado de la «cristiandad» a la «politiandad». ¡Pero va! ¿Somos los laicos quienes tiramos de los obispos? ¡Laicos con los que se cuenta siempre y no sólo cuando la casa se está quemando! ¡Bendito sea Dios que hay laicos comprometidos y sinceros como tú, y por doquier; y otros que esperan remolones, como yo! Pero si la casa está sucia, ¿quién la limpiará? ¿Tiraremos el agua de la bañera con el bebé dentro?

Que queremos caminar más rápido y más evangélicamente: ¡sea! Jesús dio

numerosas pruebas de que estaba vivo (Hech. 1,3). Pero no nos toca a nosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado (1,7). Y ello, a pesar de los claroscuros, de la subida el Monte Carmelo cuesta abajo, de las cobardías, de los miedos, de las infidelidades, de las harturas. Mientras algunos se postran, otros vacilamos (Mt. 28, 16). Pero quiero pensar, hay que decirlo, que nunca como ahora la Iglesia —tú, yo, los hermanos conscientes de su bautismo y los obispos— tiene, tenemos en las dos riberas de «la fuente que mana y corre», tanto follaje de gritos, de confusión, de corrientes de pensamientos, de relativismo, de laderas políticas con sendas corrupciones, de opiniones sin fundamento, de terrorismo, de Norte-Sur tan distantes entre sí, etc. etc. Aún podría gritar el bendito Pablo el reproche a los atenienses que, por adorar, adoraban hasta a «un Dios desconocido» y que «buscaban por sí, escudriñando a tientas, le podían encontrar. En realidad no está lejos de cada uno de nosotros» (Hech. 17,27).

El caso es, Pedro, que hay un ideal de caridad política, de ética civil y, sobre todo, de evangelio: a ése apuntan los obispos con desigual fortuna. Pero apuntan. Y que no se apague el ideal o referente: del evangelio al de los Derechos Humanos. Que los obispos, los laicos, los ciudadanos no dejemos de apuntar al ideal. ¿Quién pudiera cantar como J. R. Jiménez: «Yo le tiré al ideal / creyendo que no le daba. / ¡Tiro negro, cómo abrió / tu culatazo mi alma!»?

A cada uno en su profesión, en su estado civil, en su silla de ruedas... el exigir por nuestros medios a los políticos, a los ciudadanos-alumnos, a los ciudadanos-vecinos. Porque si damos un portazo, el viento apagará los ideales. ¿Has notado, Pedro, cómo la autenticidad evangélica se llama hoy

martirio? Acaso por eso hay pocos mártires. Esa es mi pena y mi queja. ¡Puede que tu carta y la mía sean de ese manojito de ideales! Lo que no impide perdonar, incluso a nosotros mismos, y que lo aceptemos. Pero, sin duda, lo que más me escuece es la parroquia: cada vez es menos lugar de transmisión de la fe. Los movimientos —démosles también las gracias merecidas— la han invadido o la han desangelado. Pero se ven muchos actos sociales en nuestras parroquias (bautizos, primeras comuniones, confirmaciones, funerales) y poca fe. La gente, cada vez más se consuela con un «creo en Dios pero no en los curas (¡que ellos identifican con la Iglesia!)»: ¿se puede mantener una fe que no se comparte, se pone en común y se celebra en común?

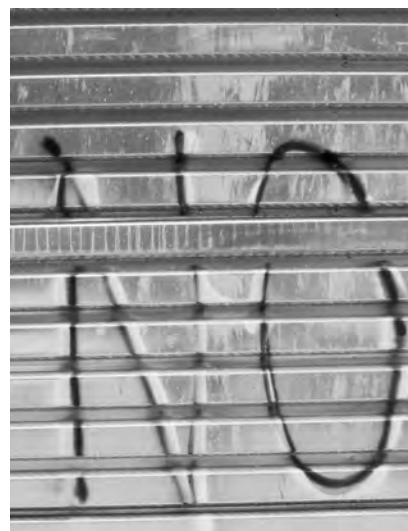
2. Y sigo

Y puestos, si es posible, a perdonar, o al menos a comprender un pelín a Jiménez Losantos (más que por cuanto dice, por el tonillo sin gracia y los nombrajitos que inventa: yo me río y a ti te desafora), reconocerás que otras emisoras comparten itinerario similar, aunque su sorna tiene más gracejo. Pero el periodismo, ya sabes. Decía Churchill que la primera víctima de la guerra era la verdad; y lo sabía bien, pues mintió como nadie para proteger la unidad de los aliados. Lo que no quiere decir que yo me ahueque ante la mentira. ¡Y sería lástima que los periodistas fueran el abono de cultivo de la fragmentación de la piel de toro! Podemos extender nuestro perdón a Iñaki Gabilondo, de la Cadena Ser y su dueño, que ponen la alfombra cada minuto al Gobierno. Ellos sabrán por qué. Y si comparamos los locutores de TVE de ayer con los de hoy, tú verás quién gana y en qué. Sólo que esa TV sí la pagas tú y todos, a pesar del co-

mité de sabios y de los peones de Peces-Barba. Ya ves: deontología por el suelo, ideal por el cielo. Pero no, la cadena COPE no se costea con nuestro dinero; nada más lejos, sino con su publicidad. Y ojalá tus dardos y tus deseos no echen fuera a otra porción de trabajadores como sucedió en el diario «Ya», abriéndonos las carnes.

¿Y cómo no perdonarnos a mí y a ti, si a estas horas fuéramos unos epulones en dinero, cultura, esposa, hijos y amigos, frente a tantos llagados lázaros que pasan a nuestro lado, o viven en el piso de arriba, o en la cloaca de abajo, o a nuestra derecha, o a nuestra izquierda? ¿Que los obispos están con un partido más que con otro? Amigo Pedro, ¿tanto tiempo con ellos y aún no los conoces? ¡Ah, lo siento como tú!

¿Había corrupción en el PP? Pues mira ahora, y antes, a la etapa del Gal, y del «hermanísimo» y de..., y lo que viene. Corrupción de facturas (Sevilla), Comisión 11-M interminable y por terminar, denuetos, amagos del Alto Comisionado a dedo, aumento del 27% del presupuesto del Congreso, aumento en un quintuplo para su futura jubilación del presidente de la Autonomía andaluza, cesiones intolerables (sin talante ni talento ni conocimiento) a tripartitos gemelos, el 3% de comisión (¡debate cerrado por respeto a Cataluña!), el Carmel y la fiesta a los empleados de lo medio arreglado (porque todavía hay gente que vive fuera de su piso). Que quiten una estatua y dejen al lado la de quien dijo en pleno 1935, «Yo no necesito del Parlamento» y otras andanzas; y que homenajeen al mismo tiempo a quien tiene en su haber una firma tan triste... Ya sabes, Stalin dijo: «Un muerto es una tragedia, un millón de muertos pura estadística». Y encima acaban de destaparnos que los nazis se aliaron con los republicanos españoles para obtener oro negro a cambio de armas.



Que restauren la memoria de unos muertos, bien. Pero que anulen a otros muertos, muertos por lo mismo, malo. Y que vuelvan las dos Españas... ¿Qué Aznar ponía el dedo índice tieso y hacía agudas las palabras? Significa, según los expertos, firmeza, claridad y, desgraciadamente, imposición o amenaza: los terroristas de ETA lo sabían. Pero fijate en el pulgar e índice de las manos en forma de huevo de Zapatero, y además haciendo todas las palabras esdrújulas, lo que según los expertos significa indecisión y mentira. ¿Qué, si no fuera por los votos, a pesar de la advertencia cartesiana: «La multitud de votos no es una prueba..., porque más verosímil es que un hombre sólo dé con ellas —las verdades— que no todo un pueblo»?¹ ¿Y qué decir de los ojos traspuestos de Llamazares? Silenciaré lo que dicen los expertos. ¿Y el «juego» de nuestro colega Javier Madrazo? ¿Y la recepción oficial de Batasuna (ilegal) por el lehendakari? Pero, hombre, tampoco es para ir todos contra uno. Si miras a los Ministerios de Exteriores (con el abandono del pueblo saharauí y los requiebros a Marruecos), Vivienda

(¡30 m²!), Cultura (archivo de Salamanca), Educación (cinco reformas en lo que llevo de profesor), Justicia, Asuntos Sociales (Inmigración: ¡qué lío para los pobres inmigrantes!), Plan Hidrológico (cuánto gasto inútil, y el que se proyecta, peligroso). O el incremento de un 40 por 100 de contaminación en 12 años, saltándose a la torera el protocolo de Kyoto. ¿Qué hacemos en España sino derribar lo construido? Así siempre: excepto en Sagunto, Cádiz, Numancia, Zaragoza y San Marcial! Falta de grandeza de miras y en racionalidad. Qué de un Estado de Bienestar sin valores que valen, que promociona en tantas ocasiones «señoritos mal criados» (J.Ortega dixit), hijos de esa madrastra de la sociología estadística de la que despotricaba Borges, por ejemplo. Estadística médica (¡pavor!), estadística social (¡horror!) estadística política («juego de las canicas»)! No, no creas que eso me lo ha enseñado tu denostado Federico, que tampoco se queda manco dando puyazos al PP. Es que llevo veinticinco años recortando y poniendo periódicos en forma de tríptico y otros pocos poniendo emisoras —para contrastar— desde las seis de la mañana. ¡Es una monada compararlos, nada digamos de las tertulias! En cuanto a la Constitución, ya ves cómo no sabemos por donde mirarla. ¡Todo es interpretación...! Lo que es normal en esta época huérfana de padres, de madres, de maestros, de bandera y hasta de naturaleza; una época cincelada sobre el consenso, del que Habermas es su referente como catedrático del «ateísmo metódico», de la «verdad contextual» y de la «verdad como consenso».

Ortega nos puso sobre aviso hace 89 años: «Los españoles ofrecemos a la vida un corazón blindado de rencor, y las cosas, rebotando en él, son despedidas cruelmente... El rencor es una

emanación de la conciencia de inferioridad».² Pero recuerda, Pedro, lo que nos dijo Mounier, «el acontecimiento será nuestro maestro interior». Un acontecimiento que espero que sea el que tú y yo sigamos sobre la marcha: a pesar de los políticos (incluidos Bush, o Castro, o Sadam Hussein, o Sharon, o Arafat —que Alá proteja—, guardadas las diferencias), a pesar de algunos obispos y... a pesar mío. ¿Sabes que «Francia era amiga de Sadam: le vendimos armas... era nuestro dictador...? Apoyamos la opresión... El pueblo kurdo no era escuchado en Francia. De los chiees mayoritarios, nadie hablaba. Se asesinaba y bombardeaba químicamente a poblaciones enteras, pero todos callaban. En 1991 se salvó el petróleo pero no al pueblo iraquí... Siempre hemos llegado tarde, menos en Macedonia... Hacía falta una injerencia preventiva tras una llamada de las Naciones Unidas. En Iraq estaba justificado el derrocamiento de un dictador que exterminaba a su pueblo. El libro negro de los crímenes de Sadam todavía no está escrito, pero lo será... ¿Por qué la Izquierda es tan reacia a la idea de la injerencia? ¿Sabes lo que decía Camus de esta izquierda? ‘Algo en ellos aspira a la servidumbre...’ No han aprendido de la Historia». No lo dice un tertuliano matinal de la COPE sino Bernard Kouchner, ex-ministro socialista francés de Sanidad y fundador de la ONG *Médicos sin Fronteras*.³

3. Voy acabando

Recuerda, Pedro, que con 44 años Ortega decía algo así como que el hombre-masa es un tipo de hombre hecho de prisa, vaciado de su propia historia, caparazón de hombre, carece de un «dentro». La política vacía al hombre de soledad e intimidad. La política se apresura a apagar las luces para que

todos los gatos resulten pardos. La masa en rebeldía ha perdido toda capacidad de religión y de conocimiento. En toda era revolucionaria la política se instala en el centro de los afanes humanos. La gente no suele ponerse de acuerdo si no es en cosas un poco bellacas o un poco tontas. Ser de derechas o de izquierdas es una de las infinitas maneras que el hombre tiene para elegir ser imbécil: son formas de hemiplejía moral. Contemporáneas palabras de las de Sartre: «la política ensucia las manos». Pero no olvides el consuelo orteguiano: «la Filosofía no sirve para nada, para nada más que para aprender a vivir; quien no se pierde en la vida, ese es de verdad una cabeza clara». Así las cosas, ¿a quién no le sabe a gloria la cita de Paul Ricoeur?: «Lo político es el lugar por excelencia de la ambigüedad angustiosa de la historia contemporánea».⁴ Claro que tampoco hay que pedirle a la historia más de lo que ella da de sí, pues no prevé el futuro sino que avisa que ciertos comportamientos fueron nefastos: «Es enorme la ambigüedad del Estado moderno; nuestra conciencia política ha caído en la trampa: ¿puede el mismo Estado ser intervencionista en materia económica y social, y proteger el hábeas corpus, la libertad de pensamiento y el derecho al error que había conquistado el liberalismo de antaño?».⁵ ¡Casi nada!

El acontecimiento y el diálogo, nuestros maestros. Me parece que a partir de La República, Platón modificó su forma de diálogo dramático para tornarse más intelectual. El diálogo se ha trasladado de la plaza pública a la Academia, hay un debilitamiento de su fe civil en el entenderse con el otro: bastaría comparar La República y Las Leyes. Más adelante, en Aristóteles, la razón se declina en plural, no se trata de una única razón sino de las diversas razones según las

disposiciones y hábitos de la mente en relación con la verdad: el teórico, el práctico y el poético. Aún así, el verdadero diálogo es para Aristóteles el que progresa incesantemente y asegura su razón de ser. De ahí que el triunfo amargo de la dialéctica sea que el diálogo esté siempre renaciendo, y hasta el posible fracaso del diálogo sería un secreto de su supervivencia. Con lo que al citarme a mí mismo he caído, estimado Pedro, en el maldito narcisismo que no logro quitarme de encima, a pesar de mis años.⁶

4. Y acabo

Pues bien: no se trata de conformarse con valores que proceden de la racionalidad de un diálogo entre opiniones sino de una búsqueda de verdades, incluso de opiniones provisionalmente seguras. En primer lugar, el «decir» significativo es más que el simple «informar»; en segundo lugar, el ser humano tiene oscuridades en las que no podemos entrar pero sí iluminar. ¿No resulta sospechoso que todos los alumnos de un grupo de 1.º de Bachillerato (el pasado 25 de abril de 2005, por ejemplo) piensen lo mismo sobre «hacer el amor a cualquier edad», porque tienen derecho a disfrutar sin

tener en cuenta las consecuencias, que quedan a la responsabilidad del preservativo? ¿O que «uno tiene derecho a casarse con su hermana, si quiere»? (sic). Lo del preservativo o lo del «matrimonio» homosexual no son asuntos tan rápidos como nos lo presentan nuestros alumnos (¿no es sospechoso que todos estén de acuerdo?), nuestros políticos de turno y algunos media, ni tan discriminados como nos lo presenta la Conferencia Episcopal. Pero tú no sostienes, ni yo, que: si hay hambre en el Sur, ¿a qué el sexo?; y si estamos hartos en el Norte, ¿por qué no un sexo a gogó? ¿Se entiende, Pedro, algo de la antropología general? Tal vez los obispos, poco. O no lo saben decir. ¡O dicen cosas saneadas cuando ya son eméritos! Pero, ¿y lo que cunde por doquier y con desmesura? ¿No tengo que hacer nada como padre, como profesor, como amigo, como ciudadano, como cristiano...? Y todo eso forma parte de las realidades terrenas («no hay cosa en el orbe por donde no pase algún nervio divino») que serán transfiguradas solamente cuando El vuelva. Lo que pasa es que nosotros, con nuestra tarea, le marcamos el día y la hora de su retorno.

5. Adiós

Aún así, «Estemos agradecidos no sólo a aquellos cuyas opiniones podemos compartir, sino también a los que se han expresado más superficialmente, pues también éstos contribuyen con algo, ya que desarrollaron nuestra facultad de pensar».⁸ Es lo que queda para todos. Pero para ti y para mí, más... Si el amor es el mandato, la espera es el sustrato. Seguiremos, si me invitas a un refresco sin marca. Un fuerte abrazo.

P. D. Esto de contestar cartas me resulta bastante rollo y no me mola. Pedro, ya no lo haré más.

Notas

1. Descartes. *Discurso del Método*, II.
2. Ortega y Gasset, J. «Meditaciones del Quijote» (1914). *Revista de Occidente*, Madrid, 8.ª edic. 1970, pp. 16 y 18.
3. Entrevista en Diario *El Mundo*, 6-3-05.
4. Ricoeur, P. *Historia y vida*. 'Verdadera y falsa angustia'. Madrid, 1990. p.287.
5. Ricoeur, P. 'Verdadera y...'. o.c. p.287
6. Ortega Campos, P. *Educación preguntando. La ayuda filosófica en el aula y en la vida*. PPC, Madrid, 2005, pp. 183-185.
7. Ortega y Gasset, J. O.c. p.31.
8. Aristóteles. *Metafísica*, II.1,993b 12 y ss.



Oficio de escribir

EL PERFUME DE LOS LILOS

José Luis García García

Escritor

Este año no apareció.

Era una calle en cuesta, empedrada, en aquel pueblo de la sierra. Un pueblo con los montes demasiado encima, las campanas del monasterio poderosas y los pinares emboironando casas y villas con su manto oscuro.

La calle en cuesta y su paralela daban a una plazuela dominada por el cuartelillo de la Guardia Civil; al lado parecían bailar las ramas de un nogal y una higuera.

Lo que no había desaparecido era la soledad de la calle empedrada ni el muro de piedra que cerraba una finca en lo alto de la calle. Aquel muro se fue adornando de ramas y hojas y, con el tiempo, de raíces que lo horadaban y lo desharían si no lo deshicieron ya. Raíces de lo más variopinto, una invasión silenciosa.

Tras el muro una línea de arbustos de hoja indecisa y flores en cogollo. Sólo dos semanas para que las flores explotasen en piñas cárdenas, moradas, malvas, violetas, opalinas, blancas. Era una inmensa colonia de lilos. Tal era su vigor que superaban la altura del muro y en algún tramo las ramas se combaban afuera, sería quizá el peso de los racimos o de la lluvia encima. Por su aroma a primavera, por su danzar seguro y su desparpajo, el lilo *sabía* que dominaba la pared de piedra.

Fin de abril. Una pareja permanecía ante el muro, cerrados los ojos, respirando. Eso sí, se daban la mano. La mujer era morena, con el encanto de las no agraciadas que agradecen ser miradas, pues en las que se tienen por feas la

belleza a veces se derrama por unos ojos que saben traspasar o la dulzura de unas manos o la manta esponjosa del cabello. El hombre era canoso y parecía mayor que ella. Año tras año la mujer de extraño atractivo y el hombre solícito llegaban al muro del aroma, cerraban los ojos y se apoyaban uno en el otro, manos apretadas.

Hace tiempo la pareja traía un niño pequeño y diez años más tarde volvió el niño vestido de muchacho. Pasaron algunas primaveras y un día los dos, quizá reducidos y desde luego más encorvados (sobre todo él), acompañaban a un joven que se parecía a aquel niño aunque en pacífico y callado, y el joven daba la mano (también él) a una chica que se acercó a la pared malva con un cochecito de bebé, se suponía con el bebé dentro pues todos se inclinaban a admirar o controlar a la criatura.

No volvió a verse a la chica y al crío o cría del cochecito, y diez años más tarde el hombre canoso ya no estaba y si estaba no apareció. Ella sí. Recuerdo esta última vez: el cabello de nieve destacando su mirada, lenta, bastón en mano, la mujer se paró ante el muro violeta y quedóse quieta, respirando; luego miró hacia mi ventana que caía frente al muro de piedra, ahora pura maleza, y me sonrió.

Nunca tuve delante una sonrisa tan feliz. La sonrisa de quien está solo pero no se siente solo, se siente acompañado. Estuvo unos momentos así, mirándome. Luego me saludó con una leve inclinación de ojos, tomó el bastón y se fue.

Rincón bibliográfico

¿Libres para morir? En torno a la *Tanato-ética*,

Enrique Bonete

Col. Ética aplicada, Desclee de Brower, Bilbao, 2004.

En estos tiempos que corren, en los que ha sido propuesta para representar al cine español la película «Mar adentro» y en el que los diferentes gobiernos de Europa están reflexionando sobre la conveniencia de determinadas leyes reguladoras de la eutanasia, se hacía urgente un libro como el de Enrique Bonete.

Para todos aquellos que quieran entrar en serio en el debate, tengan o no tengan una visión personalista cristiana como el autor, el libro es imprescindible. Con rigor y precisión, en este ensayo se recogen las más importantes perspectivas desarrolladas hasta el día hoy en torno a la muerte asistida, al suicidio, a las diferentes formas de morir que conocen los seres humanos. Enrique Bonete recorre la historia del pensamiento occidental a través de una selección de textos, exquisitamente escogidos, de Platón, Séneca, San Agustín y Montaigne, sobre el «saber morir». Alumbrando las diferentes perspectivas a la hora de enfrentarse a ese acontecimiento trascendental para el ser humano, con comentarios agudos y críticos que sirven para que el lector se vaya formando su propia opinión sobre el tema debatiendo con los grandes pensadores. Los diferentes capítulos, expresando gráficamente la gran pregunta sobre la muerte, se desglosan en forma interrogativa: ¿Qué es la muerte? ¿Cómo liberarse del miedo a la muerte? ¿Qué nos enseña la vida sobre la muerte? ¿Cómo hemos de morir? ¿Por qué

duele la muerte? ¿Por qué somos mortales? ¿Cómo vivir la enfermedad, la vejez y la decrepitud?, porque quiere ser una reflexión ética aplicada a la vida cotidiana del hombre de hoy. Las mismas preguntas de siempre, acometidas por diferentes filósofos, planteadas de una forma original, aunque siguiendo un hilo conductor que se desvelará de manera sistemática al final del libro: el personalismo cristiano.

La creación del término *tanato-ética* y la ordenación de las distintas posiciones girando en torno a los términos *descendente* y *ascendente*, son dos de las aportaciones analíticas que marcan el desarrollo del ensayo a partir del segundo capítulo. Ética descendente será aquella en la que la realidad personal de Dios (Legislador, juez y garante) se convierte en la instancia superior desde la que adquiere sentido y plenitud la dimensión moral del hombre. *Ascendente*, cuando es el hombre la medida moral de Dios, y es ese hombre su propio legislador, juez y garante.

Este segundo capítulo que desglosa el «dilema moral del suicidio» empieza enmarcando la tensión entre hombre y Dios, para describir un esquema que clasifique las distintas y complejas posiciones entre los que están a favor del suicidio, como salida digna al dolor y al absurdo e incluso como respuesta al amor a la vida, y los que están en contra. Ya sea por razones de tipo ético, teológico o estético, el nudo moral del suicidio se ve iluminado alrededor de posiciones descendentes y ascendentes pro y anti-suicidio. De nuevo nos asaltan con sus inquietudes Platón, Aristóteles, Séneca, San Agustín, y se introducen

nuevos interlocutores en el debate: Santo Tomás, Montaigne, Hume, Kant, Shopenhauer, Nietzsche.

El desglose de la *Tanato-ética* desde sus aspectos intra, inter y supra-personal le permite hacer su declaración de intenciones respecto al suicidio y le sirve de introducción al tercer capítulo: en torno a la «muerte digna». El marco ético que va a servir para definir lo que sea una «muerte digna» descansa sobre la dignidad de la persona. La dignidad de la persona viene explicitada a partir de diferentes modelos: intelectualista-griego, ontologista-cristiano, eticista-moderno, y emotivista-postmoderno. Inmediatamente se aborda el tema candente de la eutanasia y se analizan las múltiples acepciones que giran en torno a este tema central: homicidio, suicidio, suicidio asistido, eutanasia voluntaria-activa-directa, muerte por compasión, analgesia, obstinación terapéutica o «distanasia», cuidados paliativos, ...con una claridad meridiana. La conclusión viene por sí sola de la mano de un visión cristiana de la muerte que convierte al libro en una didáctica del buen morir, derivada del aprendizaje del bien vivir, que brota del mensaje cristiano. Las preguntas que presiden el núcleo del libro: ¿Cabe hablar de libertad en el hombre si la muerte es una fatalidad inaplazable? ¿Cómo es posible la autonomía del ser humano frente a su inexorable condena a morir? ¿Cómo entender la eutanasia desde una perspectiva personalista cristiana? ¿Cómo, incluso, afrontar de manera personal ese acontecimiento vital en los tiempos actuales?

Por la situación que atraviesa nuestra historia y por los

distintos enfoques y discusiones que se están llevando a cabo y que se llevarán, este es un libro de lectura obligada para todo cristiano y para todos aquellos que quieran, de una manera sencilla y ágil, conocer bien el limitado elenco de posiciones frente al problema de la muerte y aprender a pensar en ella desde una perspectiva personalista renovada.

ÁNGEL BARAHONA

Otoño de poemas

José Cornelio González González.

Excmo. Ayuntamiento de Arucas, Las Palmas, 1999, 92 pp.

¿Es un libro o son hojas de un árbol que vuelan en otoño por un cielo azul pálido? ¿Es un libro o son plumas de pájaros místicos? ¿Es un libro o son lágrimas de amistad que vierte un alma virginal?

Adentrarse en la *lectura* —vida diría yo— de este grito melancólico que es *Otoño de poemas* es vivir plenamente del espíritu. Es soñar un sueño de eternidad. Lo dice el autor: «Mientras la ciudad duerme / yo escribo soñando / y sueño escribiendo».

Un poema debo resaltar de este libro, entre los muchos que poseen melancólicos reflejos de desengaño, destrucción y muerte. Es el que escribe José Cornelio cuando vuelve de su viaje a Grecia. Él, que había vivido en sus largas horas de lectura a los autores griegos y que tenía concebida una Grecia quimérica, dice: «He llorado / no he podido evitarlo... Ya no hay filósofos recorriendo / los campos... Ya no hay dioses viviendo / en el Olimpo... Nada queda, todo polvo...».

Conociendo que José Cornelio se fue al cielo a sus dieci-



nueve años, es profético su poema sobre la muerte en el que asegura: «Hoy tengo la muerte ante mí / como el caminante que llega a su posada», «Hoy tengo la muerte ante mí / como el viajero que llega a casa».

Recomiendo la lectura de esta obra con la esperanza cierta de ver un alma abierta de par en par.

MANOLO BLANCO PARRA

Lo que Europa debe al Cristianismo

Dalmacio Negro
Unión Editorial, Madrid, 2004, 337 pp.

El desafío lanzado a Occidente por el Islam y la necesidad de construir Europa sobre sólidos cimientos han llevado en los últimos años a la proliferación de artículos y estudios sobre las raíces de Europa y, por extensión, de la cultura occidental. Urge «la necesidad de precisar qué es y qué significa Europa como civilización desde el punto de vista histórico, en tanto que aspira a unificarse políticamente» (p. 94).

Lo que Europa debe al Cristianismo es un libro sumamente pretencioso cuyo tema coincide plenamente con su título. Ya en su mismo prólogo Alfonso Coronel de Palma afirma que Europa le debe todo lo que es al cristianismo.

No podemos estar menos de acuerdo con el autor, Dalmacio Negro, en afirmar que las ideas fundamentales que configuran la civilización europea son cristianas o ha sido reelaboradas por el cristianismo (fundamentalmente las que proceden del pensamiento griego y del derecho romano). Fácilmente nos mostramos de acuerdo en que el nihilismo mina la construcción de

Europa, aunque no menos que la de cualquier otra comunidad humana. Pero ¿de dónde procede el nihilismo que socava los fundamentos de Europa y que pretende desplazar a la religión? ¿Es exclusiva responsabilidad del progresismo al uso?

La pérdida de protagonismo de la religión ha sido en estos últimos siglos una constante ascendente y característica del nihilismo europeo. Pero sobre sus causas Negro afirma que «a pesar de los reproches que puedan hacerse, el siglo XVIII, o si se prefiere la Ilustración, no fue anticristiana» (p. 37). No fue anti-religiosa. Es más, señala que el inicio de la «descivilización» tiene más que ver con la Revolución, el advenimiento de los Estados-Nación, el Romanticismo y, en último término, con el contractualismo, que con la Ilustración.

El nihilismo que procede de allí es el enemigo de Europa, porque el vacío creado por el abandono de las creencias religiosas a partir del siglo XIX no ha sido llenado. La desaparición del *ethos* informado por la religión, que es fundamento de la vida política, según Dalmacio, la transmutación de la política de administración del bien común en conflicto de los intereses de los distintos grupos sociales y el consiguiente estatismo creciente constituyen los avatares que tienen que superarse hoy para la formación del Gran Espacio Europeo.

No obstante, y aunque este es un gran libro, no dejan de ser curiosos los fantasmas del autor. Sobre el socialismo dice que «su utópico universalismo nihilista es uno de los mayores enemigos ideológicos de la caridad, la justicia y el univer-

salismo cristiano» (p.17). Suponemos que D. Dalmacio afirma que estos componentes de la fe son favorecidos por el liberalismo.

Además, el Pfr. Negro adolece de alergia a los cristianos «progres» (llega a abjurar de Maritain) y, sobre todo, de los curas. Para él el clero es poco más que el custodio de la fe en un régimen de orden riguroso. «No constituye su objeto la búsqueda de un orden nuevo» (p. 16). Se ve que no comprende la novedad radical que representa el Reino de Dios y que debe incoar la Iglesia. Y reduce la tarea del sacerdote a llevar a las almas a Dios, olvidándose de sus cuerpos respectivos. Que se puede esperar de un hombre que tilda la Doctrina Social de la Iglesia de baja calidad intelectual. Quizá la clave de estas aversiones nos la del Índice de nombres del libro. Si uno lo examina, contemplará con estupor que, en un libro sobre Europa y el Cristianismo se cita bastantes más veces a C. Schmitt que a Jesús. Esto evidentemente, muestra lo poco que nuestro autor ideologiza el cristianismo.

JOSÉ LUIS LORIENTE PARDILLO

Repensar la familia

José Pérez Adán
Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, 2005, 125 págs.

«Lamentablemente no es de extrañar que los libros sobre la familia estén cargados de sesgo ideológico. [...] Nuestro libro se sitúa entre dos extremos. De un lado estarían los así llamados neoconservadores (neocon) para los que a la hora de defender la familia se ha de conjugar necesariamente el retorno y la vuelta a los valores seguros de antaño. De

otro lado estarían los que intentan superar la familia mediante el reduccionismo individualista que difumina los límites del grupo familiar en un multifamilismo resultante del continuo y cambiante recurso al designio propio.» (p. 11-12). Así comienza este libro de José Pérez Adán: con la pretensión de repensar la familia sorteando las ideologías al uso desde una propuesta comunitarista con un cierto gusto anarquista.

Repensar la familia conecta con nuestra queja sobre la polémica familiar: para los neoconservadores defender la familia es defender la cultura y la familia burguesas, para los progres relativistas la cuestión familiar es, como todas las demás, definible en términos «democráticos» y constructivistas. No menos podemos coincidir en el enfoque: superar el individualismo mediante la comunidad, el consumismo por la familia y orientar la economía en función de ésta.

En este libro el autor quiere correr los riesgos del diálogo porque espera que en él podemos descubrir lo moralmente superior. Ahora bien, de la mano de esta confianza viene un peligro hacer de las actuales apreciaciones de valor algo completamente relativo, que proviene de su enfoque sociológico. ¿Es quizá ésta una laguna que radica en el comunitarismo muy marcado por la sociología que nos ofrece el autor como propuesta? Ésta sería una buena pregunta.

Por otro lado, hay algo gratamente sorprendente y novedoso. Este es un libro que también trata de antropología, no porque la familia sea algo meramente humano, sino porque el autor pretende explorar un camino poco transitado: ir hacia la identidad humana

desde la familia. «La identidad —nos dice el autor—, esa nueva identidad humana que ha alumbrado el siglo xx, es un tesoro por descubrir y está a la espera de que nos aventuramos a encontrarlo. Si nos preguntamos de qué depende, habremos de responder sin dudas que de la familia» (pág. 72).

Sólo la partir que aquí podemos reclamar razonablemente el poder que debe cederle a la familia el Estado, constituyéndose en sujeto social. Ésta es la idea central del libro, una nueva propuesta para una reforma de la democracia.

JOSÉ LUIS LORIENTE PARDILLO

Fronda

A. D. Invierno 2005, Ediciones Levántate, Granada.

¿Qué es *Fronda*? La nota con que se abre y presenta esta nueva revista no deja lugar a dudas sobre su finalidad y orientación. *Fronda* quiere ser un espacio de cultura y pensamiento sobre los temas y problemas que acucian al hombre de hoy y esto con una orientación que haga de ella un medio para propagar «la doctrina dogmática, moral y social de la Iglesia Católica, sin miedo, con la convicción de que Ella habla con la fuerza de Cristo, en un mundo caracterizado por el relativismo moral y verdades hechas a medida». *Fronda* tiene la confesada pretensión de «participar de forma activa en la Nueva Evangelización», promover, con especial interés en los medios universitarios, la Cultura de la Vida; y, en general, promocionar la cultura cristiana «como respuesta a la vocación de los intelectuales y artistas católicos» que han de hacerse presentes en el

desarrollo de la sociedad actual. En estos principios y fines coincide *Fronda* —si bien es, en todo lo demás, independiente de ella— con la revista polaca del mismo nombre aparecida por primera vez en el verano de 1994.

El contenido de *Fronda* responde perfectamente a los fines, deseos y propósitos antes indicados. En el monótono, envolvente, agobiante clima de lo políticamente correcto, *Fronda* es un oasis. Quien entre en sus páginas ya sabe que va a navegar contracorriente en busca honrada y denodada de la verdad, en fuentes muy claras y con afán de rigurosa calidad intelectual. Frente a la paradójica «dictadura del relativismo» en la que hay quienes nos quieren ofrecer / imponer el alimento intelectual ya por ellos cocinado (tomar y tragar), es necesario lanzar de nuevo el «atrévete a pensar». A este ineludible imperativo obedece *Fronda*. Y eso hoy exige valentía. Un atractivo más. El presente número, correspondiente al Invierno-2005 es buen exponente de cuanto decimos. Entre los artículos cuyos títulos se destacan en la propia portada podemos señalar los titulados «¿Venció el nazismo?», «Entre el cristianismo y el marxismo», «Construir personas completas», «Los herederos de Ángel Herrera», «Una elegía por C. Péguy».

Saludamos, pues, la presencia de *Fronda*. Quienes acudan a ella no quedarán defraudados si no se llaman a engaño respecto de «qué habéis salido a ver en el desierto». Se trata de Juan, no de orondas y bien regadas cañas «profesionales» de la reverencia al poder.

TEÓFILO GONZÁLEZ VILA

La eutanasia en la encrucijada

José Ramón Recuero

Biblioteca Nueva, Madrid, 2004, 164 pp.

Toda reflexión sobre la eutanasia que se pretenda rigurosa debe ser multidisciplinar. Médicos, filósofos, teólogos, juristas, sociólogos,... deben sumar sus perspectivas para que las conclusiones resulten equilibradas y completas. José Ramón Recuero es abogado del Estado en el Tribunal Supremo. Por eso su libro es sensible en vocabulario y análisis a los aspectos legislativos del tema, aunque no por ello el texto pierde frescura y claridad. Encontramos en sus páginas una reflexión honda y a la vez vibrante, casi apologetica, desde presupuestos cercanos al humanismo kantiano. El debate sobre la eutanasia nace en buena medida de la tensión entre el principio del respeto a la vida (no matar) y el del respeto a la libertad individual (dar muerte a quien lo pide por causa de su sufrimiento). Recuero nos introduce en un análisis sobre ambos principios abordando de paso conceptos que andan hoy en boca y oídos de todos como autonomía moral, libertad y disposición de la vida, muerte digna, cuidados paliativos, etc. Su definición de eutanasia es clarificadora: «conducta (acción u omisión) intencionalmente dirigida a terminar con la vida de una persona, a causa de su enfermedad grave o por otras razones compasivas.» (pg.19)

Una y otra vez el autor resiste las tesis del materialismo y del escepticismo, y aboga en favor de la ley moral natural que enfatiza de forma absoluta la dignidad de la vida y el absoluto respeto que merece. «Racionalmente la vida humana

es el bien superior, soporte y requisito de todos los demás, incluida la libertad.» (pg.39) «Racionalmente la vida humana es un bien primario, y por tanto no disponible a discreción.» (pg.40) Con estos presupuestos Recuero aborda en primer lugar el problema del suicidio, cuya supuesta moralidad rechaza esgrimiendo argumentos de San Agustín, Santo Tomás o Emmanuel Kant, expresados de forma breve y clara. A continuación, y más detenidamente, nos introduce en el debate sobre la eutanasia. En este punto el conflicto de posiciones es evidente. Recuero denuncia la pendiente resbaladiza en la que nos sitúa el creciente menosprecio de la dignidad de la persona y los peligros que la práctica legislativa introduce en Europa y Estados Unidos. A tal efecto recoge el texto de la «Ley de Comprobación de la terminación de la vida a petición propia y del auxilio al suicidio», de 2002 en Holanda, y la «Ley sobre una muerte digna» del Estado de Oregón, de 1997. Frente a tal estado (creciente) de cosas Recuero advierte y argumenta que «la voluntad individual de un hombre no puede derogar la regla moral que obliga a no matar.» (pg. 101) Más aún, señala, no hay tal cosa como un «derecho a morir». Jugando interesadamente con las palabras se quiere confundir la libertad individual (querer) con el derecho subjetivo (poder reclamar algo frente a otro). «No todo aquello para lo que somos libres hace nacer un derecho subjetivo, y menos frente al Estado.» (pg.109) Del mismo modo, bajo un concepto tendencioso de «calidad de vida» que estaría por encima de la propia vida, Recuero denun-

cia que subyace un fuerte componente de egoísmo social que a menudo se vuelca sobre el enfermo como «ensañamiento psicológico» (pg. 121) coaccionándole, no para que se libere del dolor sino para liberar a quienes le rodean de la carga de su cuidado. En definitiva: «Respetar la vida es no matar. No eliminarla, no provocar la muerte anticipada mediante la eutanasia. Respetar la muerte es no dar vida artificial, lo que nos haría esclavos de las máquinas, aceptar la muerte natural cuando viene.» (pg.130). J. R. Recuero nos ofrece, pues, un

texto riguroso y combativo en favor de la persona y en especial de los más débiles e indefensos.

EMMANUEL BUCH

Sabores y saberes de la vida.

Frei Betto.

Ed. PPC, Madrid, 2004, 300 pp.

Desde un continente en el que «se muere antes de tiempo» llega la voz clara, esperanzada y lúcida de un hombre que, en manos de Dios y en paz con sus hermanos, lucha por hacer un mundo nuevo.

Dominico y teólogo de la liberación, Carlos Alberto

Liânio Christo, responsable del programa «Hambre Cero» en Brasil, sabe que el ser humano tiene dos grandes hambres: la de pan y la de belleza. La de pan, saciable; fruto de la justicia —aunque «nunca hubo tanta libertad para tantos hambrientos»—. Insaciable y voraz la de belleza: hambre de amor, de alegría, de sentido, de trascendencia...

La vida sabe a uva y le deja a uno con sed. Sólo la fuente que aplaca toda sed y enjuga toda lágrima y cuyas aguas se beben en el corazón humano nos puede liberar. Así buscará en el único lugar donde Dios puede

ser encontrado, en lo más íntimo de nuestra intimidad.

Nuestro gran enemigo es el hombre viejo, por eso «embriagado por la utopía bíblica del paraíso», navega a la deriva, «pues Aquel que sopla donde quiere sabrá cómo conducirlo».

Fusionando fraternidad y ternura —*fraternura*— fijado el domicilio en El Absoluto, afronta en este libro desde el consumo a las cárceles, desde la tortura a las drogas, con tanto mimo y tanta dulzura que es un regalo para todos aquellos que andamos necesitados de consuelo metafísico y coraje.

JUAN RAMÓN CALO

Paul Ricœur (1913-mayo de 2005)

José L. Loriente Pardillo

Secretario de *Acontecimiento*
Instituto Emmanuel Mounier

La libertad ética no es pretensión que provenga de mí y se oponga a todo control, es más bien una demanda dirigida hacia mí y que proviene de otro

Al cierre de esta edición de *Acontecimiento* hemos conocido la noticia de la muerte de Paul Ricœur. Este colaborador de Emmanuel Mounier nos deja una dilatada existencia de la que es reflejo su obra. En diálogo con su fe, la hermenéutica, el personalismo y todo aquello que revistiese interés humano, Ricœur intentó abrir caminos, pensar sin complejos y a la vez con sana provisionalidad realista, lo que no siempre le granjeó halagos.

Ha habido un acierto en pronunciar tras el hombre de Paul Ricœur el adjetivo «personalista» (quizá porque no

vende o porque nos propone compromisos que es mejor ignorar).¹ Pero, como afirma Agustín Domingo Moratalla, «léanse en clave teológica, pragmática, trágica o profética, los textos de Paul Ricœur nunca podrán entenderse sin la vitalidad de un personalismo comunitario que sigue siendo fuente de energías filosóficas».²

Es posible que la Academia prefiera sistemas y espirales de conceptos sin posibilidad de implicación ética y política, es posible que el vulgo quiera soluciones inmediatas y eternas, pero nosotros con Mounier, con Ricœur y con tantos otros, preferimos la difícil tarea de pensar: iluminar la acción en medio de la oscuridad y la parcialidad de este mundo. Por ello no nos rasgamos las vestiduras ante «el hombre de las síntesis, del diálogo, del entrecruzamiento de tradiciones y de los difíciles equilibrios reflexivos».³

No podemos despedir a Paul Ricœur sin agradecerle su testimonio, su trabajo y sin estrecharlo en el abra-

zo de la comunión de los hombres. Ante su muerte reiteramos nuestro compromiso personalista, dialógico y dialogante en favor del ser humano, de la libertad, de la responsabilidad y de la justicia. Siempre en lucha con optimismo trágico —esa actitud que Ricœur reconocía deber a Mounier— seguiremos pensando para la acción.



Necrológica

1. Véase, por ejemplo, el obituario de *El Mundo* firmando por Patxi Lanceros un día después de la muerte de nuestro autor (22-V-2005).

2. DOMINGO MORATALLA, A.: "Introducción" a *Lo justo*, Ed. Caparrós, Madrid, 1999, p. 15.

3. *Ibid.* .p. 9.

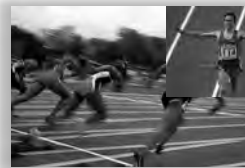
El deporte: ¿opio del pueblo?

PRESENTACIÓN

□ **JOSÉ LUIS LORIENTE PARDILLO**
Miembro del Instituto E. Mounier

El hombre está hecho para la actividad, el movimiento, el ejercicio físico. Pero no sólo por razón de su fisiología, sino también en relación a su espíritu. La persona precisa del deporte en su expresión corpórea, pero no menos en su vertiente intelectual y relacional. La cultura anti-humana reduce al hombre a individuo de establo: estabulado e individualizado. Quiere a cada uno quieto en su pequeño habitáculo privado disfrutando de un ocio teledirigido y de un juego sintético.

Emmanuel Mounier decía en 1946 en su *Tratado del Carácter*: «Si es cierto que pensamos con las manos y con los músculos tanto como con el cerebro, el raciocinio de un obrero o de un labra-



dor no puede ser igual que el de un ocioso. Hay deportes, que desarrollan la sutileza, como la esgrima; otros la potencian, como la natación y el boxeo; otros, como el tenis, la agilidad y la presencia de espíritu; otros el autodominio como la carrera» (p. 631).

El deporte es demasiado importante como para no ser manipulado y corrompido por el dinero, la política, el poder. *Acontecimiento* presenta aquí a sus lectores una serie de artículos escritos desde diversas perspectivas. Somos conscientes de que «apenas estamos haciendo aquí otra cosa que esbozar una ciencia que merecería por sí sola un volumen» (*ib.*). □

LA VIOLENCIA EN EL DEPORTE

□ ÁNGEL BARAHONA

Miembro del Instituto E. Mounier

Podríamos detenernos en el relato de los hechos en los que la violencia se ha adueñado del deporte y hacer un rosario fechado de todos ellos. En la mente de todos están las imágenes de hoolligans lanzándose botellas o peleándose entre ellos; la imagen de gente huyendo despavorida de estadios en llamas en Inglaterra, los cientos de muertos tras el encuentro entre Salvador y Honduras, de masas aplastando a masas en Heyssel, de banderas racistas y cantos neonazis en los estadios, de la polémicas en torno a las selecciones nacionales y su uso político, de jugadores dándose puñetazos a diestro y siniestro, y contagiando al público a entrar en la reyerta, de argentinos adorando a Maradona, de brasileños a tiro limpio con los seguidores del otro equipo. Pero a nosotros nos toca la reflexión sobre el por qué y no la recopilación de hechos que dejamos para los historiadores. ¿Cuál es el denominador común, si es que lo hay, entre todos estos fenómenos?

SI VIS PACEM PARA BELLUM

El deporte, desde que tenemos noticia explícita y documentada en la Grecia olímpica, ha sido siempre una «preparación para la guerra». Las pruebas olímpicas tenían que ver con destrezas que servían para vencer a los enemigos. La precisión en el tiro con arco, disco o jabalina, la longitud y la altura del salto, la velocidad, la agilidad y la fortaleza para la lucha cuerpo a cuerpo, eran habilidades que había que fomentar y que tenían como pretensión encontrar a los mejores guerreros, premiarlos, y ponerlos como modelos para mejorar a los demás. El objetivo era conseguir un ejército de guerreros excelentes. Para ello se entrenaban en tiempos de paz

y competían para estar motivados y preparados, porque nunca se sabía cuando se les podría necesitar.

A medida que los tiempos de paz se hacían mas largos, el deporte debió ser considerado cada vez más como un valor en sí mismo y menos como una utilidad guerrera. Pero nunca dejó de ser lo que fue en sus orígenes. Así lo demuestra el hecho de que una gran parte del tiempo dedicado a la preparación militar actual se la lleve la dedicación al deporte. La forma física es vital para los que han de correr en circunstancias extremas o han de saltar, o salvar determinados e imprevisibles obstáculos. Debe llevar aparejada una buena instrucción en técnicas de combate, en instrumentos de muerte, tecnologías acordes con los nuevos tiempos que no exigen la fortaleza física o las habilidades de tipo corporal, sino mental, etc. Pero eso no quita que la relación deporte-instrucción guerrera sea evidente. Hasta en el otro aspecto, el mental, se imitan, mediante video juegos y simulaciones, situaciones reales de manera virtual en las que se salta, se corre, se dispara y se mata... como una continuidad natural, aderezada de ocio y divertimento.

El deporte se ha emancipado de los orígenes, pero nuestra duda es que sea sólo en apariencia, o que haya que hablar de otro tipo de confrontaciones o de manifestaciones que, no siendo específicamente tipificables como guerra, sean sus sucedáneos. Ninguna duda tenemos, sin embargo, de la relación del deporte con la violencia en términos genéricos.

LOS RITOS SAGRADOS

Cuenta Frazer cómo, en algunos ritos de determinados pueblos africanos, los guerreros se pertrechan con las armas de la guerra, se pintan de colores y combaten simuladamente durante horas en simetrías perfectas, de siete contra siete o más, con golpes calculados, y con cantos y ruidos que intentan amedrentar a los actores (sustitutivos de enemigos potenciales). El ritual forma parte de una fiesta conmemorativa o pertenece a una celebración anual recogida en la memoria viva de la tribu. Las acciones son repetitivas, estereotipadas, el ritual se respeta escrupulosamente porque trata, con ese *acting out*, de repetir acontecimientos primordiales, de la noche de los tiempos de la tribu, para lograr los mismos efectos.

¿Qué efectos? En un momento dado de la representación ritual, cuando los actores están en trance o entrando en un éxtasis mimético, repitiendo y copiando con exqui-

sita exactitud los gestos del director de escena, de orquesta, etc., alguien, que no forma parte de los dobles enfrentados, irrumpe en el escenario: va vestido de manera distinta, actúa de manera autónoma y se cuela entre los participantes provocando la disolución de la simetría. Salen en su persecución y le dan caza, y los que estaban frente a frente, preocupados por una cadena de reciprocidades en los golpes y movimientos, se ciernen sobre el dispar y le abaten en círculo «todos a una». En aquellos tiempos, a ese uno-singular se le preparó para ese momento sacrificial y, aceptado o no, se le hizo «actor pasivo» de su papel. La comunidad que estaba escenificando una crisis social, en la que todos estaban enfrentados peligrosamente contra todos, encontró una víctima expiatoria que, de manera milagrosa, les trajo la reconciliación. Su sangre se asperje por todas las chozas de la tribu y todos culminan la fiesta borrachos de cerveza de mijo, o de alucinógenos varios (vestigios del dopaje con el que se logra resistir ante los agotadores rituales deportivos). Con el tiempo los hombres (el segundo de una pareja de gemelos, los extranjeros, niños de enemigos, esclavos o mujeres abandonadas) fueron sustituidos por animales o símbolos, buscando con la reproducción de los mismos gestos, los mismos efectos. Repetimos enfáticamente: ¿Qué efectos?: la catarsis de la comunidad. Es decir, la evacuación de todas las violencias, de todas las rivalidades, de todas las reciprocidades acumuladas en la vida de una comunidad humana a lo largo de ese año. La expulsión de las frustraciones, la condonación de las deudas contraídas, la violencia contenida y reprimida, se ejecuta sobre esa víctima expiatoria que no tenía nada que ver con lo que se representaba. Ni era culpable, ni pertenecía al clan. Así los misioneros en África fueron masacrados porque tenían todos los rasgos típicos que les definían como víctimas ideales: incapaces de suscitar la venganza, la «reyerta», porque no tenían a su clan para defenderles y porque eran «raros y extraños».

Una resolución sacrificial sirve para descargar las iras de la masa contra una víctima elegida estereotípicamente y, por último, una paz espuria que deja reconciliada, de momento, a la comunidad hasta un nuevo caos o crisis de la jerarquía ordenadora.

LA RELACIÓN ENTRE LOS RITOS ANCESTRALES Y EL DEPORTE

Pero ¿es casual que el deporte por equipos muestre tan claras las huellas de esos rituales ancestrales? ¿es ca-

sual que quede representado en los espectáculos deportivos un resto, difuminado por el paso del tiempo, que nos retrotraiga a los orígenes de los mitos y ritos fundacionales de las sociedades humanas? ¿Rómulo y Remo, Caín y Abel, Hunahpú e Ixbalanqué, no serán una representación calculada de la rivalidad de pueblos y naciones?: ¿Roma y Alba? ¿Atenas y Esparta? ¿Tebas y Troya? ¿Madrid y Barcelona? Rival es viene de *ribus* — río—, la frontera ideal para separar a dos pueblos. Las dos orillas representan a dos antagonistas que disputan un territorio dividido por la caprichosa naturaleza.

Todos los elementos míticos están en los deportes de equipo: los rivales enfrentados simétrica-gemelarmente que representan a sus pueblos, el árbitro (víctima arbitraria elegida como mediador en un conflicto que muchas veces es considerado culpable del resultado y apaleado), las banderas, los gritos, el trance, el círculo o cancha de juego, los trajes, las pócimas sagradas, el dopaje... No es trivial que para su visualización el foro, la cancha, el campo, sea esa plaza pública ideal donde siempre han tenido lugar los sacrificios, lugar privilegiado para colocar el totem sacrificial, el altar, y donde todos están como en primera línea. Las plazas de toros todavía nos retrotraen a ritos más ancestrales con la misma función social: son teatros del sacrificio sagrado del minotauro. El sacerdote vestido de traje de luces, el toro como la víctima sustitutoria perfecta, el público que aclama como en las lapidaciones rituales de la historia de la humanidad en círculos perfectos que expresan la unanimidad contra la víctima —el todos contra uno, o el «es bueno que uno muera por todos» evangélico, o el lema calderoniano: «Fuenteovejuna todos a una»—.

LA IMPORTANCIA EN LOS ESPECTÁCULOS DEPORTIVOS DE LAS MASAS

Los animales que viven en manadas reaccionan miméticamente ante las amenazas de un depredador. Huyen en estampida, todos en la misma dirección, y mueren más por esa conducta imitativa, que los que lo harían a manos del depredador. En el estadio de Heyssel, en Holanda, murieron aplastados unas decenas de personas que huían de la amenaza potencial de unos disparos azarosos. Es verdad que esta violencia no tiene que ver directamente con el deporte, pero sí indirectamente, porque los deportes reclaman la masa. Desarrollados para ser contemplados por las masas, funcionan como



un canalizador de la violencia colectiva, requieren el aplauso y el reconocimiento de la gente, son lugares de encuentro miméticos por excelencia: la ola, la aclamación, la conversión de los actores en ídolos, que ahora se les encumbra y un segundo después se les estigmatiza, se les exige la dimisión o se les condena al olvido. Incluso los entrenadores funcionan como reyes sagrados: cuando las cosas van mal son los primeros a quienes las masas *persiguen* y *expulsan* en los foros del espectáculo modernos: los medios de comunicación. La función del entrenador es la del chivo expiatorio. Y si la víctima no es suficiente, el presidente... Los reyes sagrados están para ser decapitados o envenenados o acuchillados, como tantos emperadores y monarcas lo han sido desde Remo a Julio César, pasando por Luis XVI, hasta Francisco Fernando de Austria. La lista sería interminable.

El deporte como vestigio del sacrificio religioso de las sociedades primitivas. Somos seres gregarios y sentir en la carne la unanimidad nos da seguridad, sensación de pertenencia, identidad. Y la unanimidad se siente al gritar juntos, al empujarnos, al agruparnos juntos y muy cerca unos de otros. La masa adquiere personalidad porque absorbe a lo que de personal hay en nosotros. Las masas dispuestas en círculo no se miran rostro a rostro, miran al centro de la circunferencia, donde se focaliza la víctima. Pierden la individualidad, por tanto la conciencia de que el otro no me es ajeno, perder el rostro del otro es perder su humanidad. La unanimidad colectiva contra la víctima es lo que crea comunidad (comunión), y hoy día, en una sociedad individualista, competitiva, no podemos imaginar siquiera cuánto se necesita sentirse arropado por la lengua materna, por el pueblo de pertenencia, por ideas aglutinantes como «nación», «raza»...

EL DEPORTE COMO PURA RIVALIDAD

La rivalidad ha ido cambiando los modos y las formas, pero los hombres tratan de perpetuarla. No estamos tan interesados en la obtención de los objetos o de los premios, como en el hecho mismo de la rivalidad. El deseo se perpetúa a sí mismo como el factor decisivo que da sentido a la vida, que me define, que me da la identidad. La tensión, los nervios que dominan en un partido de fútbol, no tienen que ver con los puntos que hay en juego sino con todo lo que hay fuera: el dinero, la nación, los colores y lo que estos representan, con lo simbólico.

La asociación que tanto escandaliza a muchos entre deporte y política es de una constante presencia en los diferentes deportes. Véase los que aprovechan los campos en Bilbao y Barcelona para hacer propaganda política (Catalunya is not Spain) o para conseguir unificar seguidores de ideologías de extrema derecha, o la lucha burocrática por conseguir selecciones nacionales...

El deseo humano es de carácter mimético: deseamos lo que otros tienen. Creemos que lo que los otros tienen les reviste de un prestigio metafísico del que nosotros carecemos. Poseer ese secreto velado para nosotros es el anhelo que nos motiva a entrenar, a esforzarnos. Poseer lo que mi antagonista, que es mi modelo, tiene, me garantiza la mirada reconocedora de los demás, que es de donde me viene el ser. El éxito deportivo de «mi equipo» es un sustitutivo de mi éxito personal, su fracaso es «mi fracaso», por eso cuando sucede hay que señalar un culpable que pague por todos: entrenador, un jugador pasivo o no motivado en el ritual... sobre el que se descargan las iras mediáticas o los gritos. La rivalidad entre los equipos es una ficción aceptada, reconocida, practicada con devoción, porque esconde algo más profundo: la necesidad de perpetuar la tensión del deseo de ser como el modelo. Obtener con el éxito el prestigio que ellos parecen poseer de manera graciosa. Ese éxito es tal porque no se puede compartir, se basa en la derrota del otro. El éxito es el reconocimiento de mi «ser» en la mirada de los otros, es la integración, la pertenencia segura al grupo, es la cobertura contra los depredadores.

Desarrollamos todo un lenguaje bélico en torno al deporte: el combate, la lucha, la pelea, la disputa, la lid, el lance, el tiro, el territorio, el dominio, el trofeo. Pero aún rodeados de eufemismos: *faire play*, juego limpio, deportividad... no son más que intentos de depurar la inevitable imagen de agresividad y violencia que se desata en cualquier campo o deporte, escandalizados de nosotros mismos. Se *desata* es la palabra perfecta: porque la violencia se desencadena siempre por un «quítame allá esas pajas», una mirada, una provocación, un gesto fortuito, una falta inocente o no, pero que forma parte del lance de juego, deshace el nudo que ataba la violencia contenida. El *run away* es un fenómeno conocido por los etólogos: es el desbocamiento de la manada que aplasta y pisotea a su paso todo lo que se le opone. Empieza por un gesto externo, insignificante, digno de ser imitado y se desboca en una espiral exponencial que sólo acaba con la sangre o la violencia definitiva: la muerte de uno de los participantes. Funciona



como el *cla*, o los aplausos equivocados o el lanzamiento de almohadillas en una plaza, en un concierto, o en una obra de teatro: basta que uno se equivoque o lance un objeto para que lluevan los aplausos o decenas de cosas arrojadas. El desbocamiento acaba en palizas, acoso a los rivales, correrías callejeras y sólo la intervención de un mediador (la policía cuando el árbitro ya ha sido desbordado, o ha perdido su legitimidad o se está fuera del campo) es capaz de parar a los bárbaros hoolligans —palabra técnica del ámbito deportivo para expresar el amor a la violencia gratuita de algunos gamberros). La muerte del seguidor de la Real Sociedad en el Calderón es un típico ejemplo de esta víctima fortuita, que irrumpe en el escenario en plena representación teatral de la rivalidad.

LA IRRUPCIÓN SÚBITA DE LA CATARSIS COLECTIVA. EL TRANSFERT

Un «chivo expiatorio» es en primer lugar la víctima del rito judío que se celebraba ya en las grandes ceremonias de expiación (Levítico 16,21). Consistía en expulsar al desierto un chivo cargado de todos los pecados de Israel. El Sumo sacerdote ponía las manos sobre la cabeza y este gesto era considerado como la transferencia sobre el animal de todo aquello que era susceptible de envenenar las relaciones entre los miembros de la comunidad. La eficacia del rito consistía en pensar que los pecados eran expulsados con el chivo y que la comunidad era liberada.

El rito es un rito de expulsión análogo al del *pharmakos* griego pero mucho menos siniestro, pues la víctima no es nunca humana. En el caso de una víctima animal, la injusticia nos parece menor o incluso nula. El principio de *transfert* no es ni mucho menos el mismo. En la época muy lejana en la que el rito era eficaz en tanto que rito, el *transfert* colectivo real contra el chivo debía ser favorecido por la mala reputación de este animal, por su olor nauseabundo, por su descollante sexualidad.. El uso moderno del término «chivo expiatorio» es una interpretación espontánea de las relaciones entre el rito judaico y los *transfert de hostilidad en nuestro mundo*. Estos no están tan ritualizados pero se dan juntos, la mayoría de las veces bajo una forma atenuada. Los pueblos rituales veían en ellos los efectos reconciliadores y así los apreciaban de tal manera, que se esforzaban por reproducirlos sin mucha vergüenza, pues la operación transferen-

cial les parecía que se producía fuera de ellos, sin que ellos participaran en ello verdaderamente.

En un universo en el que la violencia no está ya ritualizada y en el que es objeto de una poderosa prohibición, la cólera y el resentimiento no pueden o no osan, por regla general, saciarse sobre el objeto que los excita directamente. La patada en el trasero que uno no se atreve a dar al jefe, la dará al perro cuando entre en casa, o puede que uno maltrate a su mujer y a sus hijos, o que se vista con los colores de su equipo preferido y grite, insulte a los rivales, y se desgañite odiando al árbitro, sin darse cuenta en absoluto que están siendo marcados como «chivos expiatorios».

La verdadera fuente de las sustituciones victimarias es el apetito de violencia que se despierta en los hombres cuando la cólera les corroe y cuando, por una u otra razón, el objeto real de esa cólera es intocable. Los objetos susceptibles de ser dignos sustitutos del objeto que suscita nuestra rabia, se multiplican proporcionalmente a la intensidad de la cólera. Lo mismo que cuando nuestra hambre se hace extrema, aceptamos alimentos que, en circunstancias normales, rechazaríamos.

Nuestros sociólogos y antropólogos reconocen la existencia de este fenómeno, pero no lo investigan porque intuyen que se van a encontrar con lo religioso. A causa de la influencia judaica y cristiana, el fenómeno no se produce ya en nuestra época más que de manera vergonzosa, furtiva y clandestina o ficticia, en los espectáculos deportivos. No hemos renunciado a los chivos expiatorios, pero nuestra creencia en ellos se ha ido difuminando y el fenómeno nos parece moralmente tan cobarde, tan reprensible que cuando nos sorprendemos a nosotros mismos «desahogándonos» a costa de un inocente, sentimos vergüenza de nosotros mismos.

La observación de *transfers* colectivos es más difícil que antiguamente, porque estos fenómenos ya no se sancionan y se recubren con lo religioso y además se hace todo lo posible para disimularlo. Tener un chivo expiatorio, no es lo mismo que saber que se tiene. El fenómeno no desemboca ya en violencias físicas, o por lo menos no muy graves, la mayoría de las veces, a no ser que la violencia desatada se vaya de las manos accidentalmente, sino en violencias «psicológicas», fáciles de camuflar. Aquellos a los que se acusa de participar en los fenómenos de *transfert* violento no dejan jamás de protestar defendiendo su inocencia con total sinceridad.

Cuando los grupos humanos se dividen y fragmentan, les sucede de pronto, después de un periodo de

malestar y de conflictos, que se ponen de acuerdo a expensas de una víctima, de la que los observadores constatan sin dificultad, si no pertenecen al grupo perseguidor, que no es responsable de aquello de lo que se la acusa. El grupo acusador, sin embargo, tiene a esta víctima por culpable, en virtud de un contagio análogo al de los fenómenos ritualizados.

Los miembros del grupo afectado acusan a su «chivo expiatorio» con mucho ardor y sinceridad. Con frecuencia, un incidente cualquiera, fantástico o poco significativo, desencadena contra esta víctima un movimiento de opinión, una versión dulcificada de desbocamiento mimético y de mecanismo victimario. Eso es fácil de observar si uno va con sus hijos a un partido de liguitas de colegios y contempla un error arbitral. La educación contiene los ánimos una y otra vez, pero si los errores se repiten, los comentarios de los espectadores empiezan a encenderse, se excitan, arrecian los insultos, algún mediador temeroso de lo que todos saben y nadie reconoce —a saber que si se desata la violencia se corre el riesgo de que no termine bien— intenta conciliar, pero si una palabra más alta que otra, o algún lance agresivo sucede en esos momentos, puede que el evento deportivo deje de serlo.

Las sustituciones clandestinas, los deslizamientos de una víctima a otra, en un universo desritualizado nos permiten observar en estado puro, si se puede decir así, el funcionamiento de los mecanismos relacionales (*interindividuales*), que sostiene la organización ritual de los universos arcaicos. Estos mecanismos recuerdan mucho a los dramas que representan los jóvenes actuales, que experimentan un fracaso en la sociedad que sólo acepta el éxito. Los adolescentes presentan con frecuencia los más variados *actings out*. *Actings* que montan una escena que se ofrece a la mirada, en lugar de hablarse, que reclaman una intervención que reordene y permita que el joven se resitúe en relación a la ley, aliviando su padecimiento. Provocan la intervención de la policía porque exigen límites, rivales legítimos para contener su violencia, derivada de la frustración continua de sus deseos. Provocan la violencia porque genera adrenalina, genera la tensión que revitaliza el deseo, la pasión que rellena el vacío. Buscan un rival que dignifique su ser en el mundo.

Estos mecanismos rituales-teatrales se perpetúan en nosotros en forma de vestigios frecuentemente, pero a veces también pueden resurgir bajo formas más virulentas

de lo que hasta ahora hemos visto y a una escala gigantesca, como en la destrucción sistemática por parte de Hitler de los Judíos europeos, y en todos los demás genocidios o cuasi-genocidios que se han producido en el siglo xx. El renacer de los grupos extremistas y de los distintos grupos de pertenencia juvenil radicalizada encuentra su explicación en la necesidad de defenderse contra el anonimato individual en la publicidad del grupo. Pero el enfrentamiento entre los grupos rivales de dos equipos sólo busca descargar la frustración del deseo, evacuar la rabia de la conciencia del fracaso, que se imputa al tercero. Si se viera en uno mismo la culpa habría una redención por aceptación o por suicidio, pero el instinto de supervivencia encuentra en el chivo expiatorio su canalización. Los fenómenos de chivo expiatorio no pueden sobrevivir en muchos casos más que haciéndose más sutiles, perdiéndose en los meandros cada vez más complejos de la reflexión moral que les sigue como su sombra. Para evacuar nuestros resentimientos, tenemos necesidad de procedimientos menos cómicamente evidentes, aunque a veces no se puede evitar el ridículo: ¿quién no ha contemplado a un prohombre de las finanzas o de la abogacía gritar desde un palco de un estadio como un energúmeno? El deporte es este canal en donde lo ridículo de un apasionamiento por una pelota, se justifica en aras de la importancia de los símbolos que encubre.

Es a la privación de los mecanismos victimarios y a sus terribles consecuencias a lo que Jesús hace alusión, pienso yo, cuando presenta el devenir del mundo cristianizado en términos de conflicto entre los seres más cercanos.

La desritualización moderna pone al día el sustrato psico-social de los fenómenos rituales. Creamos «chivo expiatorios» para estigmatizar todos los fenómenos de «discriminación» política, étnica, religiosa, social, racial, etc., que observamos alrededor nuestro. Vemos sin pena en lo sucesivo que los chivos expiatorios pululan por todos lados en donde los grupos humanos buscan encerrarse apoyándose en una identidad común, local, nacional, ideológica, racial, religiosa, deportiva, etc.

Todos los discursos sobre la exclusión, la discriminación, el racismo, etc., tienen un sucedáneo en la rivalidad deportiva.¹ El éxito de los grupos de ultraderecha en el seguimiento del fútbol es un indicio inapelable de este mecanismo. Sólo hay un lugar en el que las derrotas de los otros son mis derrotas, y sus victorias, aunque supongan mi derrota, son mis victorias y no es en el deporte. □

1. Jesse Owens es uno de los atletas más famosos de la historia del atletismo por sus logros y marcas, pero mucho más porque su triunfo en los Juegos Olímpicos de 1936 en Berlín supuso uno de los acontecimientos más notables de la historia de esos juegos: porque Adolf Hitler se negó a entregarle las cuatro medallas de oro conquistadas por el hecho de ser negro.



DEPORTE Y POLÍTICA

□ JULIÁN GÓMEZ DEL CASTILLO

Fundador del *Movimiento Cultural Cristiano*

Franco fue especialista en manipular estas dos realidades para su servicio. Recordemos como nació la «Vuelta a los valles mineros» en Asturias, con la que se impidió una huelga de la minería asturiana. Esto realizado de forma directa. Algo similar fue el juego que prestó el Atlético Aviación con su vinculación al Ejército del Aire, instrumentalizándose al Atlético de Madrid.

Otra forma de manejar el deporte con la política es la del FC Barcelona, de quien Oleguer Presas Renom dirá que si le seleccionan para jugar con la selección de España, no iría.

Podemos denunciar también la confección de equipos de fenómenos a base de dinero para servir planteamientos políticos concretos; por ejemplo el Real Madrid y su centralismo.

Pero nos parece más que suficiente contemplar el desfile de todos los deportistas cuando llegan a ser número uno, por el despacho del Jefe del Estado.

Si observamos las prácticas deportivas en países totalitarios, los comunistas y los nazis ayer, Cuba y China hoy, rápidamente constatamos una subordinación absoluta del deporte a la política. Pero en esa misma línea se movió el Barcelona 92 y se está moviendo el Madrid 2012.

El deporte está pasando a ser la piedra clave para la consagración política de nuestro tiempo. Sin olimpiada no hay sistema político respetable. Y cuando un país no produce números uno, se compran sacando a las figuras del hambre y nacionalizándolas. Ahora, para que la Unión Europea pueda jugar a la chulería en estos escenarios nos inventamos la ciudadanía europea, sin perder la nacional, y los deportistas de élite de 25 países podrán figurar como nacionales en cualquiera de los 25.

Y es que todo en nuestra sociedad está en razón de los grandes, incluidos los Zapateros. Todo a los ricos les cuesta más barato que a los pobres, para ello no tienen que hacer otra cosa que comprar más cantidad. Que Franco había dado una ley de construcción de viviendas por prestación personal que permitía que al cambio de hoy tuviéramos un piso en propiedad por 1.000 pesetas al mes, llegan los socialistas al poder, anulan la ley, hacen posible que los contratistas se «forren», así se financian los partidos políticos y se desarrolla el cumplimiento de la «ley del más fuerte».

Y no intentemos encontrar la justicia, la relación deporte y política roba las figuras a quienes las generan para «engrandecer» a quienes en la vida van «a tiro hecho». Y si de nacionalistas se trata, pasará como con los obispos, que un vasco puede ser obispo de Zamora pero no un zamorano obispo de San Sebastián.

Esta ley del más fuerte siempre es injusta; en la relación entre deporte y política, también. El Tercer Mundo vive produciendo para el Primero. Nosotros, como en el deporte, le quitamos todo lo que sea número uno. Y colaboramos a su muerte por necesidad. Después, farisáicamente, decimos que les damos el 0,7% y cumplimos con el 0,3%; de las dos maneras, colaboramos con su hambre.

Es esta sociedad, «socialdemócrata» o pepera, es lo mismo, la que obliga al predominio de la ley del más fuerte. Para que un día haya justicia es necesaria una nueva sociedad. Y eso, no es posible sin cambio revolucionario, hasta en la relación «deporte y política». □

ÉTICA Y DEPORTE

□ JOSÉ MANUEL DOMÍNGUEZ PRIETO

Miembro del Instituto E. Mounier
Galicia

La cultura Nahuatl, cultura prehispánica establecida en el Valle de México¹, expresaba con singular frescura su concepción de la persona diciendo que ésta consiste en *rostro y corazón*. El rostro (*ix-tli*) constituye la identidad más profunda de la persona. Pero no como algo que la persona es *ad nutum*, sino como aquello que está llamada a ser, como perfil propio que ha de adquirir como tarea existencial. Para los náhuatl, el rostro es lo que me saca del anonimato, lo que muestra mi nombre. El corazón (*yóllotl*), en segundo lugar, es la capacidad de orientarse hacia algo que tiene un sentido. El corazón es la capacidad de búsqueda de sentido, el dinamismo que nos lleva hacia aquello que nos colme. Para los náhuatl las personas pueden tener un rostro y un corazón bien definidos, pero también rostros y corazones borrosos. Por eso, el objetivo de la educación (familiar, en escuela) consistía para ellos en la promoción del propio rostro y de un corazón fuerte y palpitante.

Para los náhuatl, igual para la *paideia* platónica, el deporte constituía uno de los pórticos de necesario tránsito para comenzar dicha educación y, por tanto, la formación integral de la persona. Los pensadores griegos llamaban a este rostro que uno adquiere labrándose a sí mismo el *êthos*. La ética, por tanto, parece que no es cuestión de normas, de prohibiciones o de prescripciones. Se trata, ante todo, de los modos en que la persona se va haciendo como tal, del modo en que construye su propio rostro y aviva su propio corazón. Es decir, la ética trata de lo que la persona va haciendo con su vida. Y lo que va haciendo cada uno con su vida constituye su carácter o *êthos*. Esta forja del carácter supone un auténtico entrenamiento. Por eso, la «ascesis», palabra con que se designa esta lucha y esfuerzo para



conseguir la propia forja, tiene un origen deportivo. La *askesis* es el término griego empleado para definir el «entrenamiento» propio de los atletas, de los deportistas. El deporte, por tanto, es una adecuada imagen de la propia construcción de la persona. Pero no sólo imagen: es también medio para su construcción, para forjar su *êthos*. El ejercicio del deporte perfila mi rostro y fortalece mi corazón.

CÓMO EL DEPORTE CONSTITUYE EL PROPIO ÊTHOS

La persona tiene que construir su propio rostro, tiene que esculpir su propia estatua. Y puede hacerlo porque la persona se pertenece a sí, es suya y actúa desde sí, que es lo que expresa el prefijo griego «*autós*»: La persona es *por sí misma*. Pero esto no es algo que simplemente le viene dado, sino que el «*autós*» es aquello que ha de forjar, aquello que ha de realizar. Está llamada a ser plenamente por sí misma, pero ha de «ganárselo». Este «*autós*» se articula en una serie de aspectos todos interrelacionados. Veamos, entonces, cómo el deporte es elemento esencial en esta forja de este *autós*:

a. La persona como autoconciencia

La persona aparece ante sí como tomando distancia respecto de la realidad y respecto de sí. Paulatinamente, aunque siempre surge desde una comunidad, desde un «yo-tú», va tomando conciencia de que es *alguien*, distinto de quienes le rodean. Y esto ocurre, en primer lugar, desde el descubrimiento de mi propio cuerpo. Mi cuerpo me hace presente en el mundo pero también me limita respecto del mundo. Sin embargo, comienzo a tener conciencia de mí cuando comienzo a tener conciencia de las sensaciones de mi propio cuerpo. Así me doy cuenta de que hay un exterior pero que tengo un interior. Lo que se ha producido ha sido la *reflexión*, un pliegarse la conciencia sobre sí para descubrirse a sí, afirmarse a sí y poder tomar así posesión de sí.

b. La persona como autoposesión

Por tener conciencia de sí, la persona puede tomar las riendas de sí y hacer su propia vida. Y esto comienza con el cuerpo. El niño aprende a qué horas ha de comer, aprende a controlar esfínteres, a caminar, a poner la lengua adecuadamente para poder hablar. A través del do-

minio de su cuerpo, el niño va autoposeyéndose. Y este aprendizaje inicial se prolonga de modo intensísimo en los primeros años de vida a través del deporte y el ejercicio físico, actividad lúdica que le sirve para ir tomando posesión de sí y ensayando modos fecundos de encuentro con los otros con los que juega. Desarrollo personal y desarrollo comunitario: esto es lo que propicia ya desde el comienzo el deporte.

Además, por ir tomando dominio de sí a través de su cuerpo, la persona se descubre como responsable de sí, de su propia existencia. Este descubrirse responsable es otro de los pilares del crecimiento personal.

c. La persona como autodominio

La persona es suya. Pero no lo es de modo acabado: la persona es una tarea para sí misma. Por tanto, este ser suyo debe ir haciéndolo cada vez más pleno. Para ello, la persona tiene que ir optando entre las posibilidades que se le ofrecen en cada momento. Pero esto sólo es posible en la medida en que disponga más plenamente de sí, en que sea capaz de dominarse más a sí mismo, tanto corporal como psíquicamente. Que la persona sea capaz de dominio significa que no está determinada por sus pulsiones ni necesidades, sino que, partiendo de ellas, es capaz de hacerla servir a lo que su corazón descubre como valioso. Pues bien, este autodominio tiene una vía natural de entrenamiento y de consecución mediante el deporte. El deporte no es el ejercicio de la fuerza bruta, sino el trabajo, personal y comunitario, de hacer servir las propias fuerzas y habilidades al servicio de unos fines. Supone, por tanto, un trabajo de autodominio, esto es, de hacerse señor de uno mismo. La persona, en fin, se hace dueña de sí a través de su cuerpo.

d. La persona como autora de su vida

A través del autodominio, la persona consigue ser no mero actor de los papeles que le ha tocado hacer en la vida sino autora de sí misma.

El ser humano es *autor* de su vida porque, dentro de ciertos límites, tiene que elegir qué perfil quiere dar a su vida, cuál es la figura según la cual quiere autoposeerse. Para ello tiene que escoger, optar por determinadas acciones en las que adoptará una forma de realidad u otra, un rostro u otro. Pero esto sólo se consigue mediante la acción. Una acción forjadora de hábitos. El conocido aforismo de Carlos Díaz lo sintetiza con preci-

sión: *Siembra una acción y recogerás un hábito; siembra un hábito y recogerás un carácter, siembra un carácter y recogerás un destino*². Si pensamos esta propuesta desde la práctica deportiva encontramos una vía concreta, educativa y práctica de educar en hábitos esenciales para el crecimiento personal: autodominio, capacidad de esfuerzo, cooperación, fortaleza, abnegación, generosidad, etc.

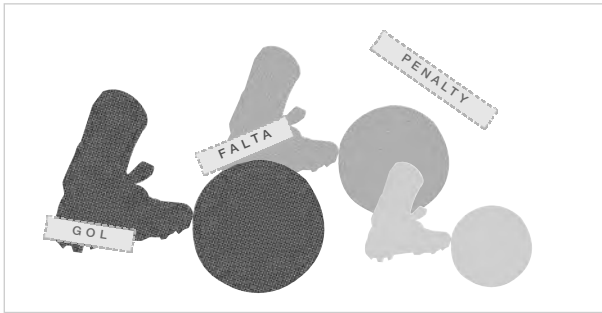
No podemos terminar esta parte de nuestra reflexión sin afirmar algo que ya hemos ido diciendo: Si bien la persona es un «autós», un ser por sí y en sí, no es un «para sí». La persona es un ser abierto y, desde su ser en sí está orientada intencionalmente hacia otras personas. La persona es, esencialmente, relación. Por eso, también el deporte, en tanto que en muchos casos es ejercicio con otros, en equipo, tiene todos los ingredientes para una formación ética de primer orden en la dimensión comunitaria de cada persona. El deporte colectivo salva a la persona, en principio, del individualismo, del egoísmo, del sometimiento del mundo a los propios criterios, de afirmarse uno como fin absoluto.

HACIA UNA ÉTICA DEL DEPORTE

Creemos que probablemente sólo desde reflexiones como las anteriores cabe formular y entender adecuadamente una ética del deporte que no quiera terminar siendo una deontología deportiva de poca monta o unas prescripciones para lograr el «fair play», propuestas habitualmente tan bienintencionadas como inútiles y alejadas de la realidad.

Sólo desde la comprensión de la actividad deportiva como una tarea de construcción personal podríamos entender y justificar que:

- a. El deporte es, ante todo, un modo de realizarse de las personas como tales. Que el deporte no es un fin en sí sino que se orienta, por tanto, al desarrollo integral de cuerpo y psique, al autoconocimiento a través del cuerpo y a una mayor integración psicósomática. Por otra parte, y tan importante como lo primero, es que la práctica del deporte es un medio privilegiado de aprendizaje y realización de la propia capacidad comunitaria.
- b. El otro «contra» el que juego no es un obstáculo, un enemigo, sino aquel sin el cual no podría tener lugar el propio juego y, por tanto, mi propio crecimiento



personal. Paradigma de esto lo podríamos encontrar también en la cultura náhuatl, en la que se practicaba un juego de pelota parecido al baloncesto en el que los perdedores terminaban arrodillados delante de los ganadores llamándolos «padre» y estos a aquellos, «hijo», llegando a establecer entre ellos entonces unas excepcionales relaciones afectivas. Ganar es una alegría pero perder no es nunca humillante. Ambas posibilidades constituyen, siempre, un aprendizaje vital.

- c. El otro «con» el que juego es corresponsable conmigo. El trabajo en equipo muestra claramente el significado de la igualdad en la diversidad. Por tanto, es fuente de aprendizaje de virtudes como la generosidad, la tolerancia, la cooperación, el respeto, la benevolencia o la beneficencia.

El deporte también es un adecuado sistema de disciplina personal, de orden, que conduce a las personas a una concreta experiencia de estar en camino de plenitud. Crea unos modos de proceder —que cristalizan en virtudes— que son exportables y fructifican en los demás ámbitos de la vida personal: prudencia, audacia, fortaleza de ánimo, magnanimidad, perspicacia, confianza en sí, valentía, etc.

LA DEPORTACIÓN DEL DEPORTE AL HADES DE LO IMPERSONAL

La inundación de los corazones por parte «tsunami economicista» ha logrado, en un menos de un siglo, deportar al deporte al ámbito de la competitividad, productividad y consumo como sus nuevos fundamentos. Los jugadores de fútbol «se compran y se venden»; los equipos de baloncesto, fútbol o ciclismo funcionan como grandes empresas, con criterios exclusivamente comerciales. El deportista ha terminado siendo mera pieza productiva en el mercado, por lo que interesa en tanto que es rentable. No pocos aficionados han pasado de ser acompañantes lúdicos de los jugadores de tu ciudad a vociferantes fanáticos que sienten a los aficionados del otro equipo casi como enemigos. Los mismos niños (y sus padres!) viven su inclusión o exclusión en la selección del colegio como cuestión de honor y sienten que «machacar» al equipo contrario les autoafirma. Reparemos, con algún orden, en algunas de las más graves inmoralidades a las que el deporte ha sido catapultado.

- a. *Del homo ludens al homo videns.* «¡Hemos ganado!», grita el vociferante aficionado, tras permanecer sentado durante dos largas horas delante de un televisor, ingiriendo una cerveza tras otra. ¿Hemos? ¿En qué ha contribuido el apático panzudo televidente al triunfo del equipo? En realidad, en el caso del fútbol, veintidós son los que han jugado, los que han ejercido de *homo ludens*, y diez millones los que simplemente han mirado, sin pasar de ser pasivos *homo videns*. Y justamente a esta situación es a lo que llama ahora «deportes de masa»: a masas lupulófilas de televidentes que se afirman sentimentalmente como propíncuos a tal o cual empresa multinacional (perdón, quería decir «equipo deportivo»), sin ellos quemar una sola caloría para contribuir a tal juego. Porque las masas no juegan. Quien juega con ellas son las empresas deportivas, con objeto de conseguir extraerles toda la rentabilidad posible a través de la promoción consumo de imágenes de pago, de camisetas, de calzado, de entradas a precio de oro, etc. Para muchos, en fin, el deporte ya no es algo que uno realiza con otros sino algo que se ve y que se consume.
- b. *Nueva idolatría.* El deporte ha devenido en fin en sí. Por el espacio que ocupa en nuestros telediarios y periódicos, se diría que es la cuestión más importante que alienta nuestra cultura. Por ello, quizás ya no muchos se atreven a decir que son cristianos, o marxistas o patriotas, o defensores del indígena. Pero no hay reparo en afirmar de sí mismo, como si fuese el mayor timbre de gloria, constitutivo último del propio rostro, que uno es del Madrid, es del Barça, es del Depor, es del Luve, es del Cruz Azul, es del América, es del Cerro Porteño, es del Benfica o es del Ourense (de éstos últimos, pocos). Y se siguen con fruición las peripecias de los jugadores, a quien se venera como santos. Y se asiste a la función litúrgico-deportiva dominical sin faltar a una, y se hace lectura espiritual con el *Marca* o con el *As*, y se sigue la liga como un tiempo litúrgico que nos despierta y nos mantiene vivos. Ya no se habla tanto de «aficionados» como de «seguidores». Incluso se deifica y adora a determinadas figuras. El caso del exfutbolista Maradona es paradigmático: tiene su propia iglesia, la «iglesia maradoniana», su propia navidad, su propia biblia (el libro del propio profeta Diego Armando llamado *Yo soy el Diego...de la gente*), su propio decálogo, sus propias oraciones (copio literalmente hasta donde mi estó-



mago me permita: «Dios Nuestro que estás en las canchas, santificada sea tu zurda, venga a nosotros tu reino, despliega tu futbol por todos los santuarios del mundo...»). En esta misma línea, y porque no pareciera que el fútbol es el resumen de todos los despropósitos, no sería vano reparar en otra práctica «deportiva» muy de nuestros días: el *culturismo*. Cuando uno hace deporte, fortalece sus músculos. Y si se busca fortalecer los músculos es para poder ser más eficaz en el deporte. En el culturismo no: se quiere el músculo no para ponerlo en juego, sino para tenerlo. Es el ejercicio de la esterilidad corporal. Quiero un cuerpo excelente para nada, como fin en sí. Y el mismo camino llevan esas masas de maduros y maduras que castigan duramente sus cuerpos en los gimnasios con el deseo de (man)tener un buen cuerpo. No para que su buen estado físico les permita más eficacia en su vida laboral, familiar, amorosa, mayor equilibrio psíquico.... No. Se lucha por «mantenerse en forma» como fin en sí. ¿No parece esto, además de una lucha contra el reloj biológico que lleva necesariamente las de perder, la forma más infame y baja de autolatría?

c. *Del ocio al negocio*

Lo que se promociona socialmente como una agradable y aséptica forma de ocio, en realidad responde a las más estrictas leyes del negocio. He aquí la paradoja: en un mundo en el que nos escandaliza la globalización de la injusticia, en el que todos nos lamentamos (al menos sentimentalmente) de que sólo el 15% de la población mundial disfrutemos del 85% de las riquezas y de que crece la distancia entre pobre y ricos, jaleamos acriticamente a cresos mercenarios en calzón corto que son el paradigma de la desigualdad, del aburguesamiento, de la riqueza injusta. Hay en España jugadores de fútbol que ganan más al año que todo el presupuesto de sanidad en Bolivia, Paraguay o Perú. Y lo ganan por algo tan difícil, arriesgado y de tan alto interés social como dar patadas a un balón con cierta precisión (a veces). Y lo terminamos por justificar aduciendo dócilmente las razones que nos ha enseñado el mercado: que ellos generan riqueza (que a nadie aprovecha más que a ellos o a sus empresarios, por cierto) y que ellos generan espectáculo (¿cobra igual un violinista, un actor de teatro?: también ellos generan espectáculo). En el Norte duele pagar diez euros por un libro pero no pagar sesenta por asistir a un partido de fútbol. No contribui-

mos al sostenimiento de las iglesias (o nos quejamos cuando hay que «poner» algo) pero no nos duele en prenda gastar setenta euros para comprar la «camiseta oficial» del equipo, que contribuye tan opíparamente a su sostenimiento. Algunos, con más conciencia, critican el sistema de mercado, pero lo alimentan comprando abonos de temporada y contratando el canal de pago para sostener a esos gigantes empresariales. Por eso, no nos extrañemos de que muchos de nuestros hijos sueñen con alcanzar el Olimpo, esto es, con llegar a ser futbolistas, porque han mamado un mundo en el que lo que importa es la fama sin esfuerzo y la ganancia sin trabajo. El mundo del deporte se ha convertido en una macro «operación triunfo», en el que la única que fracasa es la persona, pero en el que triunfan los negocios de los ricos promotores deportivos, siempre con el apoyo institucional del Estado, no faltaría más: Viva Madrid olímpico en el 2012. Todos a una, Fuenteovejuna.

POSTRE: LA METÁFORA DEL ÁRBOL

A la postre, viene bien que tomemos otra de las grandes intuiciones metafóricas de la cultura nahúatl: la que compara *al ser humano como un árbol*. El árbol tiene su copa llena de hojas. Pero tiene también el tronco y las raíces, que se hunden en la tierra. La copa, lo exterior, es lo que se ve y lo que asciende al infinito. Las raíces quedan ocultas, pero son las que mantienen y alimentan al árbol. *Mutatis mutandi*, en el ser humano, la copa llena de hojas representa todo lo que se ve de nosotros: nuestra formación, nuestro trabajo, nuestros papeles en la vida. En nuestra sociedad se presta máxima atención a lo que se ve. Queremos tener *más* sueldo, *mejor* aspecto, más curriculum. Se entiende que el deporte haya terminado siendo mero espectáculo: lo que se ve. Y se ve más cuanto más dinero genera. Por eso, no por otra cosa, el fútbol es el «deporte rey». El deporte es «lo que se ve» del Norte. Y se ve tanto no por su relevancia intrínseca, sino porque su espectacularidad es utilizada como adormidera para tapar la globalización de la injusticia en el Sur. El deporte para el *homo ludens* es personalizante. Para el *homo videns*, el opio del pueblo.

En el ser humano, las raíces son los ideales, valores y amores que le sostiene, las creencias y convicciones de las que se alimenta. Pero estas raíces no dependen

de lo que se tiene, ni del «ridículum vitæ» que uno ha ido consiguiendo, ni del papel profesional que desempeña,... ni del «equipo que sigue». Estas raíces no se compran ni se aprenden en instituciones. Son las raíces que se aprenden en comunidad. Para quien vive desde sus raíces, el deporte es un medio de construcción personal y comunitaria, una actividad personalizante y comunitarizante que realiza uno en primera persona.

Descubrimos, al cabo, que estos dos modos de concebir el deporte responden a dos modos de entender la persona. En la primera se concibe al ser humano como alguien sin rostro y sin corazón, condición para su sometimiento a los cánones de la productividad, competitividad y consumo como categorías éticas. El deporte, entonces, es negocio. Y el deportista está sometido en su actividad al criterio de productividad: comercial en unos casos y de alto rendimiento físico en otros. Se concibe al deportista como máquina, del que se espera un cierto nivel de rendimiento.

En el segundo caso, la persona es concebida como rostro. Y el deporte está al servicio del perfilarse del rostro. Por ello, el deporte, en este segundo caso, es actividad lúdica, de encuentro, personalizante. El deporte se vive sin condiciones, con la alegría de quien va labrando su propia estatua, de quien va forjando su propio corazón. El deporte está al servicio de la raíz, esto es, se vive desde la perspectiva de una vida con sentido. Por ello, en este caso, el deporte es promotor de los hábitos instrumentales básicos que permiten una vida plenamente humana: *responsabilidad, fortaleza, autodomínio, humildad, justicia, tolerancia, perdón, generosidad, gratuidad, humor, aceptación* y donación del otro y cooperación. Sólo desde esta perspectiva la tarea deportiva tendrá una resonancia ética, capacidad educativa y promotor. Sólo el deporte así vivido fortalecerá voluntades, iluminará afectos, despertará inteligencias y, lo más importante, promocionará encuentros. □



Notas

1. La cultura Nāhuatl constituía el fundamento de la cosmovisión de los aztecas, texcocanos, cholultecas, talxaltecas. Lo que unía a todos estos pueblos era una misma lengua, la nahuatl o mexicana, la lengua más extendida en mesoamérica. Tuvo su plenitud durante los siglos xv y xvi, y no sólo se manifestaba en una asombrosa arquitectura o en las grandiosas esculturas que descubrieron los castellanos capitaneados por Cortés, sino en un elaboradísimo pensamiento antropológico, cosmológico, metafísico, teológico, estético o jurídico. Excelente fuente de conocimiento de esta cultura son los trabajos de Miguel León-Portilla, en especial su texto *La filosofía Nahuatl* estudiada en sus fuentes. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1966.
2. Carlos Díaz: *El libro de los valores personalistas y comunitarios*. Editorial Mounier, Madrid 2000.p. 95.

DEPORTE, MEDIOS Y MASAS

LA GRAN EVASIÓN

■ **RAFAEL CID**

Periodista.

Colaborador habitual del Instituto E. Mounier

El mundo hoy ya no es un globo terráqueo. Es un balón de fútbol. Si se observa bien, se verá que esa esfera achatada por los polos y generosa en la panza ha sido preñada deportivamente. Mirando sin prejuicios (ni prejuicios) comprenderemos por qué la redonda copia ha «deportado» al original. Si durante años esférico y mundo convivieron armónicamente, cada cual a su bola sin trofeos ni olas históricas, con la aldea global es un hecho la coronación del fútbol como gran icono placebo. Y con ello se ha buscado rentabilidad de casino a su alarido. La vieja historia del valor en uso abducido por el valor de cambio.

Aunque en el centro del terreno de juego, como en el fondo de la esfera del reloj que relataba Julio Cortazar, aceche la muerte. O quizás precisamente por eso. Para darnos cuerda en la servidumbre voluntaria, porque mientras consumimos la existencia como una competición entre rivales somos autistas morales. Casi con la misma sórdida convicción que el dicho de los suicidas, que se quitan la vida por zafarse del miedo a la muerte. Esta alucinación colectiva no es el opio del pueblo, sino el pueblo del opio: la primera internacional global. Se está cumpliendo el legendario designio: «la alienación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos». Ya dijo su autor que a menudo la historia se repite como farsa.

Posiblemente por eso el deporte en general y el fútbol en especial siempre han tenido buena prensa. Marxistas-leninistas como Vázquez Montalbán, altermundistas como Eduardo Galeano y criollos en punto de



fuga como Jorge Valdano, quien más quien menos entre los clanes intelectuales favoritos de los mass media tiene en alta estima esa adicción. Por eso es tan difícil la ecumeneidad. El deporte rey —menos mal que todos reconocen que es una monarquía— es la única militancia que vulnera las leyes de lo políticamente correcto sin consecuencias. Primero se es oriundo, de la cantera, y luego pelotaris del mundo. Primera División, Liga, Copa, Champion, Continentales, Mundiales...en su firmamento caben todas las estrellas y constelaciones. Íncubos y súcubos. Pero, sobre todo, en una época de centrifugación del Estado-nación, el fútbol sigue siendo ante todo el banderín de enganche para un vagón de cercanías. Por eso lo primero que hacen los nacionalismos emergentes es crear su propia «selección nacional», que es la forma más gregaria del darwinismo social.

Esa es su fuerza primigenia, a la que gentes sin escrúpulos ponen taquilla: hora de emisión, silla de pista, cartelera, quinielas y fondos sur. Tautológicamente el negocio del fútbol es redondo. Si se pudiera contabilizar todo el numerario que mueven los estadios, los derechos de emisión, merchandisings, apuestas, etc, entenderíamos por qué es el mayor espectáculo del mundo. Más importante que el narcotráfico o el contrabando internacional de armas. Una inmensa pira de frenéticos bípedos donde, en la mejor tradición del sistema, los de abajo pagan y los de arriba cobran. Me recuerda lo que dijo el protagonista de la película «Europa», de Lars Von Trier, un humilde revisor de ferrocarril, cuando al conocer que tenía que pagarse el uniforme de la compañía donde iba a trabajar exclamó: «ahora ya se por qué hay tanto paro».

El fútbol, qué duda cabe, es una droga tolerada. Digo más, fomentada por el sistema. Un deporte de alto riesgo. Hasta el punto que no se comprende cómo los clubs no tienen ya sus propios capellanes castrenses que den el nihil obstat a sus contrayentes. Recordemos que el término *fanático* deriva del latín *fanum*, que significa templo o lugar sagrado. Tan pernicioso, decimos, como la nicotina y el alcohol. Representa el paradigma de paraíso artificial que ofrece el panóptico institucional como proyecto de vida. La socialización a que diariamente nos someten los medios de comunicación de masas con horas y más horas de programación deportiva, desplazando incluso a los informativos si se terciá, forma parte de la educación pública y de la concertada.

No sólo es una enorme fuente de ingresos para el Estado y sus empresarios jurados. Además, hace millones

de futboladores pasivos. Ese crucigrama para ágrafos que son las quinielas opera como una eficaz quintacolumna de la resignación en las retransmitidas y grises tardes de domingo. Una metástasis que tiene continuidad en las tiradas millonarias de la prensa deportiva. Siendo España uno de los países de la Europa de los Quince con menos periódicos por mil habitantes (104 ejemplares frente a los 445 de Finlandia), esos cromos de once en raya son los líderes indiscutibles del sector (*Marca* y *AS* suman casi tanta tirada como el resto de los grandes diarios nacionales juntos). Aparte de no existir en el Viejo Continente ninguna otra nación con tantos periódicos deportivos. Una prueba de la voracidad de su espíritu olímpico. Otro dato, la oferta que hizo Canal Plus a la Liga de Fútbol Profesional por los derechos de retransmisión televisiva durante el periodo 1996-2003 se elevó a más de doscientos dos mil millones de pesetas del momento.

Por lo demás, la colisión de intereses milmillonarios entre los media y el fútbol no aporta precisamente grandeza moral, probidad, ni virtudes cívicas. Al contrario, a su rebufa se han producido algunos escándalos que han arrastrado al fango a lo mejor de cada escudería periodística. Así, en abril de 1996 un elenco de líderes de opinión sintió la necesidad de emitir un comunicado en favor del ex comisario Joaquín Domingo Martorell, sobre el cual el diario *El País*, buque insignia del Grupo Prisa, acababa de publicar una información resaltando el dudoso pasado del secreta franquista y su no más curiosa aparición como representante de Antena 3, rival de Canal Pus, en la puja por los derechos de emisión. El cártel (Manuel Campo Vidal, José Oneto, Carlos Carnicero, Olga Viza, Antonio Franco, Pedro Piqueras, Miguel Angel Liso, Jesús Hermida, Jorge del Corral y Carlos Luís Alvarez, entre otros) respaldando la trayectoria humana y profesional del antiguo jefe de la Brigada Central de Información que en 1981 supervisó y coordinó el interrogatorio del camionero vasco José Ignacio Arregui, muerto en comisaría, se perpetró obviando que en 1989 el Tribunal Supremo había condenado por esos hechos a dos de aquellos hábiles interrogadores policiales.

Además, se da la circunstancia de que pocos años más tarde la prensa volvía a relacionar a Domingo Martorell con otro suceso: la comercialización de un video de contenido sexual difundido para tumbar al director del diario *El Mundo* Pedro J. Ramirez, delito que ha llevado a la cárcel a un ex Gobernador Civil socialista, al abogado de dudosa reputación Emilio Rodríguez Me-

néndez y al ultra Javier Bleda. Por cierto, que el periodista-empresario Manuel Campo Vidal ha sido el portavoz de la Plataforma de Ciudadanos por Europa que, financiada por multinacionales españolas, se postuló como referente «cívico» a favor del Sí durante el pasado referéndum.

En la práctica, la abrasiva capilaridad de la triada medios-fútbol-masas en la sociedad de la información ha acabado con el ocio como único reducto no asimilado por la lógica cosificadora del sistema. El tiempo de ocio, en cuanto espacio lúdico, desinteresado y comunitario, se ha rendido al designio del capital que le ha puesto precio, confirmando así la aguda previsión del sociólogo Richard Sennett sobre que en lo público ya sólo se permite producir y trabajar. Hoy todo, hasta lo más íntimo, es privado, ajeno y distante. En el postmodernismo no hay lugar para la res-pública y el propio público es una reunión de extraños. Los únicos hombres públicos son los magnates privados, realizados como modelo por los media a su servicio.

Pero no siempre fue así. Hubo un tiempo en que el juego, el deporte, las distracciones y lo recreativo tenían rasgos liberadores. *Mens sana in corpore sano*, escribió Juvenal. Y hasta los espacios abiertos (públicos) donde se reunía la gente a practicar sus aficiones (lugares de esparcimiento, los llamaban) podían ser interpretados como una metáfora del viejo ágora que concitaba a las personas para el libre ejercicio de la isegoría, base de una concepción de la democracia deliberativa y participativa que ya sólo existe como representación. Actualmente los estadios son una especie de campos de concentración utilizados por el poder como válvula de escape para hacer posible la reproducción del menos malo de los sistemas de convivencia posibles. *Apartheids* nimbados de ruido y furia que han asimilado la percepción de Guy Debord de que «el espectáculo es el momento en el cual la mercancía alcanza la ocupación total de la vida social».

La gran hazaña de este fenomenal tinglado radica en su capacidad para la movilización general. Bajo la compulsión y al conjuro de los factores concurrentes, fútbol y media están consiguiendo entre las masas lo que ha sido motivo de grandes batallas para partidos, iglesias y capital: la introspección emotiva, cognitiva y simbólica de la competencia caníbal como élan vital. La novelista austriaca Elfriede Jelinek ha expuesto con amarga lucidez la profundidad de esta derrota. «Ya no existe lo que podríamos llamar la primera naturaleza, la autenticidad de la ex-



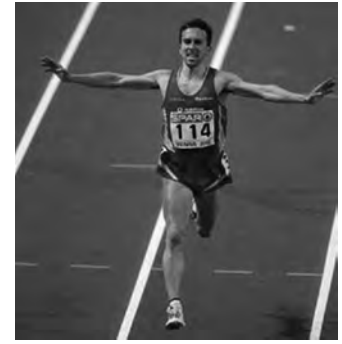
perencia de cada uno es producto de la segunda naturaleza, de la avalancha de imágenes de los medios de comunicación», tiene dicho la Premio Nobel 2004.

Esa profundidad de campo ha hecho que el largo brazo de los magnates del balón no termine en la perversión de objetivos de la galaxia mediática, con ejemplos macro como Robert Murdoch o micro como Jesús Gil, sino que alcance a las propias políticas estatales, tal Berlusconi en Italia. La entronización como jefe de gobierno de «Il Cavaliere», uno de los hombres más ricos de Europa gracias a la concentración de sus inversiones en el sector deportivo y multimedia, representa la primera ocupación de la esfera pública por el mercenarismo político desde el golpe perpetrado por Mussolini y Hitler. Bajo el palio de las siglas Forza Italia, formuladas con la agresividad del más puro escuadrismo, uno de los mayores tahures de la historia económica y financiera contemporánea ha levantado un partido interclasista y transversal para consumir el tercer asalto populista-democrático a la razón desde la Segunda Guerra Mundial.

Porque al final del ciclo, el fútbol y toda su cohorte devienen en una especie de ejercicios de supervivencia con fuego real. Mística de combate, himnos, banderas,

juramentos de fidelidad, iniciación, exaltación de la victoria, desprecio del perdedor y reproducción urbi et orbi para que el mensaje del líder impere, hacen de su parafernalia un sucedáneo de aquel contagioso vivir peligrosamente. De hecho, ese ritual movilizador se emplea tanto en la guerra como en la derrota. La imagen de dos equipos, formados por soldados de bandos enfrentados, no es sólo un recurso cinematográfico, como el film «Evasión o Victoria». Es una instantánea que se ha reproducido en el conflicto de Afganistán o en la ocupación de Irak. Es el lado caballeresco de la canalla. Como si la invasión y la destrucción de Irak se pudiera haber solventado con un derby entre Bush y Sadam.

La dinámica de multitudes desbocadas, competiciones deportivas y modernos medios de comunicación adiestrados en la inculcación de la alienación, es una de las más poderosas drogas de síntesis de la sociedad de masas al servicio de la dominación. Crematística, axiológica y teleológicamente representa la primera internacional obrera global que actúa como bandera de conveniencia del sistema. Un franquicia planetaria donde la cúspide se lucra a costa de que la tropa pague por pensar con los pies, andar de cabeza y gozar en el intento. □



¿LO IMPORTANTE ES GANAR?

□ EDUARDO MARTÍNEZ

Profesor de Ética y montañero

Existen ciertas incoherencias en los mensajes morales que enviamos a las generaciones venideras que son letales porque denuncian nuestra hipocresía. En el terreno que nos ocupa, el deporte y su relevancia social, nos hemos hartado de decir a los niños que «lo importante es participar», que «deben ser respetadas ciertas reglas sin las que el deporte pierde su sentido», que «el competidor me ayuda a superarme, que no es mi enemigo». En el momento en que empiezo a escribir aún resuenan en mis oídos y en los titulares periodísticos escándalos deportivos sobre el dopaje en el ciclismo, el atletismo o el fútbol. Aún me escandalizo con la culpabilización de los que denuncian los hechos y no del sistema que causa este fenómeno, por parte de los voceros periodísticos que tanto se lucran con la épica de los deportistas de elite.

No puedo tratar este capítulo genéricamente pues varias personas han sufrido, algunas hasta la muerte, este estado de cosas. Pienso en el magnífico ciclista español Chava Jiménez, un joven abulense que tras brillar como un campeón de la montaña se convirtió en un sujeto depresivo y suicida. Pienso en «el pirata», como llamaban a Marco Pantani por su atrevimiento y por un pañuelo que llevaba en la cabeza. Era un ciclista maravilloso, esforzado y valiente que un buen día se descubre adicto a la cocaína y se suicida en un motel. Pienso en el futbolista Carlos Gurpegui, que dirigido médicamente por el polémico doctor Sabino Padilla (también médico del increíble Miguel Induráin) hoy está a punto de sufrir una fatal suspensión de dos años por el uso de anabolizantes.¹ Me acuerdo de la final olímpica de 100 metros lisos en Seúl 88, de Ben Johnson batiendo el record del mundo y de su descalificación por doping; y me pongo muy triste al recordar el caso de mi vecino de Vallecas, Alberto García, acabando en estos días una suspensión por uso de EPO.² En la ultimísima hora escucho los ecos de una proyección en la que un futbolista italiano, Fabio Cannavaro, se inyecta un fármaco para potenciarse por estar muy cansado.

Podemos sentenciar, como hacen algunos interesadamente, que se trata de casos individuales de deportistas que no soportaron la tensión de la alta competición y se desmoronaron. Aunque éste fuera el caso cabría preguntarse qué tipo de actividad es aquella que somete a los seres humanos a tensiones tan destructivas. Sin embargo aquí vamos a defender una posición radicalmente opuesta. Estos son para nosotros, tan sólo, fenómenos extremos de una *concepción del deporte sometida al capitalismo* mediante el consumismo, haciendo de él algo análogo a lo que Marx llamó «opio del pueblo». Para ello seguiremos la senda de varias realidades que creemos, caracterizan al deporte tanto desde la perspectiva del deportista, como desde la gestión que de él hacen las entidades privadas y estatales, así como su relación con las expectativas y actitudes del público.

Revisemos una de las características más propia del deporte del siglo xxi, a saber, la *espectacularidad*. Se trata de que hoy cualquier actividad en el seno de la sociedad es evaluada, casi exclusivamente, por el impacto mediático que es capaz de causar, y por la subsiguiente efectividad económica. La misma palabra nos remite al verbo latino *spectare* (mirar): hoy vale lo que es observado por un número masivo de sujetos más que por la cualidad del hecho en cuestión.³ Es fácil percibir cómo hoy la relevancia social (la fama) y su correlato económico (el dinero) sustituyen al mérito y la dedicación constante. El deporte (como otras actividades cruciales de la vida como el estudio o la forja del carácter moral) posee unos ritmos y unos límites que no se someten a las exigencias de la espectacularidad. Cualquiera que sepa algo de deporte conoce que los deportistas deben llevar a cabo una preparación que cimienta una campaña de competición a buen nivel (algunos meses) y un momento de pico de rendimiento dedicado a competiciones de gran nivel (algunas semanas). Fuera de eso todo lo que se consiga es gracias a medios «artificiales». Como decía un ciclista hace tiempo «no se puede subir el Tourmalet al ritmo que exigen las cámaras sólo con un plato de espagueti». Si la pasta no basta, se hace «necesario» recurrir a la química. El sistema necesita proezas sobrehumanas que causen *ad-miración* entre un público celulítico que las vivirá como catarsis de sus adipocitos aburguesados. En un mundo sin horizonte de sentido se hace imprescindible la resurrección de la épica. En el deporte así planteado se redime el individualismo (nos abrazamos con el vecino, al que



no saludamos, cuando el Madrid mete un gol) y la mediocridad de nuestras existencias (todos somos un poco Fernando Alonso).

Con esto pasamos a ver otra de las características de esta visión del deporte: el *nacionalismo*. Vivimos en Madrid un tiempo de esfuerzo por ser organizadores de los Juegos Olímpicos de 2012, más por las cifras de lucro estimado que se suponen beneficiarán a Madrid por llegar a ser un polo tal de espectacularidad universal, que por una sana afición al deporte. En la misma línea todas las ciudades del mundo apoyan a sus equipos de fútbol, el deporte de masas por excelencia a escala global, como estandarte publicitario atractivo para el turismo y las inversiones.

Parece que además de la vertiente económica se persigue una *efectividad psicológica* a escala social: se trata de que la autoestima e identidad de un colectivo se refuerza por medio de las gestas de aquellos que sentimos un poco nuestros, sobre todo, por razón de nacionalidad. ¿Por qué si no algunos deportes experimentan un crecimiento tremendo no sólo en audiencia sino también en práctica real del mismo, tras un gran éxito de un deportista nacional? Por este camino se llega hasta el absurdo de fichar y nacionalizar a deportistas extranjeros que pueden proveernos de esa doble fertilidad psicológica y económica. Es el caso de Nina Zivanetskaia, una nadadora de origen ruso que ya ha dado varias medallas en eventos europeos y mundiales, de Joan Lino Martínez o Niurka Montalvo, ambos de Cuba, también medallistas para España en eventos de primera línea, y de un ya largo etcétera. El problema no es su «extranjería» (el mestizaje es más que deseable) sino su utilidad a un sistema de cosas espureo (a tal efecto incluso la tremenda ley de extranjería crea canales de nacionalización ultrarrápidos). Johan Muehlegg fue un caso extremo pero muy significativo. Pasó en tres días de ser «Juanito» el triple medallista de oro en los Juegos Olímpicos de invierno de Salt Lake, a un alemán que nadie había fichado y nadie quería recordar porque se le retiraron los títulos debido a un dopaje más que evidente. Observar los titulares de esos tres días es la mejor demostración de nuestra denuncia. Se detallaba en ellos la extrema superioridad que había demostrado «humillando» a todos sus competidores, se hablaba de «gesta histórica» para los deportes de nieve en España, etc. Después se le culpaba personalmente y ni siquiera se extrajeron responsabilidades en la federación que lo fichó, no digamos en las instancias políticas que se



aprestaron a rentabilizar la pátina triunfante del héroe deportivo.

En el ámbito político hoy observamos un duelo por la adscripción de los deportistas a las diferentes nacionalidades. En España, los gobiernos nacionalistas de algunas comunidades autónomas han conseguido crear selecciones autonómicas que multiplican hasta el absurdo el calendario de los atletas. Las demás comunidades han decidido no ser menos. En el fútbol esto es especialmente sangrante. Los futbolistas son sometidos a un tira y afloja para que acudan a las citas de la selección andaluza, de la vasca, de la catalana, etc. Últimamente, uno de los conflictos más importantes en la política catalana fue la posibilidad de ruptura del gobierno tripartito (Partido Socialista, Esquerra Republicana, e Izquierda Unida) por no apoyar la independencia y rango estatal de la selección de hockey sobre patines de Cataluña.

Ante este panorama ¿supone una alternativa el *ideal olímpico* resucitado en la edad moderna por Pierre de Coubertin? Creemos sinceramente que no. Más bien ha supuesto la globalización y potenciación del uso que nuestra cultura hace del deporte. Ya desde sus orígenes fueron sonadas las instrumentalizaciones políticas del deporte olímpico. Hitler las aprovechó para cantar al mundo las alabanzas raciales del orbe ario con la presencia física del ya muy anciano Barón de Coubertin. Además, ¿es el olimpismo de raíz un factor favorable a una civilización personalista y comunitaria? A pesar de mi amor por el deporte, que recibe en los juegos cada cuatro años un reconocimiento global unánime, pienso que no nos hemos separado mucho de una concepción atávica del deporte, su ser tan sólo una sublimación de la *guerra*. Incluso los periodistas destacados en los juegos suelen recurrir a este tópico de lo civilizado que es resolver las contiendas en el campo de deporte y no en el de batalla. Dos elementos denuncian tal atavismo: la partición de los participantes por nacionalidades y el léxico usado para expresar lo ocurrido en la competición. Es verdad que se reúnen y conocen jóvenes de todo el mundo, incluso de niveles de rendimiento deportivo muy diferentes (esto últimamente ha quedado reducido a un tipismo como el del nadador africano que acabó una carrera veinte minutos después que el resto), para ellos puede ser una experiencia de hermanamiento en la comunidad mundial de los deportistas pero, en el fondo, todo queda supeditado al éxito, al medallero, a la consecución o mantenimiento de becas y patrocinadores. Los ojos de empresas y Estados están fijados en ellos pues pretenden que les doten de be-



Barón de Coubertin



neficios económicos o políticos. Los ritmos cardiacos de cientos de millones de seres humanos esperan de ellos la redención de la vulgaridad. Serán tan despiadados con el fracasado como idólatras con el que alcance el éxito. Por deber mencionar emociones tan primitivas el periodismo elige un léxico bélico para reflejar el mundo deportivo. Así, al éxito se lo adjetiva de «histórico», o se lo denomina como «humillación del contrario», como «paliza», o como «triunfo aplastante». Para el fracaso el énfasis no es menor. Al perdedor no se le mide por su progreso o su techo de posibilidad sino por el resultado; por ello se dirá que no ha estado «a la altura» o que ha «defraudado» a los seguidores.

Además, en la línea de la manipulación capitalista del deporte, cada Estado se preocupa de proveerse de atletas de elite mediante la financiación de los más aptos por medio de programas de alto rendimiento (incluso existen infraestructuras que se denominan Centros de Alto Rendimiento) como los sustentados en España, tanto privada como públicamente, por el *programa ADO* (Ayuda al Deporte Olímpico). En este programa se da la paradoja de que un puesto de diferencia deja al deportista sin derecho a beca. En el caso de instituciones privadas, quizá las que más sustanciosamente financian a los deportistas, el beneficio y el perjuicio será exponencialmente mayor. ¿Queda alguna duda de lo difícil que será evitar que la gente recurra a medios ilícitos para conseguir fama y dinero? Eso cuando no son las mismas federaciones y equipos privados las que obligan al deportista a asumir su política en medicina deportiva (dopaje, forzamiento de periodos de recuperación tras lesiones, etc.). La otra paradoja se establece respecto del *deporte de base*. Invertir en deporte de elite se supone que fomenta la práctica del deporte de base. Esto no siempre es así y no siempre genera una práctica deportiva saludable y ética. No existen a nivel nacional programas de deporte base. Todo se fía a la educación física que reciben los niños en la escuela. Pero no existen estructuras que den continuidad a lo hecho por los profesores en el ámbito educativo local. En Madrid, gracias a estar siendo postulados para sede olímpica, se han organizado unos campeonatos escolares que van en la línea correcta, si no fuera porque se sospecha que serán efímeros si no ganamos la carrera olímpica. Siguiendo con el tipo de práctica deportiva que genera la emulación de los atletas de elite diremos que los antiejesmplos del dopaje no hacen ningún bien; pero además, los chavales se forman en el lenguaje bélico de los medios de comunicación y en los vicios

de las estrellas: individualismo frente a juego en equipo, vacuo exhibicionismo frente a la eficacia del gesto deportivo ortodoxo, agresividad frente a sana competitividad, etc.

Para terminar sería bueno contrastar este estado de cosas con lo deseable desde un punto de vista personalista. Como para detallarlo sería necesario un libro al respecto, aquí me conformaré con trazar unas líneas respecto del deporte que más amo, el montañismo. Aunque también a la montaña ha llegado la garra capitalista: expediciones de ricos poco preparados a la altísima montaña, la competitividad extrema por la financiación y la repercusión mediática, la búsqueda del riesgo por el riesgo, el individualismo, el atentado ecológico, etc. No obstante hay gente que hace esto un poco mejor. Pienso en el programa «Al filo de lo imposible» en el espíritu del mismo y en su manera de relatar las ascensiones exitosas y las, no sé si llamarlas fracasadas pues hay éxito desde que uno va al encuentro de la montaña con humildad y entrega total.

La montaña enseña disciplina, trabajo en equipo, constancia, amor al espectáculo de la naturaleza, concentración. La ascensión a una montaña requiere de un ritmo que no lo imponemos nosotros solos, sino que proviene del diálogo entre los requerimientos de la orografía, del clima, y la escucha de la interacción con ellos de nuestro cuerpo y nuestra mente. Todas estas virtudes pueden adquirirse por la práctica de cualquiera de los deportes con la condición de que nos cuidemos de las tentaciones capitalistas que hoy les acechan. El deporte puede y debe ser uno de los factores de personalización más fundamentales (debe estar a la base) siempre y cuando vivamos desde las coordenadas axiológicas adecuadas: «lo importante es participar». □

Notas

1. Sustancias que favorecen la creación de músculo y potencian artificialmente el rendimiento deportivo pudiendo causar problemas como la esterilidad o daños cardiacos irreversibles.
2. Eritropoyetina: un incrementador artificial del hematocrito o número de glóbulos rojos en el torrente sanguíneo. Así se incrementa la oxigenación de los músculos incrementando su rendimiento. Tiene como grave riesgo la posibilidad de embolias y trombosis al dificultar la densidad excesiva el flujo sanguíneo.
3. Es enjundioso percatarse de los esfuerzos que se hacen por que un deporte sea tele-visivo: en el hockey sobre hielo existe el problema de que juegan con una pequeña pastilla que se mueve por el campo a velocidades vertiginosas. Literalmente la pastilla no se ve; por ello las televisiones han creado una técnica por la que se tiñe informáticamente la pastilla de un color.

EDUCACIÓN EN VALORES A TRAVÉS DEL DEPORTE

□ JUAN JOSÉ RODRÍGUEZ TERRÓN

Catedrático de Educación Física
del I. E. S. Miguel Hernández (Móstoles)

1. EDUCACIÓN EN VALORES A TRAVÉS DEL DEPORTE

La Declaración del año 2004 como Año Europeo de la Educación a través del Deporte pone de relieve la creciente importancia que las instituciones oficiales están concediendo a la actividad física y al deporte como medio de formación entre los jóvenes europeos. Efectivamente, el deporte destaca por su carácter vivencial y lúdico, su gran potencial de cooperación y superación, la cantidad de interacciones personales que genera y la presencia constante de conflictos. Todo ello convierte al deporte en una herramienta privilegiada para la educación en valores. (Prat y Soler, 2003:110). Sin embargo, la simple práctica deportiva no siempre garantiza la transmisión de valores positivos y, si no se realiza en las condiciones adecuadas, también puede transmitir actitudes y valores negativos como la agresividad, la exclusión, etc.

En la actualidad existe una gran controversia con relación al deporte. Por un lado se defiende que el deporte promueve conductas deseables y, por otra parte se pone de relieve que la lucha por el éxito y el triunfo ha corrompido los más nobles ideales del juego limpio y el espíritu deportivo. De esta forma hoy día se observan claramente tres posturas en relación con este tema (Gutiérrez, 2003:76) que van desde un postura más optimista, pasando por una postura neutra hasta la postura más pesimista.

En la literatura especializada se pueden encontrar defensores de cada una de estas posturas. Nuestro punto de vista al respecto coincide plenamente con el manifestado por el profesor Gutiérrez (2003:78.). Procuramos, pues, adoptar una postura ecléctica considerando las tres perspectivas simultáneamente, las cuales no tienen por qué ser excluyentes. Consideramos también,

junto con el profesor Gutiérrez, que se hace necesario un análisis crítico del deporte, para destacar sus valores más positivos e intentar erradicar los numerosos elementos que enturbian el verdadero espíritu del juego. Consideramos, por último, que el deporte constituye un privilegiado escenario para el desarrollo de valores y actitudes.

Por esto el deporte escolar, entendido éste como sinónimo de deporte que se practica en la edad escolar, (Gutiérrez, 2003: 49) debe ser ante todo educativo. En este sentido el Consejo de Europa en materia de deporte (1967-1991) ya hace tiempo que comunicó a sus miembros cuáles habían de ser las funciones que debía cumplir el deporte destinado a niños y jóvenes. (Gutiérrez, 2003: 49). De entre estas funciones destacamos:

- Respetar, en su unidad, todos los aspectos de la persona
- Autorresponsabilidad personal, respeto a uno mismo y respeto a los demás
- Favorecer un ambiente de diversión y aprendizaje
- Adoptar una pedagogía del éxito que no conduzca a logros demasiado fáciles ni a fracasos de graves consecuencias
- Proponer un amplio abanico de actividades
- Permitir que cada cual elija las actividades según sus gustos y necesidades

2. LOS MÉTODOS UTILIZADOS PARA EDUCAR EN VALORES A TRAVÉS DEL DEPORTE

Son tres los métodos más utilizados para el desarrollo de actitudes y valores en el terreno físico-deportivo: la inculcación de valores, la clarificación de valores y el desarrollo del razonamiento moral.

El primero se basa en la *teoría socializadora no cognitiva* y actualmente es muy criticado. El segundo método pretende ayudar a los alumnos a que sean conscientes de sus propios valores y actúen conforme a ellos. Utiliza estrategias de *autoconocimiento* y *expresión*. El tercer método, desarrollo del *razonamiento moral*, se basa en la teoría cognitivo-constructivista. Utiliza principalmente la estrategia de discusión de dilemas morales.

Presentamos seguidamente el *Modelo de D. Hellison* para desarrollar la responsabilidad a través del deporte. Este modelo utiliza una combinación de los tres métodos aquí señalados.



El Doctor Don Hellison es profesor en el College of Education y en el Jane Addans College of Social Work en la Universidad de Illinois, Chicago. Es conocido por su trabajo en el desarrollo y puesta en práctica de programas de actividad física y deportes dirigidos a jóvenes en situación de riesgo. Desde 1970 Hellison ha enseñado Educación Física a jóvenes en reformatorios, centros de acogida y centros penitenciarios. Su modelo para desarrollar la responsabilidad a través del deporte (TPSR) tiene la particularidad de que es muy dinámico y activo desde el punto de vista motor. Se trata de que los niños desarrollen su responsabilidad moviéndose, jugando, lanzando y saltando.

Principios sobre los que se apoya el Modelo de D. Hellison TPSR

El Doctor Hellison (2003: 5) considera que los jóvenes actuales necesitan desarrollar su responsabilidad para mejorar su bienestar personal y sus relaciones con los demás. Esta necesidad es hoy día tan perentoria que se hace ineludible proporcionar a estos jóvenes unos vías específicas de actuación mediante las cuales puedan adquirir y desarrollar su responsabilidad individual y su responsabilidad social. Hellison (2003: 8, 9, 10) considera además, que este trabajo es totalmente prioritario en las sociedades plurales y democráticas si queremos mantener los niveles de libertad y e igualdad que hemos alcanzado después de siglos de luchas y reivindicaciones sociales.

Como acertadamente nos recuerda el Doctor Hellison (2003: 11) educar a los niños para la libertad requiere estrategias muy diferentes a las que se requieren para educar a los niños para la esclavitud. La base de la libertad está en cultivar la habilidad de elegir adecuadamente. Elegir bien entre la multitud casi infinita de opciones que se presentan a los jóvenes de hoy día es una cuestión educativa que nos parece esencial.

Características generales del Modelo TPSR

Tomando como punto de partida todas estas ideas y principios Don Hellison ha desarrollado un modelo de actuación concreto y específico que ha sido puesto en práctica durante más de 30 años en EEUU. Durante este tiempo su modelo ha sido perfeccionado y pulido y en la actualidad es conocido por las siglas TPSR, «Taking Personal and Social Responsibility». TPSR fue concebi-

do en su origen para ser aplicado mediante programas de actividades físico deportivas de carácter voluntario a grupos de jóvenes en situación de riesgo. Nosotros pretendemos adaptar este modelo a las clases obligatorias de EF aplicándolo a grupos de jóvenes normales de la ESO.

Para nosotros este modelo tiene algunas particularidades que lo diferencian de otros y que lo hacen especialmente valioso. Lo que caracteriza a este programa es que puede aplicarse directamente en las clases o sesiones normales de los entrenamientos deportivos mediante lo que se denomina «club de entrenamiento». En el «club de entrenamiento» el profesor Hellison ha logrado integrar perfectamente lo que es una clase normal de aprendizaje de técnica deportiva con el desarrollo de actitudes y valores concretos.

Nosotros nos inclinamos por este modelo pues es el que nos parece más económico, natural y cercano para un profesor o entrenador de deportes. Además se utiliza una metodología activa, fundamentalmente práctica, poco «teórica» y muy cercana al mundo del movimiento. (Gutiérrez,2003: 134). Efectivamente, el modelo de Hellison propone una metodología especialmente activa y basada en el movimiento que está muy cerca de la metodología tradicionalmente utilizada en la EF. « La actividad física es el punto central y más visible del programa. En mis programas voluntarios de baloncesto y artes marciales, los chicos no escriben diarios ni hacen reuniones de grupo; ellos tratan de encestar tiros de tres o aprenden a despejar el balón» (Hellison,2003: 56. 1995: 52)

La mayoría de los modelos destinados al desarrollo de valores en los jóvenes utilizan una metodología que se basa en el uso de dilemas morales y otros procedimientos muy teóricos, abstractos, muy verbales y poco dinámicos desde el punto de vista motor. TPSR es especialmente dinámico y activo desde el punto de vista motor. Como muy bien señala Hellison en EF y Deporte no es necesario plantear ejercicios de Role Playing para simular situaciones propicias para el desarrollo moral de los niños. La propia práctica y dinámica habitual de un entrenamiento deportivo proporciona múltiples y valiosas situaciones reales de conflicto moral susceptibles de ser aprovechadas para el desarrollo de la responsabilidad.

La resolución de conflictos mediante juegos de rol en PE es innecesaria pues el juego nos provee de una multitud de conflictos reales que afrontar.» (Hellison, 2003: 19)



«TPSR» se basa en transferir el poder del profesor a los alumnos de forma que ellos tengan el derecho a elegir y la responsabilidad de ser consecuentes con los efectos de sus elecciones. Este poder que se concede a los alumnos hace que el modelo de Hellison se aleje del adoctrinamiento moral ya que lejos de tratar de imponer una serie de valores socialmente deseables lo que se pretende es dejar a los chicos libertad para experimentar y reflexionar sobre las consecuencias de sus actos.

Ayudar a los alumnos a adquirir responsabilidad social y personal supone concederles el poder y trasladar a ellos la toma de decisiones. «TPSR no trata de meterse en la cabeza de los chavales sino que intenta provocarles para que sean ellos los que se metan en sus propias cabezas.» (Hellison, 2003: 11. 1995: 7)

Los 5 niveles de TPSR

TPSR consta de cinco niveles que pretenden acercar a los alumnos a lo que es la responsabilidad social y personal y mostrar un camino concreto y específico para desarrollarla. Los niveles están estructurados en una secuencia lógica y escalonada en su consecución.

Para conducir a los alumnos a través de este viaje por los cinco niveles el Doctor Hellison ha diseñado, desarrollado y probado una serie de técnicas y estrategias. Estas estrategias aisladamente consideradas no son especialmente novedosas, sin embargo consideradas en su conjunto forman un auténtico modelo de intervención didáctica que puede servir de gran ayuda al profesor.

Los Niveles de TPSR (Hellison 2003, 1995)

OBJETIVO

1.º Desarrollar la responsabilidad personal

Esfuerzo, participación (Nivel II). Autodirección (Nivel III).

2.º Desarrollar la responsabilidad social

Respeto (Nivel I). Ayuda y preocupación por los demás (Nivel IV)

Nivel 0: Irresponsabilidad

Pongo excusas, culpo a otros de mis propias conductas y niego mi responsabilidad en todo lo que hago o dejo de hacer.

Nivel I: Respeto

No participo en las actividades diarias de forma sistemática, pero soy capaz de controlar mi conducta lo suficiente como para no interferir el derecho de los demás alumnos a aprender, o de los profesores a enseñar. Colaboro activamente para incluir a todos en las actividades

Nivel II: Esfuerzo y participación

Soy capaz de jugar de buen agrado, aceptar desafíos, practicar habilidades motrices y entrenar «bajo la supervisión del profesor». Trabajo y me esfuerzo al máximo dentro de mis posibilidades.

Nivel III: Autodirección

Soy capaz de trabajar sin la supervisión directa del profesor.

Nivel IV: Ayuda y preocupación por los demás

Estoy motivado a extender mi sentido de responsabilidad más allá de mí mismos. Coopero con mis compañeros, dando apoyo, mostrando interés y ayudando a los demás miembros del grupo.

Nivel V: Transferencia

Soy capaz de trasladar todo lo adquirido dentro del contexto físico-deportivo a otros ambientes fuera del gimnasio, como el patio de recreo, la escuela, el hogar o la calle.

4. EL MODELO DE D. HELLISON «TPSR» APLICADO EN ESPAÑA EN LA ESO

Durante el curso 2003-2004 en el IES Miguel Hernández de Móstoles se aplicó de forma experimental el TPSR a un grupo de alumnos y alumnas de 3.º de ESO. La aplicación se realizó durante las clases obligatorias de EF y se evaluó mediante la utilización de una combinación de técnicas e instrumentos de tipo cuantitativo y de tipo cualitativo.

Los resultados de este experimento son difíciles de resumir pero, a modo de conclusión, se pudo constatar que la aplicación del TPSR provocó un aumento muy significativo de la capacidad de reflexión de los alumnos sobre los valores relacionados con la responsabilidad personal y social. Este aumento de la capacidad de reflexión se tradujo en una mayor sensibilización de estos alumnos hacia temas básicos para el desarrollo de una convivencia pacífica en nuestras sociedades.

Como botón de muestra y como despedida presentamos algunas de las opiniones que los alumnos de 3.º

de la ESO recogieron en sus diarios a lo largo de la experiencia:

A mi me gustaría que mis hijos aprendieran desde pequeños en las clases de EF a desarrollar la responsabilidad desde pequeños. Cuando sean más mayores lo más seguro es que se acuerden (...) He aprendido muchas cosas como la de ser libre y tener el poder. Pero lo que más he aprendido ha sido de responsabilidad que nos vendrá muy bien cuando seamos mayores. Lo que no me ha gustado ha sido tener que utilizar el cuaderno en EF(...) (alumno nº 18). He aprendido a valorar a mis compañeros y a darme cuenta de que educación física no es sólo jugar al fútbol sino una educación para el futuro» (alumno nº 14).

He aprendido a practicar algunos deportes los cuales no dominaba bien. Pero lo que sí he aprendido en la clase de EF de 3.º de ESO es que asumir una responsabilidad no es un juego y tenemos que saber utilizar el poder de la mejor manera» (alumna nº 12). □

Bibliografía

- Gutiérrez, M. (2003) *Manual sobre valores en la educación física y el deporte*. Paidós. Barcelona
- Gutiérrez, M. (1995) *Valores Sociales y Deporte*. Gymnos. Madrid
- Hellison, D.(1995) *Teaching responsibility through physical activity*, Champaign, Il, Human Kinetics.
- Hellison, D.(2003) *Teaching responsibility through physical activity. Second edition*, Champaign, Il, Human Kinetics.
- Hellison, D., N. Cutforth, J. Kalluski, T. Martinek, M.Parker, and J. Stiehl. (2000) *Youth development and physical activity: Linking universities and communities*. Champaign, Il., Human Kinetics.
- Hellison, D. Walsh, D. (2002) *Responsibility-based youth program evaluation: Investigating the investigations*. Quest 54: 292-307
- Parlamento Europeo y Consejo de Europa.(2003) *Declaración del año 2004 como Año Europeo de la Educación a través del Deporte*. (AEED). AEED 2004:<http://www.eyes-2004.info>
- Prat, M., S. Soler. (2003) *Actitudes, valores y normas en la Educación Física y el Deporte*. INDE. Barcelona.

MORIR ESBELTO

□ JUAN RAMÓN CALO

Miembro del Instituto E. Mounier

Moriremos todos esbeltos y saludables; el cadáver, impávido coloso, sin nada de celulitis.

Frei Betto. *Sabores y saberes de la vida*. PPC. Madrid. 2004. Pág. 260.

Eran otros los tiempos y otros los hombres a los que Miguel Hernández cantaba: «Si me muero, que me muera con la cabeza muy alta». «¡Qué buena cara tiene el pobre! Parece como si durmiera».

Quizá hoy no debí haber salido a correr. Debí dejar que me sedaran las noticias de Telemadrid y no ir a buscar la calma en el ejercicio físico.

Las primeras carreras, muy esporádicas, las provocó Paco Zugasti. Paco era delgado. Su alargada figura recordaba a los personajes de los cuadros del Greco. Nunca supe por qué se le ocurrió que debíamos salir a correr los domingos por la mañana. Pues nada, corramos.

Salía de casa camuflado. Me cambiaba en el coche. No soportaba la idea de que cualquier vecino pudiera hacerme algún comentario. Tampoco sé por qué. Paco llegaba al parque con Raquel y Elena, sus hijas. Estirábamos un poco los músculos e iniciábamos la sesión: más paseo que carrera; veinte minutos. Al terminar nos tomábamos un café y fumábamos cigarrillos mientras las niñas se afanaban con un chocolate con churros.

Paco se fue a vivir a Málaga. No entendí lo que decía, pero justificaba la decisión familiar hablando de que en Málaga mejorarían su «calidad de vida». Más o menos en la misma época conocí a Facundo.

Cundo era capaz de repetirse *ad nauseam*. Su charla de hoy era la de ayer y la misma que tendríamos mañana. Pero era cómodo: yo no tenía nada que decir, así que sólo escuchaba. Era un poeta del fondo. Tan



hondo como los libritos que pretendían traducir el footing americano a una cultura «casposa» —decía él— la nuestra.

Cundo llevaba una vida entregada. Al levantarse se colocaba las zapatillas y salía a «calentar» un poco. Después de regar el jardín, se zambullía en la piscina, ponía la comida al perro y ejercitaba su curiosidad intelectual corrigiendo el funcionamiento de la depuradora. Tranquilo; entre las nueve y media y diez de la mañana se sentaba a desayunar en una mesa en la que cinco personas nos alimentábamos y mareábamos con su conversación.

Mens sana in corpore sano. La carrera de fondo era su religión y militaba tenazmente. Una vida sedentaria era una vida en pecado. Los trotes dominicales con Paco facilitaron mi captación. Cundo era un «místico» y yo siempre estoy dispuesto a entregarme. Él había descubierto que la vida tiene un sentido: en las épocas de mayor fervor, corría también al atardecer. No pude resistirme: fui seducido por *La soledad del corredor de fondo*.

En los primeros días me valían quince minutos. Poco a poco llegué a la hora. Al trote, al trote, al trote, al galope, al galope, al galope; siempre exhausto. Cuando Cundo se cansaba de ir a mi lado me dejaba para que, solo, fuera interiorizando sus consejos.

Al terminar las vacaciones me había convertido en un fondista. Sabía que había que evitar la inclinación del peralte en las carreteras, que no debía manifestar preocupación si un perro se acercaba olisqueando o que cualquier molestia era «normal»: La naturaleza es sabia, el cuerpo tiene que «hacerse».

De vuelta en Madrid decidí, como los buenos atletas, entrenar en el polideportivo. Daba vueltas y vueltas alrededor de la pista, como el burro en la noria, camino de ninguna parte.

Carlos Marx, en *Sr. Vogt* —lo había traducido Carlos Díaz— me justificó: «no hay mejor remedio contra las dolencias psíquicas que el ejercicio físico». La cita no es literal, pero juraría que no la invento.

La mañana de un sábado en que nos reuníamos un grupo de amigos, en la última página del periódico *El País*, vimos divertidos la fotografía de un psiquiatra italiano que aliviaba a sus pacientes a través del baile. Si cabía un baile terapéutico, pensé, también podría convertir la carrera en terapia. Empecé a olvidarme de los vecinos y salía de casa en pantaloncitos: «Arreglao, pero informal».

Sábados, domingos y fiestas de guardar por la mañana: cuando los olores de la hierba mojada y los rayos del sol a través de las hojas llenan el cuerpo de ganas de vivir. Cuando el parque, quedo, lleno de abuelos que juegan a la petanca, escucha los sonos de los bichos. Las abuelas o se han muerto ya, desmintiendo a las estadísticas, o no han podido jubilarse de sus tareas domésticas.

Los días de labor, al anochecer. Para gozar del placer de temer la caída en el vacío y no caer, descubriendo que siempre hay algo más allá. Para sentirme fantasma, y aterrizado, y luciérnaga. Me cuesta. Todo es pereza, pero pasados los primeros instantes el cuerpo ni siente ni padece y la cabeza, si no está pendiente contando los pasos, ni lo nota.

Poco después de salir de casa, en el cruce de la carretera de Toledo, solía estar quieto, con la mueca de una sonrisa y un periódico doblado en la mano, mirando fija y detenidamente la velocidad con la que vienen los coches, ese hombre que me recuerda a Fermín, el tonto del pueblo de mi madre. Fermín tenía rasgos físicos menos comunes y su esqueleto parecía menos sólido, es verdad. Pero sus ojos, sus ojos igualmente aparecían veloces, corriendo fuera de sus órbitas; su cuerpo, mientras, permanecía inmóvil. Su voz nunca la escuché.

En una orilla del parque, bajo un árbol frondoso, un bailarín con rasgos marciales mueve lentamente manos y piernas, concentrando la energía del universo en su eje. En el camino que va paralelo a la carretera, a veces, tengo que esquivar a alguna apasionada pareja de adolescentes. La adicción al músculo también tiene sus versiones. Saliendo de los campos de deporte me encuentro con un grupo de latinoamericanos. Últimamente han tomado algunas zonas del parque en las que juegan a balón boleado o al fútbol, y meriendan. Cuatro muchachos, a la altura del puente, cafres, aprendices de criminales, tiran piedras a los coches tapados por las sombras, y esperan preventivamente, «por si acaso» tropiezan unos contra otros y ellos pueden contemplar el espectáculo. Al subir la cuesta, aunque ya es noche cerrada, el resplandor del tanatorio, la zona más iluminada del barrio, se hace presente. En verano, a lo lejos, parece una discoteca monumental, con gentes en las terrazas que pasean y luces de colores que no sé de donde salen, y ¡música! Música amortiguada por el zumbido de los coches que suena más allá, en Getafe.

Pendiente de las luces, casi al final de la cuesta, tropecé con los ojos móviles y me di un susto de muerte. Me disculpé, aunque no recibí como respuesta sino la mueca mantenida de la sonrisa triste: aquel ser humano, que se había desplazado desde el cruce, parecía una pieza más del parque. Cuando uno va de viaje, la mejor forma de hacerse con una primera idea de los olores y lugares, con el decorado de una ciudad, un pueblo o una playa es recorrerla corriendo. Piezas del parque, mobiliario urbano de diseño...

Cuando descubrieron el cadáver del hombre con los ojos móviles, la policía preguntaba sin cesar por el recorrido de los que aquella tarde-noche tropezamos con él. Les dije que yo corría dibujando imaginarias figuras geométricas, recreando las formas del parque, y que sólo me desviaba, —¡por vergüenza, claro!— si algún jubilado de los que me adelantaban seguía mi camino. Quizás fueran geometrías neuróticas, pero eran muy medidas. En el bolsillo del muerto habían encontrado, copiado a mano, el poema de Antonio Machado que termina así:

Esta alma errante desgajada y rota
purga un pecado ajeno: la cordura
la terrible cordura del idiota.

El muerto estaba, por fin, muerto. Hasta entonces hubiera sido clasificado como viviente. Veinte veces muerto, se enfrió definitivamente, según dijeron los forenses, en el momento en que, preventivamente, el ejército americano atacaba Irak.

Hoy he visto, de nuevo, a quien creo que va a sustituirle en el decorado del parque. Si la vida se renueva, también la muerte. Arrastra unos sesenta y cinco años y más de ochenta kilos. Es un toro; viejo, pero un toro que guarda el equilibrio con la ayuda de dos bolsas de plástico verdes del Hiper, en las que, llenas a reventar, guarda algo de ropa, trozos de pan y no sé qué más. La chaqueta que lleva, demasiado estrecha y raída, parece que le acompaña desde hace años y que se va hincharlo y deformando, poco a poco, con él. Reventarán juntos. Retirado en una zona poco transitada, a veces cruzamos la mirada cuando levanta el cartón de vino Don Simón. Sus pies, esas partes de la anatomía humana en que, no sé por qué, tanto se fijan y a las que tantas reverencias hacen los perros, los cubre con unas zapatillas. De paño, de esas de andar por casa. □